

**PUNTO
DE
VISTA**

74 Revista de
cultura
8 \$
Dic. 2002

**¿Hay futuro para
la Argentina?**

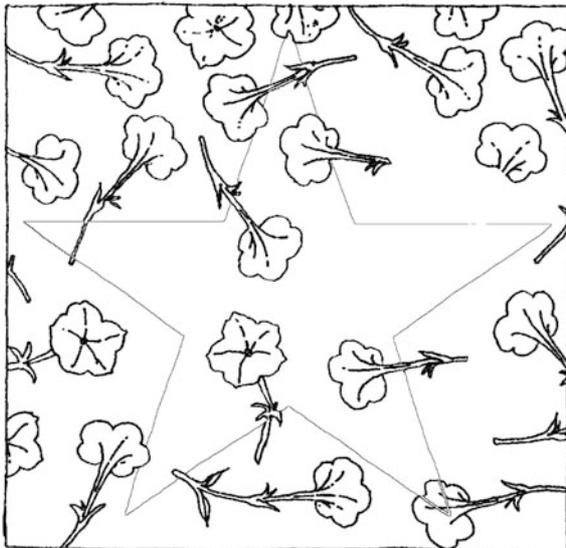
**Arquitectura
y filosofía:
Foucault • Baudrillard**

**Marxismo y
posmodernismo:
Anderson • Jameson**

**Ficción y represión:
Gusman • Prieto • Kohan**

**Realismos:
Juan Pablo Renzi**

**Escriben: Sarlo • Gorelik
Silvestri • Palacio • Giunta • Palti
Samoilovich • Gramuglio**



Este número se ilustra con obras de Juan Pablo Renzi (*Casilda*, 1940; Buenos Aires, 1992), como homenaje de Punto de Vista a los diez años de su muerte. Las obras que se publican se concentran en su producción entre los años 1977 y 1989: “Bodegón ecléctico 3”, 1985, pág. 1; “Meditaciones del holandés”, 1988-1989, pág. 3; “Vidrios empañados”, 1978, pág. 9; “Eclipse” (detalle), 1988-1989, pág. 15; “Noche estrellada (E lucevan le stelle)”, 1988, pág. 18; “Toma 4”, 1980, pág. 22; “La silla” 1977, pág. 25; “La frase está dicha”, 1980, pág. 28; “La luz de afuera”, 1977, pp. 30 y 33 (detalle); “Cuernavaca’s Sunset”, 1982, pág. 37; “Último combate en Cuernavaca” (de la serie “La guerra de los pájaros”), 1983, pág. 40; “El día de la primera comunión”, 1977, pág. 43; “Frase final”, 1980, pág. 44; “Interior del loco”, 1981, pág. 45.

74

Revista de cultura
Año XXV • Número 74
Buenos Aires, Diciembre de 2002
ISSN 0326-3061 / RNPI 159207

Sumario

¿Hay futuro para la Argentina?

- 1 Beatriz Sarlo, *El dilema*
- 5 Adrián Gorelik, *El paisaje de la devastación*
- 9 María Teresa Gramuglio, *Políticas del decir y formas de la ficción. Novelas de la dictadura militar*
- 15 Elías Palti, *Extraña pareja: marxismo y posmodernismo. Acerca de Los orígenes de la posmodernidad de Perry Anderson*
- 22 Graciela Silvestri, *Un sublime atardecer. El comercio simbólico entre arquitectos y filósofos*
- 30 Reportaje de Paul Rabinow a Michel Foucault, *Espacio, saber y poder*
- 37 Juan Manuel Palacio, *Una deriva necesaria. Notas sobre la historiografía argentina reciente*

Homenaje a Juan Pablo Renzi

- 43 Andrea Giunta, *Juan Pablo Renzi, problemas del realismo*
- 47 Daniel Samoilovich, *El viento de lo visible*

Consejo de dirección:

Carlos Altamirano
José Aricó (1931-1991)
Adrián Gorelik
María Teresa Gramuglio
Hilda Sabato
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

Consejo asesor:

Raúl Beceyro
Jorge Dotti
Rafael Filippelli
Federico Monjeau
Oscar Terán

Directora:

Beatriz Sarlo

Diseño:

Estudio Vesc y Josefina Darriba

Difusión y representación comercial:

Darío Brenman

Distribución:

Siglo XXI Argentina

Composición, armado e impresión:

Nuevo Offset, Viel 1444, Buenos Aires.

Suscripciones

Exterior: 60 U\$S (seis números)
Argentina: 24 \$ (tres números)

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina.

Teléfono: 4381-7229

Internet: BazarAmericano.com

E-mail: info@BazarAmericano.com

**PUNTO
DE VISTA**

¿Hay futuro para la Argentina?



El dilema

Beatriz Sarlo

Después de que Lula ganó las elecciones en Brasil, el progresismo argentino, además de la alegría, deberá preguntarse por todo lo que acá no se hizo o se hizo mal. El PT es un partido que se armó durante veinte años, gobernó o gobierna plazas importantes, como Porto Alegre o San Pablo, su candidato perdió tres veces las elec-

ciones presidenciales y fue elegido, finalmente, en una cuarta apuesta en la que supo equilibrar lo que la historia reciente de la centro-izquierda argentina armó como rompecabezas de piezas que nunca combinaron: liderazgo carismático y construcción partidaria, interpelación masiva y equipos técnicos, política mediática y bases territo-

1
riales, atenuación de los discursos y sostenimiento de algunos principios ideológicos, identidad cultural e inesperadas alianzas sociales. Ni toda la izquierda del PT está de acuerdo con estos equilibrios, ni la hegemonía de los moderados garantiza el gobierno petista. Pero se ha iniciado un camino difícilísimo y, al mismo tiempo, abierto al cambio. Un hombre de origen obrero dirige una de las diez naciones más grandes de la tierra. Y subrayo el origen obrero, que la prensa de derecha argentina no olvidó ni por un momento, porque esto tiene su sentido cultural y simbólico.

Lo cierto es que Lula ha ganado y gobernará. Es bastante fácil subrayar, como lo han hecho los comentaristas conservadores, las dificultades que se le vendrán encima. ¿Quién puede dudar de que los problemas son muy grandes? Pero poner allí el foco, antes que abrir los ojos a la posibilidad de algunos cambios, que pueden afectar a decenas de millones de personas (porque esas son las dimensiones de cualquier plan social brasileño), es una actitud que sólo sirve para despertar el recelo sin asegurar otra cosa. Los dirigentes del PT saben que todo va a ser tremendamente difícil. No hay aventurerismo en sus discursos. Lo que hay es voluntad de que los acuerdos no terminen barriendo con todo aquello por lo que valió la pena ganar estas elecciones y, durante dos décadas, construir un gran partido para hacerlo.

Lo vergonzoso de la situación argentina es la materia misma de nues-

tra actualidad. Por un lado, la vieja política que no puede ni quiere reformarse. Habría que decir más: no puede imaginar la tarea de reformarse y, como un régimen autocrático que ha aprendido la lección de la historia, tiene la intuición de que cualquier cambio sería el comienzo de su fin. Por otro lado, aunque muchas veces cuesta distinguirlos, quienes se piensan como una alternativa: los restos desbandados de la centro izquierda que fracasó con la Alianza, y las disidencias de los que fueron grandes partidos. Carrió y Kirchner, diferentes, por supuesto, y presentando batallas diferentes.

2 Carrió ha puesto en riesgo sus propios recursos y la popularidad que había alcanzado como adalid de la denuncia. En el punto máximo de la crisis, hace unos meses, su impulso purificador se transformó en discurso esotérico que anunciaba vísperas inminentes, con las imágenes de una destrucción de lo viejo que se convertiría *more dialéctico*, en construcción de lo nuevo. Por lo que se sabe, los documentos programáticos del ARI indicarían el retorno a un lenguaje más adecuado a la política: textos racionales que no renuncian a la esperanza ni a la inspiración. Sin embargo, Carrió sufrió los cambios en una opinión pública que había reconocido en ella una nueva dirigente intelectual y carismática (la mezcla de Chacho Alvarez, pero más intensa). Las rencillas dentro del ARI, la miseria de los partidos socialistas que encubren la carrera por los lugares en las listas con propuestas de principio, la tendencia de Carrió a atribuir un descenso en las encuestas a errores cometidos en su relación con Zamora y De Gennaro, proyectando sobre ellos la acusación de sectarismo o izquierdismo, muestran que el espacio que el Frepaso ocupó todavía no fue conquistado. Kirchner encara un dilema conocido: ser peronista y denunciar el aparato peronista, en esa oposición entre *peronismo* y *pejotismo* que evoca la búsqueda del peronismo *verdadero* que, como lo ha señalado Carlos Altamirano, es un Santo Graal de quienes disienten del peronismo por izquierda, sin decidirse a romper

porque quizá elijan, finalmente, quedarse adentro. De todos modos, Carrió y Kirchner buscan desbordar el campo de sus apoyos “naturales”, hablar a votantes no peronistas, superar el cerco de la centro-izquierda (que fue el territorio donde señoreó Alvarez en su apogeo) con discursos distintos: a los desesperados, la promesa; a los que todavía no lo han perdido todo, la idea de una reconstrucción racional.

Como un extraterritorial, llegado de otra parte, un político solitario, Luis Zamora, se atiene a lo que algunos más aseguraban hasta hace poco: que así, sin una renovación profunda de la política, no es posible encarar las elecciones presidenciales. Y tiene razón, si se considera no sólo lo que se reclamó desde la caída de De la Rúa, sino las posibilidades de un futuro gobierno al que la sociedad, como en los días más tumultuosos de enero, le reclamará *todo y ya mismo*; el Congreso le planteará su juego corrupto de arreglos y la Corte, liberada del juicio político y ensoberbecidos varios de sus miembros, lo amenazará con la inconstitucionalidad de cualquier acto de gobierno.

Ese es el escenario para después de las elecciones nacionales, aunque el miedo que provoca haga que muchos prefieran no pensar en ese día siguiente. Ese escenario no era inevitable, pero hoy parece serlo, porque desde enero hasta acá se hizo muy poco para conjurar un nuevo fracaso institucional. Primero, la negociación con los organismos internacionales taponó cualquier iniciativa; más tarde, la extinción del radicalismo, la muerte certificada del Frepaso, la brújula milenarista de Carrió y la antropofagia de la interna peronista hicieron su tarea. Lo que con fortuna, inteligencia y voluntad quizá podía evitarse, hoy parece lo más probable. Con un agravante: la elección presidencial, con todas sus irregularidades o la designación menos benevolente que quiera dársele a la manipulación de las leyes, es el recurso último, porque después de empleado ¿qué? ¿Otro presidente que fracase, otro jefe del ejecutivo nombrado por el parlamento, otras elecciones?

A quienes temen que sea para peor cualquier cambio en la marcha a

ciegas, según los caprichos de los jefes peronistas, hacia las elecciones, les pediría que, aunque sea a modo de ejercicio intelectual, se planteen las respuestas a estas preguntas que no presuponen una situación imposible. Avanzo algunas hipótesis difíciles de descartar: la nación cae en manos de una liga de gobernadores que eligen, a través del Congreso, un nuevo presidente; uno de los candidatos que ha perdido es llamado como recurso de última instancia y busca apoyos en los factores de poder y en las fuerzas armadas; un acuerdo entre peronistas propone un nuevo llamado a elecciones donde no hay razón para que no se repita lo sucedido.

Hay objeciones “optimistas”, para calificarlas con un adjetivo que en realidad sólo podría ser irónico: el presidente electo, aunque extremadamente débil firma un acuerdo con los organismos internacionales que compromete a la Argentina a restringir sus gastos hasta estrangular cualquier intervención pública sobre la pobreza; mientras tanto, se espera una reactivación por exportaciones, que improbablemente sostendría un aumento del empleo. Esto último sería lo mejor que podría ocurrirle al nuevo presidente, mientras aprende a dialogar con el Senado que, pese a la voluntad de algunos de sus miembros, no modifica sus métodos corruptos; y mientras acuerda lo necesario con una Corte Suprema que, si lo desea, puede manchar cualquier medida de gobierno con el estigma de la inconstitucionalidad. ¿Por qué pensar que esto funcionaría, conservando la trama desgastada de las instituciones cuando, precisamente, es esa trama la que ha sido quemada por el ácido de la crisis?

Si no hay muchas razones para la esperanza después de las elecciones (si es que, finalmente, hay elecciones en marzo: cuestión que también debería examinarse), si no puede creerse, con Carrió, que de estas ruinas la divina providencia, que se llama Pueblo, nos conducirá a otro paisaje; si es improbable que un nuevo presidente obtenga el poder y demuestre la resolución para realizar cambios radicales que, entre otras cosas, aseguran por lo menos un piso de dignidad para mi-

llones que, entre la basura, la enfermedad, y la inseguridad en todas las esferas de la vida, ya no pueden pensarse a sí mismos como ciudadanos y se presentan sólo como agrupaciones de reclamantes; si esto es así (excepto, algo peor: que Menem repita su gesta conservadora, apoyado ahora no sólo en el capitalismo sino en la represión), la coherencia indica que la Argentina, tanto como un nuevo gobierno, necesita una reactivación del pacto que la funda como nación y de los acuerdos, hoy destruidos, que la consolidaron como sociedad.

La nación institucional es pavorosamente débil y la sociedad esta desintegrándose. Este diagnóstico es común a posiciones diversas. Pero, cuando se parte de él, para proponer cambios profundos y ciertamente refundacionales en muchos sentidos, se encuentran las cautelas que toda idea de refundación despierta en un continente donde las refundaciones llevan el nombre no deseado de Chávez o de Fujimori. Las cautelas se entienden en tanto no se impongan como un mandato de inmovilidad y conviertan a los ciudadanos en espectadores de la crisis sobre la que no pueden ni siquiera pensar una salida porque toda salida es peligrosa. Lo cierto es que, efectivamente, cualquier cambio viene con sus riesgos porque habría que hacerlos en las peores condiciones materiales y las aún peores condiciones ideológicas y culturales de los partidos políticos, evitando al mismo tiempo perder lo que queda de democracia.

Como antes lo hicieron muchos otros, Alain Touraine, en su acostumbrada visita a estas tierras que el archirival de Bourdieu convierte, con auxilio de un periodismo un poco provinciano, en ocasión oracular, señala el carácter antipolítico de las manifestaciones de este verano que juntaron en los cacerolazos a quienes se sintieron protagonistas en la caída de De la Rúa y avanzaron una consigna que fue el leit-motiv del 2002. No hay que ser muy avisado para indicar que esas manifestaciones fueron tan antipolíticas como las frases que pronuncian todos los días la mayoría de los argentinos. Sin embargo, de lo que se trata es de interpretar en ellas el reclamo.

El grito “¡que se vayan todos!” no es una propuesta sino un síntoma. Expresa, al mismo tiempo, viejos temas antipolíticos y la exasperante experiencia práctica de las instituciones y la toma de decisiones en Argentina. Un síntoma no puede tratarse con los protocolos de discusión que se aplican al discurso ideológico. La torpeza de confundir una cosa con otra podría no ser grave en las asambleas barriales de los primeros meses de este año, que no eran la célula de una nueva esfera pública sino el emergente de una desesperación. Pero confundir un síntoma con un programa, y por lo tanto criticarlo por su carácter irrealizable y ab-

mas de representación organizadas que pueden prolongarse en el tiempo y, por lo tanto, consolidarse como núcleos de identificación. Este fue el caso del movimiento de derechos humanos que, en los últimos veinte años ganó en visibilidad y consideración social en la misma medida en que mantuvo el foco originario (como ha sucedido con las Abuelas de Plaza de Mayo y como, en el sentido contrario, lo demuestra la pérdida de representatividad de la Madres dirigidas por Bonafini). Cuando se trata en cambio de la expresión de un malestar que proviene de diferentes causas y es experimentado por fracciones bastante diferentes,



soluta, basista o finalmente abstracto en su inmediata apariencia de ser concreto, es una equivocación grave cuando se trata de intelectuales que juzgan estos fragmentos de movimiento social no sólo como prueba de que hemos llegado a un límite de no representación, sino como prueba de que la gente por sí misma no puede construir una representación duradera de nuevo tipo.

Está claro: el movimiento de la protesta encuentra todas las dificultades imaginables para articularse políticamente. Sólo cuando la reivindicación es extremadamente precisa (un subsidio, unos pesos para seguir viviendo), la protesta se establece en for-

la ausencia de una dirección política que articule esas diferencias e, incluso, esté en condiciones de organizar y mediar entre reivindicaciones en conflicto, ha sido una condena a la atomización o a aquella otra forma de la atomización que es la captura por células de la izquierda imaginaria cuyo único lugar de manifestación exitosa es la universidad, donde la crisis de representación es también un problema (aunque los dirigentes estudiantiles no se enteren).

Sólo intervenciones políticas inteligentes hubieran podido organizar el movimiento de amplios sectores sociales durante los primeros meses de este año. Pero esas intervenciones ne-

cesitaban de sujetos políticos que, como tales y en un bloque que dejaba a muy pocos afuera, eran repudiados. Por otra parte, esos políticos repudiados (que ni siquiera podían mostrarse en las plazas) no estaban en condiciones ideológicas, intelectuales ni morales para tomar a su cargo la construcción de un sentido general que interpretara el reclamo. El dilema no se ha resuelto hasta hoy y es el gran obstáculo para imaginar un desenlace para esta historia.

4 La paradoja del grito “que se vayan todos” es que dice repudiar la política al mismo tiempo que marca su necesidad. Este aspecto cultural de la crisis no tiene, por el momento, una salida. En primer lugar, porque las instituciones donde debería tramitarse la renovación son las más interesadas en impedirlo; el *statu quo* en el Congreso combinado con el hiperfederalismo de las provincias convertidas en demandantes absolutas de la nación, y el chantaje de la Corte Suprema al ejecutivo y el parlamento, señalan que las instituciones han llegado a su límite. No sólo sus comportamientos son intolerables, sino que el hábito de la negociación sin principios ha dejado de ser un estilo (el trueque político conocido en muchas naciones) para convertirse en el único modo de funcionamiento.

Siguiendo la tendencia a corporativizar toda diferencia de intereses, y a convertir a cada grupo en una fracción que pide lo suyo (como si todas las fracciones estuvieran formadas por gente en estado de necesidad extrema, y eso sucedió con ahorristas pesificados y deudores que no estaban seguros de que realmente los fueran a pesificar, aunque de eso se encargó rápido el ministro de la producción, de Mendiguren, que llegó al gobierno para solucionarle los problemas financieros a un sector de capitalistas), sin ninguna perspectiva que haga posible el ordenamiento de las cuestiones, precisamente porque esa perspectiva es la de la política ausente, las instituciones no sólo se han convertido en cuevas de privilegio sino en artefactos que no funcionan según ningún principio (ni de eficacia ni de legalidad). Vivimos en una república desconstitucio-

nalizada.¹ Si de esto hay salida, ella no depende de lo que hasta hoy, y desde diciembre, ha sido considerada la condición determinante: la firma de un acuerdo con las organizaciones de crédito que permitiría (nadie lo sabe a ciencia cierta) el comienzo de una lentísima reversión de la crisis.

Tal acuerdo, si fuera posible y se extendiera por plazos más razonables que algunos meses, no garantiza lo que se dice que podría garantizar. El problema argentino es tan grave que no se trata simplemente de ver si con cinco puntos de crecimiento se empieza a remontar los puntos perdidos en los últimos años. En las condiciones políticas descritas, incluso esos puntos de crecimiento parecen más un deseo que una hipótesis. Pero, de todos modos, ¿qué significarían si no se establecen las bases de una nueva relación entre las fracciones de la sociedad, una nueva relación entre los beneficiados y los millones que están en la miseria? ¿qué instituciones podrán tramitar el reparto de la reactivación deseada? ¿las mismas que han hecho posible el despilfarro del presupuesto que fluye en los toneles sin fondo de los feudos provinciales, convertidos en fuente de clientelismo, patrimonialismo y corrupción? ¿las mismas que se forman con una representación completamente inequitativa de la población? ¿las mismas que están ocupadas por jueces sospechosos

1 Copio acá lo que los lectores podrán leer más extensamente en www.bazaramericano.com. En “El derecho como credibilidad y la desconstitucionalización”, Héctor Masnatta afirma: “Hoy asistimos a la desconstitucionalización. (Este término fue inicialmente utilizado por las Dras. Cayuso y Gelli, para calificar la Acordada de la Corte Suprema de 1930. En el reciente libro de la segunda sobre nuestra Constitución -uno de los más completos y disertos- se lo emplea para calificar el proceso que arrancara tras la destitución de Hipólito Yrigoyen.) Estudiada por la moderna doctrina (J.J. Gomes Canotilho, “Direito Constitucional” p. 70) e incluso receptada, por ejemplo en la Constitución portuguesa, parte allí de la distinción entre artículos fundamentales y artículos reglamentarios. Sólo los primeros gozarían de la garantía de la Constitución formal, los otros pueden modificarse por la legislación común. Criticada por muchos como disolvente de su unidad normativa, sus efectos prácticos, ya que no su nombre técnico, la desconstitucionalización está presente en nuestra realidad, aunque el designante se aplique a distinto supuesto.

¿Qué otro término puede designar mejor la

e inamovibles? ¿las mismas que no han podido legislar eficazmente sobre impuestos, las mismas que no han logrado percibirlos ni imponer una moral impositiva que, como en todas las naciones del mundo, comienza por la coerción?

Sería ingenuo y crasamente economicista juzgar que el dilema está sólo en el crecimiento económico que luego desbordaría sus efectos benéficos no sólo sobre los millones de miserables sino sobre las instituciones que, liberadas del estado de necesidad, podrían dedicarse adecuadamente a los grandes problemas. No es sólo una ingenuidad pensar esto, sino simplemente colocarse en un punto de vista que impide captar la situación, que es compleja porque necesita más que nunca de la política y carece de los políticos adecuados o mínimamente preparados para reconocer las soluciones que exigen el sacrificio de sus propios privilegios e, incluso, su exclusión de la política.

Así planteada, la situación no conduce sino a la desesperanza o a la elegante sencillez del escepticismo conservador que, naturalmente, tiene sus razones cuando pregunta dónde están las fuerzas políticas que podrían tomar a su cargo la tarea de reformarse para reformar también las instituciones. Señalar este dilema es sencillo. Afirmar que es imposible cortarlo sin riesgo también lo es, aunque, de todos

abdicación de sus atribuciones por el Congreso? ¿De qué otra manera puede llamarse el diligente dictado de “leyes” exigidas por organismos internacionales de crédito o gobiernos extranjeros? Más: es desconstitucionalización pura el desconocimiento palmario del derecho de propiedad de depositantes y ahorristas, el eclipse de los derechos sociales. Los “representantes” son irrepresentativos, salvo de sí mismos y tal vez veremos que las condiciones exigidas por el art. 89 de la Constitución para ser presidente se sustituyan por el perfil que el delegado del gobierno estadounidense considera apropiado para el próximo magistrado electivo. Ahora se ha perpetrado una nueva desconstitucionalización con el dictado de los decretos de convocatoria para el 30 de marzo del 2003. Nos parece insuficiente la tacha de inconstitucionalidad para calificar tales aberraciones. Dicho término implica la no conformidad de los actos normativos con la Constitución. Deben estar subordinados, formal, procedimental o sustancialmente al parámetro constitucional. Esta es la norma de referencia para decidir la descalificación de los actos normativos exorbitantes.”

modos, el mayor peligro es seguir como hasta ahora.

Lo peor que puede suceder es que la cautela y el miedo, la desconfianza y el conservatismo impidan pensar más allá de la crisis. Si no se piensa más allá de la crisis, no habrá país no sólo por la férrea causalidad económica sino porque el pacto que hizo a la Argentina ya no conserva ninguna de sus cualidades originarias: el federalismo se ha convertido en un monstruoso hiperfederalismo basado en baronías provinciales; el Senado domina, por esta misma razón, toda la acción legislativa; la representación de la ciudadanía está completamente distorsionada en su proporción y distribución; la Corte se ha acostumbrado a intervenir en la política más allá de su esencia de intérprete constitucional (llamada a ese juego primero por Menem y confirmada en él como respuesta rabiosa a que se la cuestionara); la relación entre provincias y nación se basa en el reclamo al estado central y la desigualdad entre provincias, cuyas relaciones recíprocas son débiles o inexistentes excepto para pelear la coparticipación impositiva.

La lista es muy larga y cada uno de sus items señala zonas donde se condensan los problemas del día a día y donde puede fracasar el próximo gobierno. Hablar entonces de una refundación institucional, lejos de ser un gesto de ideólogos que se distraen de la realidad o de utopistas encandilados, es un requisito surgido de los monstruosos pormenores de la cotidianidad en su estado máximo de desconstitucionalización.

Se entiende que una idea de refundación despierte también otro tipo de cautelas. Utilizada por caudillos como Chávez, y también por las dictaduras militares de la década del setenta, evoca momentos autoritarios. De todos modos, un nuevo pacto que ate lo que la crisis y la ceguera de las elites económicas ha desatado, no debería parecer una propuesta audaz sino indispensable. ¿Cuáles son las razones hoy para sentirse inscripto en la comunidad de instituciones, derechos y obligaciones que es una nación? Precisamente esas razones, que se han debilitado hasta probar su desaparición

completa en una criminalidad de nuevo tipo, en la desesperación de los millones que no se sienten escuchados, en el cinismo de empresarios que carecen de toda perspectiva de construcción capitalista y se comportan como depredadores de una plataforma extranjera, deben ser renovadas para que tengan la posibilidad de volverse no creíbles, como se usa decir en estos tiempos, sino vinculantes. Y salvo que se piense que esto podría lograrse sólo por la improbable mecánica de la economía o la indeseable imposición de una unidad cuyo reverso sea el uso de la fuerza convocada nuevamente por la incapacidad de encontrar gobierno, los mecanismos conocidos son los de la discusión de ese pacto y de sus instituciones.

Por supuesto, se dirá, sin políticos que se lo propongan ¿quién se hará cargo de esto? Es tan fácil formular esta pregunta como es complicado responderla. Pero la misma pregunta podría aplicarse a otros objetivos, incluso a aquellos que no incluyen un nuevo pacto institucional. ¿Qué políticos serán capaces de administrar la hipotética salida de la crisis rodeados por los requerimientos opuestos de las

opuestas fracciones de intereses legítimos e ilegítimos? ¿Alguien piensa que el próximo presidente, sea quien sea, estará en condiciones de gobernar prescindiendo de una renovación en el Congreso y la justicia que están en condiciones de impedir cualquier medida si no se les responde a sus exigencias señoriales? Más todavía, ¿quién está en condiciones de afirmar que al seguir un camino menos radical que el de la renovación institucional se lograría una estabilidad para el futuro gobierno que la discusión política, en cambio, haría tambalear?

No hay ni muchas seguridades ni muchas salidas. El consejo de esperar tiempos mejores para discutir precisamente aquellas cosas que quizás los harían posibles, no parece acertado. Y en cuanto a la renovación política: si nadie puede echarlos, es posible que una renovación institucional pueda cambiar la mezcla que se sienta hoy en el Congreso. Las posibilidades son, sin duda, bajas, pero la crisis ya ha mostrado que es a mediano plazo (ya cumplió una mediana duración) y los discursos conservadores no cumplieron en cambio el papel estabilizador que sus enunciantes les atribuyen.

5

El paisaje de la devastación

Adrián Gorelik

Desde diciembre sabemos que un ciclo completo de la vida política argentina ha colapsado y, aunque es imposible ser optimista, no es sencillo aún predecir qué formas concretas asumirá el nuevo paisaje que salga de sus ruinas. Pero con la ciudad es diferente: la ciudad es el paisaje. La ciudad es hoy una de las formas más concretas del colapso del ciclo democrático, su marca material: no es habitual la sincronía entre los tiempos de la política y los tiempos de la ciudad, pero esta vez el derrumbe no ofrece la tregua de antiguas mediaciones, se presenta ante nuestros ojos minuto a minuto, con escenas hace poco impen-

sables de miseria y degradación, dándonos la certidumbre física de su radicalidad. Paradójicamente, sin embargo, esa misma radicalidad y la rapidez de los cambios que supuso tienen un efecto paralizador, tienden al puro presente: una sensación de *impasse* desde la que se concibe la ciudad como un escenario inerte, “invadido” por la crisis y en el que sólo queda esperar que en algún momento “pase” y “se vuelva a la normalidad”. También en esto, como se ve, la ciudad da una buena medida de la actitud más generalizada ante el derrumbe de la política y de las instituciones.

Uno de los fenómenos sin duda

más notorios es el de las legiones de cartoneros que todos los días al final de la tarde rastrillan la ciudad, convirtiéndola en una especie de gigantesca playa de clasificación y tratamiento de residuos a cielo abierto. No pretendo encarar aquí un análisis en profundidad del fenómeno, pero creo que puede ser útil entenderlo como indicio de los rumbos que toma Buenos Aires, prestando atención tanto a las reacciones que provoca como a los escenarios urbanos que produce. La lógica esencial del fenómeno es bastante transparente, producto de la combinación de varios elementos de la crisis: la caída económica de vastos sectores de la población, la clausura de todo horizonte laboral formal para ellos y la multiplicación del precio del papel y el cartón que antes se importaban o, de modo más abarcante, la multiplicación de “nichos de mercado” antes sólo marginales. En un estudio que el suplemento económico de *Página 12* presentó con el título de “Pobretariados”, se advierte que del 78,5 por ciento de la población económicamente activa que según el INDEC tiene empleo, el 12 por ciento tiene “empleos de indigencia”: cartoneros, vendedores ambulantes, traficantes de bienes robados y drogas, socios de clubes de trueque, prostitutas y beneficiarios del Plan Jefes y Jefas de Hogar.¹ Pero en el caso de los cartoneros la cuestión no se restringe a las implicancias económicas y laborales, sino que hace presente un tema de magnitud para la vida urbana, como el de la basura, y pone en el centro de la escena cotidiana algunas de las consecuencias más agudas de la caída, su masividad, el modo en que ha afectado a sectores que hasta hace muy poco pertenecían a la clase media.

No parece casual, entonces, que esté en el centro de la escena: una sociedad volcada a revolver en sus basuras parece una metáfora demasiado poderosa para pasar por alto. Y, sin embargo, esto es lo primero que debería llamar la atención: no sólo el hecho de que haya sido abordado por el gobierno y la Legislatura (la campaña para incentivar en la ciudadanía el uso de bolsas de residuos diferenciadas o las propuestas de modificación de los

contratos con las empresas recolectoras y de las leyes que regulan la actividad) o por los políticos que prometen mano dura, en una reminiscencia de la “ciudad blanca” de Cacciatore; no sólo que los medios lo hayan puesto en un lugar destacado de la agenda; sino, especialmente, que una parte importante de la sociedad porteña (90 por ciento, de acuerdo a encuestas) apruebe la actividad de los cartoneros y, en forma silenciosa, desarrolle formas activas de solidaridad, desde los comedores populares institucionales o espontáneos hasta la organización de una compleja campaña de vacunación antitetánica (emprendida por una asociación barrial y una cooperativa de cartoneros con apoyo del gobierno), pasando por las donaciones que se verifican en cada centro comunitario, en cada parroquia, en miles de casas que reciben a “sus” cartoneros particulares con comida, abrigo para los chicos, el valioso papel.

Esta actitud es bien novedosa y sorprendente, ya que lo que había primado hasta el estallido de diciembre era una aceptación de la fragmentación que se traducía en cierta naturalización de sus manifestaciones. Por supuesto, sería absurdo pensar que este cambio, la novedosa respuesta solidaria porta en sí misma, más allá de las conmovedoras formas de su manifestación cotidiana, la soluciones a la crisis —un error análogo al que muchos cometieron en la evaluación de las asambleas del verano. Hay que reconocer su realidad y su potencialidad pero, al mismo tiempo, sus sentidos deben ser interpretados, en especial la paradoja que encierra: al ser tanto el resultado de la radicalidad de la descomposición social como de la sensación de impasse que ésta ha generado, la nueva actitud se sostiene en la creencia de la excepcionalidad de esta situación. Podría decirse que si la degradación social que se hace presente en la miseria urbana ocupa hoy un primer plano es porque, alineada con otras expresiones de la crisis, también se la piensa como epifenómeno de ésta y, en consecuencia, como transitoria. Se trata de una paradoja temporal: el puro presente de la crisis ha producido una transitoriedad detenida, que

se traduce en la actitud de quien está convencido de que esto no puede durar, pero sin tener la menor idea acerca de cómo podría cambiar: “mientras tanto”, ser solidarios es lo mejor que podemos hacer. Si creyéramos que la actual respuesta social es el mero resultado de la masividad del fenómeno, no estaríamos dando cuenta del hecho de que en muchas otras ciudades latinoamericanas la masividad de la miseria no impide su naturalización. Aquí la paradoja temporal juega un rol fundamental, y el riesgo de que se vuelva a la situación anterior (una sociedad “formal” decretando la invisibilidad de las manifestaciones de la “informalidad”) no depende de la cantidad de cartoneros que haya, sino de un delicado ajuste de la respuesta social: que la sociedad se haga cargo de que esta situación no es transitoria; que eso no signifique la asunción de una nueva meta de “normalidad”.

Obviamente, para que ese cambio sea posible, la solidaridad tiene que traducirse en política y en instituciones, el eslabón faltante en toda la debacle argentina (en verdad, su causa y consencuencia); sólo desde la política podrían producirse interpretaciones abarcantes de estos fenómenos sociales y, apoyándose en los reflejos solidarios de la sociedad, proponerse acciones sostenidas de transformación. Porque sin política, la solidaridad, la participación, la movilización, todo en algún momento se desvanece y pasa; lo único que se puede asegurar que sin política queda (y crece) es la propia miseria. Y si la idea de transitoriedad de la crisis, de puro presente, es la marca de la ausencia de la política, cualquier construcción política que pueda hacerse tiene que partir de la constatación dramática de que estas expresiones de la miseria urbana se vienen consolidando hace rato y su actual masividad lejos de ser pasajera es un eslabón más en esa consolidación: esto que vino y todavía nos sorprende ha llegado para quedarse.

¹ *Cash*, suplemento de *Página 12*, 13-10-2002. Artículo basado en la investigación de un equipo dirigido por Agustín Salvia (UBA-UCA), que realizó un análisis cualitativo del informe del INDEC de mayo.

Es una certidumbre muy importante, porque obliga a abordar la cuestión en términos completamente novedosos para las tradiciones ideológicas y culturales de Buenos Aires: por primera vez de modo tan radical, la ciudad enfrenta la típica pregunta latinoamericana: qué hacer con la pobreza urbana. No es que no haya habido pobres en Buenos Aires, sino que la situación social estuvo durante mucho tiempo caracterizada por la movilidad más que por la consolidación de situaciones de miseria extrema, y hasta en el Gran Buenos Aires, esa especie de alfombra debajo de la cual la ciudad capital escondió todo aquello que no quiso ver, el dinamismo de la economía y la activa presencia del Estado garantizaron, por lo menos hasta los años setenta, procesos de integración social más que de exclusión. Así se explica que la política y las instituciones hayan tomado siempre las manifestaciones de la miseria (el déficit habitacional, la marginalidad, el trabajo informal) como disfunciones pasajeras, que no debían requerir acciones sostenidas y prioritarias sino apenas “asistencia”; se explica, aunque no se comprende cómo todo el último ciclo democrático hizo tan poco para producir una nueva mentalidad, ante tanta evidencia empírica de que se estaban consolidando zonas de exclusión permanentes –por añadidura, el único sector dinámico de la sociedad: el último censo mostró que la población total de la ciudad capital disminuyó un 10 por ciento mientras aumentó un 120 por ciento la porción de población “marginal”.

Este es el marco en que se deben situar las respuestas políticas dadas hasta ahora al fenómeno del cartoneo. Por supuesto que, dada la situación general, no cabe sino celebrar que el reflejo primario de la clase política porteña (en el gobierno y la Legislatura) haya sido el mismo de la sociedad: ratificar la legitimidad de la actividad buscando su protección en términos materiales y legales. Como siempre, Buenos Aires nos muestra algunos de los gestos más reformistas del escenario político nacional, aunque, también como siempre, la distancia entre esos gestos y la asunción

efectiva de la dimensión de los problemas en juego termine funcionando como un boomerang de alta capacidad destructiva para la propia consolidación de una política de reformas. Vamos a detenernos en dos aspectos de la respuesta política que muestran su carácter de paliativo mayormente ineficaz.

El primero está implícito en el propio nombre de “cartoneros”, eufemismo que designa, bajo una apariencia productiva (el reciclaje industrial de papel), a un heterógeno conjunto de buscadores de basura que reúne desde hombres y mujeres solas hasta familias completas que peregrinan desde rincones lejanos de la metrópoli durante todo el día, en un amplio espectro social que muestra el dinamismo de la movilidad descendente que se estuvo acumulando en los últimos años para estallar en diciembre; sujetos diversos, que en muchos casos no tienen el papel o el metal como único ni principal objetivo, sino la comida, ni se restringen a los horarios ni al tipo de búsqueda organizada, ya que es cada vez más habitual encontrar personas solas, todavía bien vestidas, que deambulan como vecinos “normales” aunque, casi como al descuido, abren al pasar los cestos de basura buscando vaya a saber qué de valor.

En realidad, vimos que el propio INDEC clasifica al cartoneo como trabajo, y buena parte de la mejor respuesta política se apoya en esta definición –a la que le agrega la componente “ecológica” de la clasificación de la basura, actividad que hasta ahora había sido prolijamente eludida en todos los millonarios contratos formales de recolección que hizo la Ciudad. No cabe duda que en la definición de “trabajadores” hay un aspecto progresista, que le confiere dignidad y legalidad a una tarea degradante. Pero si esto es lógico como demanda de los propios cartoneros (en especial la legalidad, ya que la libre recolección está prohibida por un decreto del 77, ofrecido por la Dictadura a las empresas recolectoras como garantía del monopolio del servicio que estaba privatizando), no parece la respuesta más articulada que debería ofrecer el gobierno. Porque no cabe duda de que la

recolección de basura debe estar regulada y oficializada y en manos de trabajadores expertos (sean empresas privadas o cooperativas de cartoneros).

Aquí enfrentamos una típica disyuntiva que en el debate urbano latinoamericano partió aguas intensamente en los años sesenta (cuando en Buenos Aires sólo podía ingresar como cuestión ideológica, sin una realidad social que la justificase): la que enfrentaba los discursos reformistas clásicos, que llamaban a la transformación del sistema para darle cabida formal a todas las expresiones de la marginalidad, y los discursos populistas, que veían en esas expresiones alternativas al sistema que favorecerían su transformación. Entonces el debate principal atravesó la cuestión de la vivienda y, especialmente, de las villas miseria, y quedó claro su carácter aporético: mientras los primeros discursos terminaban postergando *sine die* el momento de la integración, actuando siempre con paliativos inocuos frente a la multiplicación de la marginalidad, los segundos terminaban consolidándola y ratificándola en términos sociales y culturales, sin alterar las bases de la desigualdad. Esta última posición fue la que presidió la política de radicación de villas miseria del menemismo, sólo puesta en crisis en la villa de Retiro, no por razones precisamente ideológicas en aquel sentido, sino por el valor de sus tierras (para el populismo de mercado, la radicación es buena siempre que no contradiga intereses económicos importantes). Y hoy aparece también en las propuestas arquitectónicas de prototipos de carritos para favorecer el trabajo de recolección; pero ya se han olvidado todos aquellos debates y, por lo tanto, no son necesariamente populistas los que las promueven, aunque los problemas que anidaban en esas respuestas sigan estando allí y el único cambio verdadero es que nadie piensa más en ellos. Pero analicemos el significado concreto que hoy tiene esta defensa de los cartoneros como “trabajadores”.

Si el diseño de carritos o la separación del papel y del resto de la basura en dos bolsas como respuesta social espontánea para facilitar el trabajo del cartonero debería celebrarse, como medida de gobierno deja que de-

sear en todas sus implicancias. En primer lugar, porque parte de la creencia simplificadora de que los actores envueltos en el conflicto de la basura son dos: las empresas concesionarias y “los cartoneros”, cuando éstos son esa multiplicidad que mencionamos, lanzada a la competencia. Así, con la separación de las bolsas y el tácito acuerdo de que el papel es para “los cartoneros” que pasan primero, lejos de regularse la actividad, se la libra al más feroz mercado, el que produce la desesperación. En segundo lugar, porque se da a entender que la clasificación y el reciclaje de la basura, que ningún gobierno fue capaz de precisar en contratos formales, en tiempos de prosperidad, con empresas que mueven cifras millonarias, puede ser el resultado espontáneo de la crisis. Sobre el reciclaje basta decir que depende de una tarea mucho más complicada que separar el papel (en cualquier condición) de “todo el resto” (en el que se mezclan residuos orgánicos útiles con plásticos, vidrio, algodones y jeringas);² pero, sobre todo, que nunca podría darse un reciclaje eficaz en una relación tan inmediata con las necesidades cambiantes del mercado (porque lo que hoy se demanda son papeles y cartones y algunos metales..., y mañana?): justamente, lo que no se quiere aceptar es que los cartoneros, en las condiciones actuales y más allá de ellos mismos, no son una expresión de la filantropía ni de la racionalidad ambiental a los que el Estado debe simplemente apoyar, sino la expresión más cruda y dramática de uno de los mercados más inestables en este país inestable, el de la indigencia. En verdad, esta idea de que la crisis puede traer soluciones “apropiadas”, en términos ecológicos o económicos (creencia que se encuentra también en quienes convierten los clubes de trueque no en una respuesta ingeniosa y destacable de la desesperación, sino en una alternativa social al capitalismo), se hace bastante difícil de aceptar: la mínima experiencia enseña que los países que tienen las más “apropiadas” soluciones en esos temas sociales y ecológicos son siempre los que combinan los más altos standards sociales con los instrumentos públicos

más sólidos y eficaces, situación bastante lejana a la de Buenos Aires, incluso antes de esta crisis (como demuestran los propios contratos de la basura). Por el contrario, los instrumentos públicos con los que contamos parecen sólo aptos para favorecer negocios privados o relaciones clientelares con los actores sociales (aunque hoy sean negocios y clientelismo de rapiña).

La respuesta más articulada ha surgido de algunas cooperativas de cartoneros que ven el problema y piden, más que libre tránsito para la recolección, una nueva regulación del Estado (la actual fue inventada por la Dictadura para Manliba, pero eso no puede ser un argumento para suponer que el Estado no debe pretender ejercer alguna regulación), en la que ellos tengan una parte activa y formal (y, entre otras cosas, en que la clasificación para el reciclaje se haga en las condiciones adecuadas). Ahí sí serán trabajadores. Pero entonces se reintroduce otro de los aspectos de la crisis de la que son producto: serán trabajadores algunos miles de los que hoy son cartoneros, pero sólo ellos. ¿Cómo evitar que en las condiciones de miseria que no parecen retroceder, la basura siga siendo un foco de atracción para los mercados de la indigencia y, por lo tanto, el problema de su regulación haya dado en ese caso simplemente una vuelta en redondo? Esta es otra pregunta típicamente latinoamericana que ni siquiera hemos empezado a formular.

Lo que nos lleva al segundo aspecto de la respuesta política que querríamos analizar: la idea, completamente extendida, de que estas legiones de cartoneros vienen “de afuera” de la ciudad. Como siempre, Buenos Aires capital ve como ajeno todo aquello que queda fuera de sus límites de “ciudad europea” y, por lo tanto, identifica como “invasión” la aparición de algunos de esos rasgos de otredad (la pobreza, la informalidad, la marginalidad). Es una actitud cultural refrendada por la proverbial imposibilidad política de pensar coordinadamente la ciudad en su región metropolitana (el Gran Buenos Aires fue siempre el “afuera” más inmediato y amenazador), pero que en este caso además parte de la mistifi-

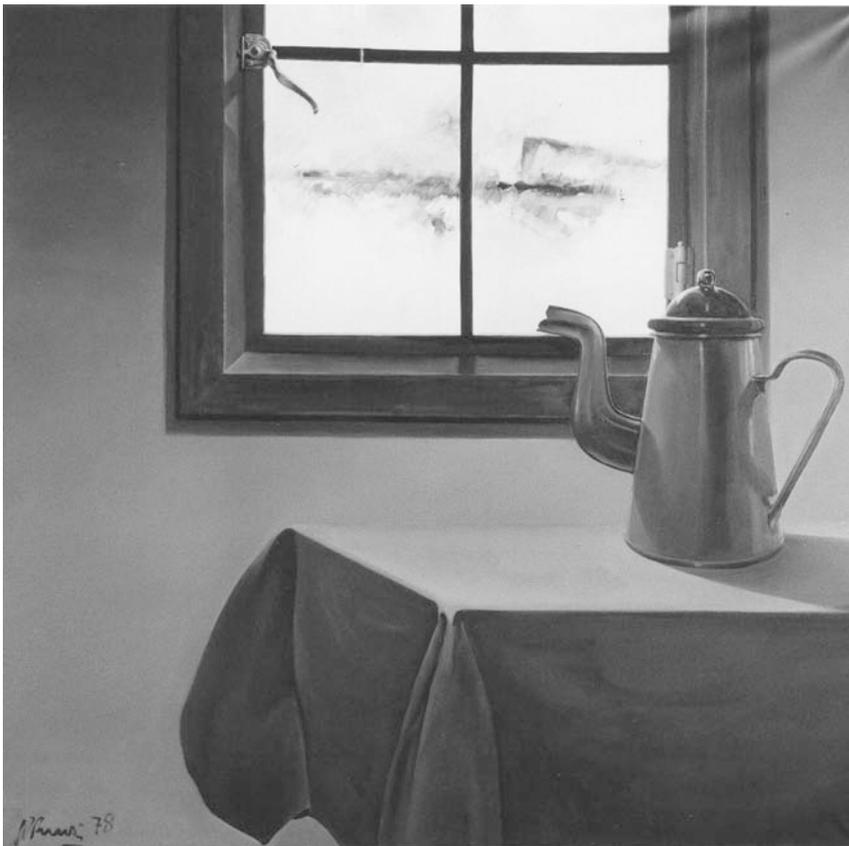
cación de la realidad social dentro de la misma Capital, donde, como vimos, los índices de pobreza son lo único dinámico: las “periferias internas” de la ciudad están dándole hoy el tono principal a su vida social y urbana. Sin embargo, aquella idea sigue operando como una convicción profunda de la cultura urbana, mostrando el viscoso fondo de su autorrepresentación progresista. Desde ya, esa misma autorrepresentación aísla los discursos más claramente reaccionarios, expresados por las propuestas directamente expulsivas. Pero también aparece en la propuesta del gobierno de ofrecerles a los sin techo el pasaje para que “se vuelvan” a sus provincias. Y, sobre todo, aparece en la negativa a aceptar las condiciones reales de la metrópolis que le ha tocado gobernar. Hoy parece mentira, pero conviene recordar que todavía hace poco más de un año una de las principales políticas de estado parecía ser que el museo Guggenheim nos honrara con la instalación de una sucursal. Por supuesto, se realizan mientras tanto muchas acciones meritorias y adecuadas, en áreas como educación o salud, con funcionarios sensibles y cuidadosos. Pero ello tiene siempre un rol marginal, que no logra reestructurar la acción y la imaginación políticas: todo indica que la clase política local estaba preparada para otra cosa (administrar con el piloto automático una ciudad pujante del Primer Mundo, apenas con algunos problemitas pasajeros), bastante diferente de los desafíos que genera la metrópolis latinoamericana que hace ya tiempo deberíamos haber reconocido en Buenos Aires. Ya la ciudad no ofrece más los márgenes de “gestión automática” que permitía su anterior prosperidad relativa; ya la ciudad es la Argentina de la crisis. Y lo peor que podría ocurrir, quizás, si hay posibilidad de elegir en esta historia, es que la actual “meseta” económica combinada con el vacío político sin fondo lleve a la consolidación de la desigualdad, a su ya definitiva naturalización en una ciudad devastada.

2 Cfr. Carlos Libedinsky, “Los cirujas tienen razón” y “Política de desechos: anticipo del caos”, en *La Nación*, 17-5-2002 y 28-8-2002, respectivamente.

Políticas del decir y formas de la ficción

Novelas de la dictadura militar

María Teresa Gramuglio



La última dictadura militar (1976-1983), la que hoy consideramos la dictadura por antonomasia, todavía nos enfrenta a quienes la vivimos y sobrevivimos y a los descendientes, a ejecutores y víctimas, a opositores y cómplices, e incluso a quienes parecerían haber decidido excluirla de su horizonte problemático, con la necesidad de alcanzar una comprensión crítica de las condiciones que abonaron el suelo para la implantación de una intervención militar que hizo del terrorismo de Estado su método capital de funcionamiento. Lejos de extinguirse, esa exigencia se acentúa, porque aun en situaciones de extrema penuria económica

y miseria política como las actuales, o quizá justamente a causa de ellas, sigue también abierto, y con redoblada intensidad, el interrogante por los efectos que esa metodología pudo haber arrojado, de modo quizá indeleble, sobre las redes que articulan las relaciones entre política y sociedad. Un libro reciente de Hugo Vezzetti, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* (2002), explora con fuerza polémica e iluminadora aquellas condiciones —y abre una vía para avanzar sobre los efectos. Lo hace trabajando principalmente sobre las representaciones que de esa experiencia ha construido y construye la memoria social.

9
Vezzetti, con toda razón, otorga al Juicio a las Juntas y al informe de la Conadep que cristalizó en la publicación de *Nunca más* un lugar fundacional en el trabajo de elaboración de la memoria. Reconoce, sin embargo, que esos acontecimientos no irrumpieron sobre un vacío o un silencio absolutos. En acuerdo con ese reconocimiento, habrá que recordar aquí, una vez más y en primer lugar, la presencia al principio débil, dispersa y casi subrepticia, pero que poco a poco fue haciéndose más persistente y visible, del reclamo de familiares y el apoyo de organismos de derechos humanos para los casos de secuestro y desaparición de personas. Junto a ese accionar difícil, que estuvo lejos de concitar adhesiones masivas, habría que situar además algunas actividades y discursos que durante el imperio de la represión trataban de horadar el silencio y ensayaban maneras de abrir algunos espacios que permitieran procesar la experiencia difusa del presente, articularla con el pasado y extraer de ella sentidos que pudieran oponerse a las imposiciones del poder dictatorial.

Entre esos discursos, la literatura no estuvo ausente. Durante la dictadura se publicaron, dentro y fuera del país, novelas que buscaban dar forma a aquella experiencia, y con la puesta en forma no solamente alcanzar la denuncia y la crítica impedidas por la censura, sino sobre todo articular una formulación precisa del nuevo enigma que planteaba la historia del pre-

sente. Como se ha señalado varias veces, incluso en las páginas de esta misma revista en el transcurso de la dictadura, y luego en balances posteriores realizados por diversos críticos, en algunas de esas novelas abundaron procedimientos que hacían de la ambigüedad y el enrarecimiento uno de los registros principales; en sintonía con las tendencias literarias y teóricas más reconocidas de la segunda mitad del siglo XX, elaboraron narrativas oblicuas, alusivas, fragmentarias, que transformaban o directamente eludían las convenciones de la mimesis tradicional; propusieron verdaderos ejercicios de desciframiento, de lectura entre líneas, para unas historias y unos personajes dotados a veces de fuerte carga simbólica o alegórica. Este no fue el único registro, ya que coexistió con el más apegado a la representación realista, en ciertos casos simplificada hasta el lugar común, en algún otro exasperada hasta el barroquismo, al que apelaron otras ficciones. En unas y otras parecía retornar con insistencia, de modo casi siempre implícito y algunas veces explícito, una misma pregunta con variaciones: “¿Hay una historia?” O: “¿Qué historia es ésta?”. Y junto a ella: ¿Cómo contarla? Tramitaban así, entre las elecciones estéticas propias de las trayectorias individuales y las marcas ideológicas de esa coyuntura específica, la característica aspiración utópica que la literatura comparte con el mito: la que pretende construir soluciones imaginarias (y por ende: *formales*) para los conflictos de la existencia real.¹

La investigación de la Conadep y el Juicio a las Juntas, con la publicación de *Nunca más* y del *Diario del Juicio* – este último anticipado por las sesiones del juicio, que pusieron ante una amplia audiencia las declaraciones de los testigos– introdujeron un corte abrupto. Fundacional en la dimensión ético-política que señala Vezzetti, ese corte implicó también un giro decisivo en el universo de los discursos, al poner descarnadamente primero en la voz de las víctimas y luego en negro sobre blanco los aspectos más siniestros de la represión que los militares habían llevado a ca-

bo de manera sistemática. Nadie que lo haya visto podrá olvidar el impacto de la sesión inaugural del Juicio, con las cúpulas responsables en el banquillo de los acusados. Pero aunque quizá menos impactante, tanto o más inolvidable que esa escena emblemática fue el hecho de que por primera vez se escucharon públicamente y sin temores los testimonios de las víctimas, de las que vivieron para contarlo. Porque ese procedimiento, como seguramente ya se habrá dicho en más de una ocasión, evocaba la pesadilla que Primo Levi refirió con precisión inigualable en el prefacio de *Los hundidos y los salvados*. Cuenta Levi que muchos sobrevivientes de los campos de concentración recordaban que los soldados de las SS les advertían que no quedaría ninguno para contar lo vivido, pero que aun si alguien lograra escapar de la muerte, el mundo directamente no creería hechos tan monstruosos. Y agrega: “Es curioso que esa misma idea (‘aunque lo contásemos no nos creerían’) aflorara, en forma de sueño nocturno, de la desesperación de los prisioneros. Casi todos los liberados, de viva voz o en sus memorias escritas, recuerdan un sueño recurrente que los acosaba durante las noches de prisión y que, aunque variara en los detalles, era en esencia el mismo: haber vuelto a casa, estar contando con apasionamiento y alivio los sufrimientos pasados a una persona querida, y no ser creídos y ni siquiera escuchados.” Esa pesadilla, al menos, quedaba conjurada.

Han pasado desde entonces casi veinte años, y se puede advertir que aquel corte, lejos de clausurar o de tornar innecesaria la exigencia de volver sobre lo acontecido, no hizo sino iniciar un camino que todavía requiere investigaciones más exhaustivas y la profundización y el debate más amplios para evaluar causas y consecuencias. De hecho, abrió la vía a los “trabajos de la memoria”. Junto a ellos, o entre ellos, a una literatura testimonial (ampliada a otros soportes: cine, videos, etc.) que buscó revelar tramos hasta entonces desconocidos, o conocidos sólo a medias, del funcionamiento de las organizaciones

guerrilleras y de la experiencia de sus miembros en la lucha, en la clandestinidad o en los campos de concentración. Sea como recapitulaciones no exentas de una intención de denuncia, sea como exposiciones menos contenciosas que se presentan como derivadas de la indagación de fuentes y de las entrevistas a protagonistas y testigos, múltiples facetas de la preparación y el despliegue de los años de plomo fueron exploradas y reconstruidas: desde la serie de los sucesos políticos a las manifestaciones de la protesta social; desde las expresiones de la cultura de izquierda a la formación de los militantes; desde las aberraciones de las dirigencias hasta los horrores, las rutinas y las perversiones de los chupaderos. Si se repara en libros como *Recuerdos de la muerte* de Miguel Bonasso (1984, mismo año de edición de *Nunca más*) y *Galimberti* de Marcelo Larraquy y Roberto Caballero (2000), para tomar uno muy temprano y otro bastante reciente, hay que reconocer que el efecto conmocionante de esa literatura testimonial, por discutible que resulte en muchos casos, sigue siendo poderoso. Es así, sobre todo cuando entre sus resultados quizá no buscados se percibe a veces cierta falta de autocritica de los protagonistas, cierta complacencia en la evocación de una gesta gloriosa; o cuando, en contraposición con las autoimágenes del heroísmo juvenil, se asiste a la aparición de algunas figuras inquietantes que no han dejado de alimentar el imaginario de la ficción, como la de la montonera irresistible que enamora a sus torturadores y se enamora de ellos. A esta corriente documental, finalmente, es necesario incorporar además los testimonios e investigaciones sobre la guerra de Malvinas, aunque su génesis y formas de difusión fueron muy diferentes.

Al mismo tiempo, el corte producido por el informe y el Juicio modificó las condiciones discursivas para otras novelas que volvían, que podían

1. Sobre el corpus de estas novelas, véase AAVV, *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza, 1987.

volver sobre la experiencia de la dictadura, ya sin los eufemismos obligados por la represión, para seguir interrogando sus núcleos más duros: los secuestros, la tortura, el robo de niños, las relaciones eróticas e ideológicas que se generaron en la convivencia entre torturados y torturadores, la extendida impunidad que derivó de las posteriores decisiones sobre la obediencia debida, el punto final y el indulto, y también la guerra de Malvinas. En este último tema, Rodolfo Fogwill fue un pionero indiscutible; como señalaron varios críticos, en *Los Pichycyegos* (1ª edición 1983, aunque la contratapa afirma que fue escrita en junio de 1982) imaginó la guerra como una picaresca *underground* de sobrevivencia que erosionó por anticipado cualquier épica futura. Quince años después, Carlos Gamerro volvió sobre Malvinas en *Las islas* (1998). Su narrativa no abandonó la representación antiheroica de la guerra, que extendió a sus secuelas en los veteranos. Pero no se centró exclusivamente en ella, sino que la conectó con el pasado –con el más inmediato de la dictadura que la inició, con el más lejano de la formación de los mitos de la nacionalidad– y con una posguerra grotesca y a la vez siniestra, en la que un motivo clásico de la ciencia-ficción, la existencia (y persistencia) secreta de redes implacables de autoritarismo militar-industrial, se mezcla con el más actual de una subcultura familiarizada con los lenguajes de la tecnología y de la droga.

Las novelas sobre la guerra de Malvinas no solamente han rechazado los registros heroicos, sino que hasta han rehusado el tratamiento grave de una catástrofe que con el mismo desprecio ciego por la vida humana que la dictadura aplicaba para reprimir, expuso a cientos de jóvenes indefensos a situaciones límite y los llevó a la muerte. No ocurre lo mismo con las novelas que vuelven sobre la represión. No hay picaresca ni grotesco ni farsa en los relatos de los secuestros, las desapariciones, la tortura, los campos de concentración.² Por ahora, parecería que en un solo caso un escritor se ha atrevido a intentar un trata-

miento lúdico de un asunto vinculado con la dictadura, pero lo hace con una historia que transcurre años después del juicio, cuando ya estaba firme la serie de medidas que terminaron por asegurar la impunidad a la mayoría de los que integraron el aparato del terrorismo estatal. En *Calle de las Escuelas No. 13* (1995, publicada en 1999) Martín Prieto trama una punición imaginaria, el sueño inconfesable de la justicia por mano propia, mezclando sin reverencia alguna dos motivos que ostentan antecedentes literarios bien visibles: el grupo justiciero que adopta el funcionamiento de una célula clandestina (*Libro de Manuel*), la venganza planeada como un juego de pistas literarias que conducirá a un torturador a la trampa (“La muerte y la brújula”).

Ese plan es posible porque el torturador es aficionado a la literatura. En su biblioteca tiene “una primera edición de *Fervor de Buenos Aires*, de Borges, en una caja de vidrio”, producto de los saqueos que seguían a los secuestros. El torturador, además, es una figura irrisoria: un petiso cincuentón, con veleidades de seductor, que usa taquitos y juega al pool. Su nombre alude con humor negro a su oficio: Parrillita. Aquellas preguntas sobre la historia que las novelas escritas durante la dictadura fraseaban de un modo críptico para anclar la peripecia del presente en un pasado que pudiera iluminarla, ahora son enunciadas claramente desde un nosotros que por la proximidad de su horizonte histórico se puede reconocer, también claramente, como generacional: “¿Cuándo comienzan, en este país, las desgracias? ¿Cuándo precipia el pericón? ¿Qué hecho las funda, a las desgracias? ¿Cuándo es que se vuelve verdaderamente insostenible? A nosotros nos quedaba claro, siempre, un recorte que, al revés que en el canto segundo de *Martín Fierro*, marcaba una desgracia hacia atrás. Ese recorte, que es político, se sitúa en 1983. Hacia atrás, la desgracia, pero eso no significa que hacia adelante hijos, hacienda y mujer”. Esta ausencia de solemnidad, este tono humorístico, casual sólo en aparien-

cia (pues está bien sujeto a una sintaxis precisa y atravesado por la cita literaria), son las elecciones formales dominantes en la novela. Cuando llegamos a la mitad de un relato armado por breves capítulos que alternan distintos momentos y planos narrativos, cuando hemos asistido a unas acciones y reflexiones dispuestas en un orden aleatorio, a veces digresivas y no siempre funcionales, sobre algo que en el primer capítulo se llama “la causa”, y que consiste en “intentar matar al perro”, recién entonces leemos la pregunta que ha disparado la intriga: “...Violeta recogió del piso la toalla anaranjada, se la puso en la cabeza, como si fuera un turbante, prendió un cigarrillo, y me dijo, así, despreocupadamente, como si me propusiera pedir una pizza por teléfono: ‘¿vamos a matar a un tipo?’” En ese punto preciso, el lector debe recordar que antes, en el comienzo de la novela, ha leído: “De haberlo matado, a mí me hubiera gustado que lo matáramos en París, en el hotel Minerve”. Esta frase del narrador, que encierra una alusión a un texto de Juan José Saer que luego será citado de modo explícito, brinda de entrada una clave de lectura: insinúa el carácter fantaseado de la historia, una especie de formación compensatoria literaria (es decir: *imposible* –por el *amateurismo* de los protagonistas, por su método delirante, por las condiciones inverosímiles de la empresa, pero sobre todo por la multiplicación de “conocimientos de literatura y de poesía” que se ponen al servicio de

2. Alguna vez habrá que interrogar a fondo esa diferencia, que de algún modo reduplica el tratamiento diferente que se dio a los sobrevivientes de las dos tragedias. Aun los que con mayor fuerza nos opusimos a esa guerra que muchos hoy olvidan haber apoyado inicialmente con entusiasmo; aun quienes por lo tanto menos nos identificamos con la ideología predominante entre los veteranos, no podemos dejar de advertir que no se les brindaron instancias de reparación y justicia equivalentes a las que se dispusieron para los que sufrieron la represión del terrorismo estatal. Sabemos que los combatientes eran simples conscriptos, en su mayoría provincianos provenientes de los sectores sociales más humildes, que fueron arreados de la noche a la mañana, mal preparados y peor tratados por su superiores, a una guerra delirante con que la dictadura esperaba conseguir adhesiones para consolidar su poder.

“la causa”—) que buscaría corregir el déficit de la justicia legal.

Entre las novelas de la dictadura escritas después de la dictadura hay una que imprime un giro notable en la poética del autor. Es *Villa*, de Luis Gusman (1995). Hasta entonces, las novelas de Gusman se caracterizaban por trabajar con toda la batería de los procedimientos vanguardistas de experimentación formal sobre una mezcla de materiales de diverso origen cultural (mitos y ritos populares, tópicos e imágenes de la literatura alta), que se moldeaban en las matrices psicoanalíticas forjadas en la teoría lacaniana. Eran novelas difíciles, elípticas, herméticas. Avaras para liberar sus significaciones. Tanto, que sólo un arduo esfuerzo interpretativo, autorizado por el horizonte de expectativas que orientaba la recepción de los textos, pudo hacer que en una de ellas, *En el corazón de junio* (1983), se leyera significados ocultos que aludían a los crímenes de la dictadura dispersos en las derivas de sus asociaciones complejas.³ *Villa* se aparta de esa poética. Trabaja (de un modo riguroso pero no convencional, como se podrá suponer) con procedimientos propios de la representación realista: la articulación de la historia sobre el orden temporal-causal; las notaciones precisas de nombres, tiempos y lugares; la estabilidad del punto de vista narrativo; el despojamiento de los recursos retóricos que marcan el lenguaje poético. Elimina la ambigüedad, salvo aquella ineliminable que hace de cada destino humano, por inexorable que se lo presente, un enigma. Construye así un verosímil estricto para una historia inverosímil: la novela de formación de un personaje despreciable que narra su propia historia. Brevemente: *Villa*, que desde unos comienzos marginales ha llegado a ser médico, trabaja en el Ministerio de Salud Pública bajo las órdenes de otro médico de clase alta, el doctor Firpo, a quien sirve con admiración y obsecuencia. Cuando Salud Pública pasa a llamarse Bienestar Social y el lopezrreguismo convierte el Ministerio en una cueva de la Triple A, el doctor Firpo es desplazado y *Villa*, oscilando entre la le-

altad y la deslealtad a su jefe, empezará a verse involucrado en el accionar de los Servicios. Siempre dominado por sus propios temores, se ve arrastrado en un crescendo de violencia que lo lleva de autorizar el traslado de féretros cerrados a firmar certificados de defunción y, finalmente, a colaborar con dos torturadores para asegurar la eficacia de la tortura. La acción de la novela transcurre entre los últimos meses del tercer gobierno peronista y las primeras semanas del golpe militar de 1976. Cuando *Villa*, después del golpe, supone que podrá liberarse de la máquina infernal en que lo ha atrapado la conjunción entre las circunstancias y su propia pusilanimidad, descubre que la máquina ha vuelto a ponerse en marcha con todo su poder redoblado. Los militares se hacen cargo de Bienestar Social, pero los dos torturadores, a los que creía prófugos, están otra vez en funciones. Uno de ellos lo llama por teléfono para anunciarle que será trasladado al Chaco y que deberá ponerse de nuevo a sus órdenes. “—¿Para quién trabajan?”, pregunta *Villa*, desconcertado. La respuesta: “—Para el Gobierno. Nosotros siempre trabajamos para el Gobierno”. Así, con sobriedad, con formas que se ciñen a la mostración escueta desde la perspectiva de *Villa*, la novela fusiona dos historias: una, privada, la de una subjetividad que expone la miseria moral de los pequeños comparsas cuyo sometimiento cómplice sostuvo el funcionamiento del terrorismo de Estado a escala nacional; otra, política, que en las transformaciones del ámbito institucional del Ministerio traza la continuidad entre el último tramo del gobierno peronista y la dictadura militar. Y muestra que ambas historias forman, en realidad, una sola.

Son pocas las novelas que eligen situar decididamente la acción en plena dictadura militar. Como se ha visto, Gusman lo hace en ese tiempo-bisagra que se extiende entre la muerte de Perón y el comienzo; Prieto, mucho después: exactamente en 1993. Martín Kohan, en *Dos veces junio* (2002), se arriesga a esa opción difícil. Los dos junios de su título son los de los campeonatos mundiales de

fútbol, el de 1978 y el de 1982. El segundo coincide con la guerra de Malvinas. En ambos se utilizó, para legitimar el horror, el fondo detestable de sentimientos nacionalistas que la pasión futbolística y las guerras siempre exacerban. No se puede ignorar que esta novela guarda un estrecho lazo de filiación con la de Gusman: el mismo Kohan se encarga de señalarlo, ya desde el título y el epígrafe. La elección de la narración en primera persona y la construcción de la figura de los médicos encargados de controlar la tortura —heredera de una figura demoníaca que posee una larga tradición literaria, pero aquí desdichadamente bien respaldada por numerosos testimonios—, sumadas al tópico del deseo mediado, el de ser como el superior, que lleva a los protagonistas de las dos novelas a ser, como esos superiores, médicos, están entre los motivos más visibles de esa filiación. A partir de ella, Kohan sigue su propio camino.

El argumento de *Dos veces junio* puede resumirse así: el narrador, un conscripto asignado como chofer a un médico militar, lee por casualidad un mensaje con una consulta que el médico, el doctor Mesiano, debe contestar con urgencia. Se trata de una consulta muy clara, una pregunta que un suboficial ha anotado con un error de ortografía: “¿A partir de qué edad se puede empesar a torturar a un niño?” La consulta viene del Centro Malvinas (el que el informe de la Conadep describe como “Pozo de Quilmes” o “Chupadero Malvinas”). Pero el doctor Mesiano no está en la unidad, y el conscripto pondrá todo su empeño en buscarlo para cumplir con lo requerido y asegurar así el correcto funcionamiento del sistema. Desde la escena inicial, que gobierna los posibles narrativos con la contundencia de la pregunta, la novela despliega una historia que muestra primero al narrador como alguien que, desde su posición de subordinado de con-

3. Véase Daniel Balderston, “El significado latente en Ricardo Piglia y Luis Gusman”, *Ficción y política*, op. cit. Es ilustrativo comparar esta lectura con la realizada por Nora Catelli en “Construir la novela”, *Punto de Vista*, N° 19, que no considera en absoluto esa posibilidad.

fianza, conoce perfectamente los métodos represivos que utilizan las Fuerzas Armadas y adhiere a ellos con convicción; luego, como testigo irrefutable del secuestro y la tortura de una prisionera que acaba de tener un hijo; finalmente, como partícipe activo de las maniobras que culminan con el robo del bebé nacido en cautiverio. Aquí termina la primera parte. En el epílogo, cuatro años después, el narrador, ahora estudiante de medicina, lee en el diario, también por casualidad, el nombre del hijo del doctor Mesiano en una lista de muertos en Malvinas. Decide ir a saludar al doctor, que está en la casa de su hermana y su cuñado. Allí, en una reunión familiar aparentemente normal, hay un niño de cuatro años, hijo de los dueños de casa, que como el narrador sabe muy bien es el mismo en cuyo robo participó. Aun con un resumen tan escueto, se notará que Kohan supo encontrar una historia partiendo de algunos materiales que se pueden localizar en el informe de la Conadep y en el *Diario del juicio*. Hasta aquí, parecería repetir los ejercicios de búsqueda que tal vez haya practicado para componer sus anteriores novelas históricas, en las que jugaba luego con las convenciones del género utilizando un arsenal de procedimientos de efecto humorístico bastante previsibles en alguien que es un excelente conocedor de la teoría literaria: parodia, intertextualidad, autorreflexividad. Pero como Gusman en *Villa*, Kohan en *Dos veces junio* se aparta de su poética anterior, aunque no se podría afirmar que este relato ignore totalmente la ironía: basta reparar en la insistencia pedagógica con que la voz del narrador transcribe a lo largo del relato los discursos, siniestros pero también pedagógicos, del doctor Mesiano.

Lo esencial en *Dos veces junio*, lo que le confiere un lugar relevante entre las novelas de la dictadura, no es haber encontrado una historia sino una *forma* para narrarla. Consiste en una serie de restricciones voluntarias, determinadas, en principio, por la perspectiva acotada que impone el uso de la primera persona y por la condensación que supone la sujeción a la uni-

dad de tiempo: como lo exigía la tragedia clásica, la duración de la acción, tanto en la primera parte como en el epílogo, no excede las veinticuatro horas. A esas restricciones se agrega la organización férrea de la sintaxis narrativa, articulada por segmentos rigurosamente numerados y capítulos cuyos títulos responden a la pulsión de cálculo que atraviesa todo el relato, cuyas significaciones Miguel Dalmaroni supo analizar muy bien en su excelente reseña de la novela.⁴ Estos procedimientos se refuerzan con la intercalación de párrafos que reiteran un discurso obsesivo (como los que enumeran a los integrantes del seleccionado de fútbol de 1978 según diversos criterios: por sus apellidos, por sus nombres, por su colocación en la cancha, por su procedencia, etc.), que funcionan como ejercicios de automatismo mental, como una suerte de “vaciamiento” que indicaría la oclusión de cualquier posible juicio moral. El resultado de estos y otros recursos similares miman en el discurso los dispositivos de control que operan sobre el narrador para asegurar una adhesión a los métodos del terror estatal que va más allá de la “obediencia debida”. Así, para dar un solo ejemplo, en la escena inicial el narrador, llevado por su pulsión ordenadora, corrige subrepticamente la falta de ortografía de la anotación del suboficial. De inmediato, se siente observado: “En la pared había un crucifijo, y a mí me parecía que Cristo me miraba. Debajo del crucifijo había un cuadro de San Martín envuelto en la bandera, y a mí me parecía que San Martín me miraba”. Es que al corregir a un superior, el narrador ha violado una norma que le ha enseñado su padre: “El superior siempre tiene razón, aun cuando no la tiene”. La serie es obvia: Dios, San Martín, el padre. El saber sobre el comportamiento que conviene observar con los militares que pasa del padre al hijo muestra el revés perverso de aquella transmisión de la experiencia que Benjamin consideraba una condición perdida de las posibilidades de la narración. Porque el saber del padre es la regla de oro que rige la conducta del narrador: obedecer, callar, no saber, no demostrar que se sabe y

sobre todo: no pensar. Su correlato formal es la neutralidad inconcebible con que puede narrar el horror. Pero hay algo más: a partir de ese sesgo, *Dos veces junio* sugiere la crítica de la institución familiar como uno de los espacios en que se adquieren estrategias de adaptación que abren al camino al sometimiento a todas las imposiciones autoritarias. En el contexto singular de esta novela, la alegría y el orgullo de los padres cuando el hijo es sorteado para hacer el servicio militar lo dice con economía: “Y entonces mi madre dijo: ‘¡Mi soldadito!’, llorando de emoción”. En una dimensión más amplia, como todo discurso sobre la familia, encierra una representación de la sociedad. Por eso, el “mi soldadito” de la madre volverá más adelante, condensando significaciones que se refractan en varios niveles: primero, en la voz de una prostituta a la que el narrador somete a una violación fingida (“Me estás matando, mi soldadito, me estás matando, no ves mi soldadito que me matás”); finalmente en el sueño con que se cierra el relato.

El concripto pone todo su empeño en ubicar al doctor Mesiano para que responda a la consulta, pero el médico ya no está en la unidad porque se ha retirado para asistir al partido con Italia (con entradas de favor, por supuesto). Decide entonces esperarlo a la salida del partido y mientras tanto da unas vueltas por los alrededores del estadio. En ese punto hay una torsión en el relato, y lo que hasta ahora había sido familiar se torna extraño e inquietante. Las calles vacías toman un aire fantasmal; en una plaza, ve un perro que juega con un objeto brillante; el objeto resulta ser un anillo de oro y el narrador lo entierra a patadas en la arena; en una pizzería, ve a un hombre con un audífono que parece estar escuchando el partido por radio; cuando el hombre se aleja por un momento, el narrador descubre que el hombre en realidad está escuchando música; en una esquina, ve pasar a una chica llorando y corriendo con desesperación; detrás de un paredón de cemento, oye chillidos de ratas que

4. Véase Miguel Dalmaroni, “La peor conversación argentina”, en www.BazarAmericano.com

parecen gemidos y el ruido de un golpe que suena como una trompada en la pared. Son los signos de lo siniestro que irrumpen en el mundo hasta entonces nítido del narrador. Esta secuencia dispone, en contrapunto, otros discursos: primero, el de otra voz que ya hemos oído antes, y que sólo después sabremos que es la de la mujer secuestrada y torturada, la madre del niño. Luego, el discurso obsesivo del narrador, que va describiendo las tácticas del juego como la metáfora de una guerra. Cuando al terminar el partido el narrador ve salir a los espectadores en silencio, abrumados por la derrota, las significaciones sugeridas convergen en esa escena: “Ellos eran los que, como digo, lo habían visto todo con sus propios ojos, ellos eran los testigos directos. Al verlos salir abrumados, abatidos del estadio, pensé que extrañamente tenían, a un mismo tiempo, la apariencia de los inocentes y la apariencia de los que no son inocentes. No podían explicar, por el solo hecho de haber estado ahí, cómo era que había pasado lo que nadie podía suponer que fuese a pasar”. Hasta el tono y el lenguaje del narrador se han transformado.

A la salida del estadio el narrador encuentra por fin a Mesiano, acompañado por su hijo Sergio. El médico no comparte la urgencia del conscripto: decide que es necesario compensar la frustración de esa noche y los lleva con tres mujeres a un hotel de citas. Recién después de ese *intermezzo*, Mesiano y el chofer irán a Quilmes. Allí, otro médico expone la situación: hay un niño recién nacido, la madre está al borde de la muerte, y la tortura del niño podría ser la última posibilidad para lograr que ella hable. Los médicos discuten el caso, y cuando Mesiano dictamina que el bebé no tiene peso suficiente como para ser torturado, discuten por la apropiación del niño. Hay una lista de espera, pero Mesiano tiene otros planes. Él y su chofer regresan a la capital (a la “Escuela”) y vuelven a Quilmes. El doctor entra nuevamente en el edificio y sale con un bulto que deposita en el asiento trasero del coche. Los segmentos que componen esta larga secuencia se disponen en contrapunto con otros mo-

mentos de la acción y con los típicos discursos pedagógicos de Mesiano y los obsesivos del narrador (en un montaje un poco obvio, hay uno sobre los diversos tipos de balanzas). Al desarrollarla, el narrador-testigo funciona con toda la neutralidad discursiva que permite el apego a “la prolijidad de lo real”, es decir, el fuerte anclaje en la referencialidad. Pero en medio de la secuencia surge otro de esos momentos en que el texto se desvía de sus propios parámetros para introducir lo ominoso. Mientras los médicos van a pesar al recién nacido, el conscripto queda solo en un pasillo. Está cansado, se sienta en el suelo y se apoya contra una puerta. De pronto, siente que unos dedos lo tocan por debajo de la puerta y que una voz de mujer empieza a hablarle. En voz muy baja, la mujer le relata minuciosamente todo lo que le han hecho en ese lugar y le pide que la ayude, que llame a un número de teléfono e informe dónde está y lo que le ha contado. “Vos no sos uno de ellos”, le repite, tratando de convencerlo. También en voz muy baja, el conscripto demuestra que es “uno de ellos”: la insulta, le ordena que se calle y termina por darle una respuesta rotunda: “No ayudo a los extremistas”. El ámbito, la puerta cerrada, la voz que sale como de ultratumba, la tensión intolerable de la escena, el suspenso sobre la resolución del pedido, evocan los recursos del gótico, pero el mero juego con el género resulta insuficiente para dar cuenta de un horror tan *real*. La imagen insistente de la imposibilidad de moverse, el terror de “quedar pegado” que paraliza al narrador, tienen mucho más que ver con la pesadilla, con todo lo que eso implica en relación con la subjetividad: “No quise moverme, para no saber si con la punta de esos dedos me agarraba la ropa”. “Un pulóver de lana se estira, cada hebra del tejido hecho con lana es elástica y se estira, pero llegando un punto ya no se estira más, y entonces se siente el tirón. Yo no quise sentir el tirón y me quedé quieto.” “No me moví porque si me movía capaz que sentía el tirón en el pulóver, de ella que me agarraba.” Más acá de los significados que condensa, la escena tiene además una importante fun-

ción constructiva. Trabaja con la elipsis, de modo que no es ahí donde se lee lo que la prisionera dice al conscripto sobre las torturas, el nombre que ha pensado para su hijo, el parto y otros episodios atroces de su cautiverio. Con toda su inverosimilitud, la escena verosimiliza la presencia de los segmentos en tercera persona que introducen el relato de un caso reconocible por el testimonio de una sobreviviente, *un caso real*. Esa otra voz intempestiva, que en los primeros capítulos de la novela escande los discursos del narrador, va reponiendo en el orden temporal de la ficción los hechos más brutales del chupadero con singular sobriedad.

Aunque se compruebe que en estas últimas novelas se reformulan nuevos pactos de mimesis, un recorrido tan breve no pretende definir líneas maestras en las narrativas sobre la dictadura escritas en democracia. Solamente comprobar que el cambio radical en las condiciones discursivas producidas por *Nunca más* y el Juicio a las Juntas no autoriza a decretar la prescindibilidad de las “novelas de la dictadura”; y explorar, en consecuencia, algunos de los modos con que la ficción continúa interrogando y elaborando aquella experiencia. Al hacerlo, encuentra entre las novelas de Kohan y de Gusman otro lazo que va más allá del parentesco entre algunos motivos. Encuentra que en estos casos la ficción se topa con las hipótesis más polémicas que animan las mejores indagaciones sobre la memoria, las que Vezzetti plantea sin concesiones: “Ese episodio agudo de *barbarización* política y degradación del Estado no hubiera sido posible sin el compromiso, la adhesión, la conformidad de muchos. La trama de relaciones, complicidades, oportunismos, no puede estar ausente en una exploración de la memoria en la medida en que, precisamente, constituye el punto ciego de una recuperación que vuelva sobre las responsabilidades de la sociedad. Se trata, entonces, de mirar el rostro visible de la acción dictatorial a la luz de una trama menos visible de condiciones que la sostenían”.

Extraña pareja: marxismo y postmodernismo

Acerca de Los orígenes de la postmodernidad
de Perry Anderson

Elías Palti



“El marxismo ha entrado definitivamente en una nueva fase de su historia, en la cual éste puede inspirar y orientar el análisis y retener cierto valor heurístico, pero el mismo ciertamente no es verdadero *en el sentido en que éste creía serlo*”.

Maurice Merleau-Ponty, *Signos*

Los orígenes de la posmodernidad (1998),¹ el último libro de Perry Anderson, es un texto a la vez apasionante y problemático. Concebido originalmente como introducción a una antología de artículos de Fredric Jameson, que luego terminó expandiéndose bastante más allá de aquel objetivo, se trata, contra lo que sugiere su título, menos de un trabajo sobre el

posmodernismo que sobre la situación del marxismo en la escena contemporánea. En este sentido, cabe alinearlos con otras dos obras suyas ya clásicas: *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (1976) y *Tras las huellas del materialismo histórico* (1983). Representa un intento, algo oblicuo, de revisión de perspectivas anteriores a la luz de los sucesos recientes, que

cristalizó poco después en la reorientación impresa por Anderson a la *New Left Review*.

En enero del 2000 se inició una nueva serie de la revista que es el símbolo de esa reorientación. El número inaugural se abre con “Renewals”, nota editorial de Anderson, que fue muy debatida. En ella se explora cuál debe ser la actitud del cuerpo editorial ante lo que llama la “derrota histórica” del marxismo. Tal comprobación sólo dejaría una alternativa: algún tipo de adaptación a lo que aparece como el triunfo final del capitalismo. Queda siempre en pie, por supuesto, otra opción: el sencillo expediente de desconocer los hechos y perseverar en la antigua fe contra toda evidencia.

Anderson, sin embargo, recusa ambas alternativas. La revista, dice, debe evitar toda forma de consuelo o autoengaño respecto de las perspectivas actuales del marxismo, evitando, al mismo tiempo, acomodarse al nuevo consenso neoliberal. La salida de Anderson para el dilema que él mismo plantea es, en verdad, precaria: apoyar toda reforma local sin la ilusión de que altere la naturaleza del sistema. Pero esta alternativa es mucho menos interesante que la propia *formula-*

¹ Perry Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, Anagrama, Barcelona, 2000, trad. de Luis Andrés Bredlow. La paginación en el texto corresponde a esta versión. El presente trabajo es un extracto de uno mayor titulado *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su crisis* (en preparación).

ción del dilema. El gesto de Anderson resulta significativo justamente porque sitúa su reflexión en el centro mismo de la crisis que atraviesa la tradición política en la que se inscribe, sin rehuir sus consecuencias más agobiantes. Las dos alternativas que se niega a transitar no serían más que dos vías distintas de escapar del dilema: tanto para quienes renuncian al marxismo como para los que insisten en la vigencia actual de sus postulados no cabría hablar de una “crisis”. A los primeros, ésta no los concierne porque ya no se definen como marxistas; y tampoco concierne a los segundos dado que, para ellos, no habría nada problemático que explicar.

Esto nos conduce al concepto de “crisis”. Entendida en un sentido “fuerte” (nietzscheano), una crisis no es un fenómeno meramente coyuntural, que provoca el abandono de determinadas creencias y la adopción de otras disponibles, sino que abre una “experiencia abismal”, en la que toda inteligibilidad se quiebra. En la identificación de una crisis no es suficiente verificar la dislocación *objetiva* de un determinado horizonte de pensamiento, lo que deja abiertas las puertas a su abandono (con lo que ya no podría hablarse de una “crisis”, sino simplemente de un cambio de postura o perspectiva). La crisis tiene así también un componente *subjetivo* que se pone de manifiesto cuando se admite que una tradición está históricamente (objetivamente) deshecha *pero aún se persiste en ella*, puesto que ninguna otra aparece como más aceptable o menos problemática. Una crisis, en definitiva, instala un terreno inhabitable, pero que tampoco es traspasable.

Ahora bien, ¿cómo es posible esto?, ¿cómo puede admitirse a una tradición como destruida y aun así permanecer en ella?, ¿cómo se produce –si es que alguna vez ocurre– una auténtica “crisis conceptual”? *Los orígenes de la posmodernidad* ilustra precisamente esto; permite, en fin, indagar en esa lucha agónica por encontrar sentidos una vez que toda certidumbre, que todo Sentido (tanto objetiva como subjetivamente) se habría ya quebrado.

El posmodernismo y el relato de sus orígenes

Los dos primeros capítulos del libro se ocupan de su objeto más específico: trazar las vicisitudes del término “posmodernismo”, desde sus orígenes hasta el presente, delineando la serie de sus torsiones tanto significativas como ideológicas.² Anderson señala cómo el término contenía en sus inicios una marcada ambigüedad ideológica. Sólo posteriormente el mismo se convierte en un concepto claramente de “derecha” por obra, en lo esencial, de Jean-François Lyotard y Jürgen Habermas.

En *La condición posmoderna* (1979) Lyotard identifica el arribo de la posmodernidad con el fin de la sociedad industrial y la emergencia de una “sociedad del conocimiento” que se constituye como una red de juegos de lenguajes, inconmensurables entre sí, cuyo rasgo característico es la dislocación de los “grandes relatos” y la proliferación de la paradoja y los paralogismos. “La incoherencia de la concepción original de Wittgenstein” (quien acuñó el concepto de “juegos de lenguaje”) se convierte así, según Anderson, “en inspiración de un relativismo ramplón” (p.41). El énfasis relativista acompaña un camino ideológico errático que va apartando a Lyotard de su trotskismo inicial para terminar en posiciones francamente conservadoras (el mismo año de publicación de *La condición posmoderna*, hace público su apoyo al candidato gaullista, Jacques Chirac).

La senda cada vez más “idealista” que Lyotard transita en su proceso de derechización puede seguirse en el curso que se inicia con *Discours, figure* (1971) donde, retomando motivos freudianos, identifica el socialismo con el capitalismo, oponiéndoles a ambos una “pulsión de deseo”, entendida, en una vena típicamente frankfurtiana, como único *locus* de negatividad (es decir, como única fuente de impulso crítico). En *Économie libidinale* (1974) completa este giro idealista, expandiendo su perspectiva escéptica hasta el plano de los propios impulsos libidinales. La explotación aparece ahora ligada al goce erótico que produce en

el dominado su delectación masoquista en el poder. Estas son las premisas teóricas sobre las que se sostendrá su concepto de posmodernidad.

En *La modernidad, un proyecto inacabado*, aparecido un año después de *La condición posmoderna*, y que se suele presentar como su contrapunto, Habermas intenta rescatar las potencialidades democráticas de la modernidad que encuentra alojadas en el “mundo de la vida” (*Lebenswelt*). El paso más radical de Habermas consiste en arrancar los impulsos críticos del plano psíquico para transferirlos al medio lingüístico: los vestigios de negatividad se hallarían ya inscriptos en las premisas de la racionalidad comunicativa (la cual debería ser protegida de las tendencias a su colonización sistémica).

Sin embargo, afirma Anderson, la propuesta de Habermas es incoherente. Los intentos de expansión de la racionalidad comunicativa se contradicen con su perspectiva evolutiva de lo social como proceso progresivo de diferenciación de esferas, que volvería imposible toda idea de “autogobierno” (Anderson destaca aquí el significativo abandono, por parte de Habermas, de su concepto de “esfera pública”, al que ya no invoca para ningún propósito práctico). Por otro lado, asegura, oponer modernidad y posmodernidad como expresiones de democra-

2. Según indica Anderson, el término fue acuñado en los años 30 por Federico de Onís a fin de señalar lo que éste definía como un reflujo conservador producido luego del impulso renovador del “modernismo”. Fuera del ámbito hispano el concepto se difunde recién en los años 50. Se trataba todavía (continúa Anderson) de meras “improvisaciones terminológicas”, sin demasiado impacto en el plano artístico e intelectual. El doble hito que inicia la marcha hacia el uso actual del término lo constituyen la fundación por William Spanos, en 1972, de la revista *Boundary 2*, y el manifiesto arquitectónico lanzado ese mismo año por Robert Venturi, *Learning from Las Vegas*. Para los editores de la revista dirigida por Spanos (griego de origen y profundamente crítico de la política exterior norteamericana) el término servía de clave para combatir el establishment académico representado por el *New Criticism* y el formalismo literario. Por el contrario, el manifiesto inaugural de Venturi cristaliza la idea del posmodernismo como el producto de una alianza entre posvanguardismo estético y capitalismo avanzado (con el consiguiente abandono de todo impulso crítico).

cia y conservadurismo, resulta “peculiarmente aberrante”, supone “una taxonomía capciosa” (p.59).

Más allá de sus divergencias, continúa Anderson, los trabajos de Lyotard y Habermas convergen en tres puntos fundamentales que terminaron fijando el concepto canónico de posmodernidad: 1) La deshistorización del término, que sacrifica el carácter original de la posmodernidad como período histórico para convertirla en una suerte de actitud mental que puede descubrirse en los más diversos contextos históricos. 2) La definición de un perfil ideológico que hace del mismo un concepto claramente de derecha. 3) En consecuencia, la identificación de la posmodernidad con la clausura de cualquier alternativa al capitalismo.

Hasta aquí, la sintética reseña del relato de Anderson que da título al libro y recuerda sus mejores páginas, plenas de sutiles exégesis histórico-intelectuales puntuadas con señalamientos penetrantes y críticas incisivas. Sin embargo, la analogía con sus textos anteriores termina aquí. Cuando analizaba la tradición “marxista occidental”, Anderson estaba fijando una narrativa que fue inmediatamente canónica, respecto de un objeto que hasta entonces carecía de tratamiento sistemático. En cambio, al abordar la posmodernidad retoma un módulo explicativo que se encuentra ya relativamente establecido.³ En definitiva, el trazado de los orígenes de la posmodernidad sólo sirve aquí de preámbulo a los capítulos siguientes, dedicados a la obra de Jameson, en los que intenta destacar la necesidad y superioridad de una aproximación materialista que permita integrar las transformaciones recientes producidas en el plano artístico-intelectual con los cambios ocurridos a nivel económico-social.

Jameson y la aproximación materialista a la posmodernidad

Lo que más llama la atención de Anderson es que Jameson desarrollara, ya en sus primeros escritos sobre el tema, una “teoría completa”, de orientación materialista, sobre la posmodernidad. La base para ello, dice, fue su

perspectiva del capitalismo de posguerra. Jameson habría combinado, en una síntesis única, los aportes de Ernest Mandel sobre el “capitalismo tardío” (en el que se desvanecerían las oposiciones binarias típicas del capitalismo clásico) con los de Jean Baudrillard sobre el “simulacro” (entendido como la disolución de la dicotomía entre esencia y apariencia).

Dicha combinación, dice Anderson, le permite a Jameson realizar cinco movimientos que son los que van a distinguir su perspectiva respecto de todas las otras ensayadas hasta entonces. 1) Hallar un anclaje material para los cambios artístico-intelectuales: la posmodernidad se explicaría por transformaciones en los modos de producción que finalmente habrán de erradicar los últimos vestigios de Naturaleza. 2) Explorar en la psique las metástasis de tales transformaciones: la pérdida de todo sentido de historia (y la correlativa primacía del sentido del espacio por sobre el de la temporalidad), que resulta en la fragmentación esquizofrénica de la subjetividad. 3) Abarcar el conjunto de las disciplinas artísticas en un solo concepto: el *pastiche* como parodia inexpressiva, carente ya de impulso satírico o irónico, de los estilos del pasado. 4) Identificar el tipo de configuración social correspondiente a tales transformaciones formales: el borramiento de las antiguas identidades clasistas y la disolución de los agentes colectivos estables. 5) Conectar estos fenómenos con un proceso más general de indiferenciación de esferas, que diluye las fronteras disciplinarias y las que separan el arte “alto” del “bajo”.

Como síntesis Jameson produce un nuevo concepto de posmodernidad, no como lo opuesto a la modernidad, sino como su triunfo completo. Lo que distinguía a la modernidad clásica era la pervivencia de resabios de modos precapitalistas de producción y de culturas y tradiciones aristocráticas, cuya permanente tensión le confería su aspecto progresista y crítico. La posmodernidad, en cambio, habría barrido ya todo vestigio de Naturaleza (hasta entonces encarnada en el Inconsciente y el Tercer Mundo), abriendo las puertas a un “capitalismo ilimitado” en el

que toda alternativa habría sido finalmente eliminada. Anderson encuentra aquí el “movimiento más radical” de Jameson: evitar la simple condena de la alianza entre arte y mercado. Aceptar la realidad del capitalismo ilimitado es, asegura, la condición para encontrar “una salida de ese espacio cerrado y repetitivo” (p. 90). Su proeza fue la de recuperar el término para la “izquierda revolucionaria”.

De este modo, Jameson, en una época en que todo sentido de la temporalidad se habría perdido, sitúa la posmodernidad en una perspectiva histórica. Este logro ubica su obra en una posición privilegiada en el pensamiento marxista occidental. “Se podría decir”, escribe Anderson, “que con ella esa tradición alcanza su culminación” (p.99).

Esta afirmación es, sin embargo, perturbadora. El elogio de Anderson a Jameson, según el cual éste queda consagrado como la figura culminante en una tradición que arranca con autores de la talla de Lukács y Gramsci, resulta claramente desproporcionado. Se trata, además, del candidato, en principio, más improbable para ocupar tan alto sitio. A fin de “hacer sentido” de la obra de Jameson, desde una perspectiva marxista algo más “ortodoxa”, como es la Anderson, éste tuvo antes que realizar una operación conceptual, nada sencilla: para poder reivindicar la aproximación de Jameson a la posmodernidad debió omitir escrupulosamente toda referencia a las premisas teóricas que la sostienen.

Sin duda, Anderson no ignora que las nociones utilizadas por Jameson (como las de “Naturaleza”, “modo de producción”, etc.) tienen para él un sentido específico, desarrollado en su obra anterior, *The Political Unconscious*, sin cuya referencia su visión de la posmodernidad resulta simplemente ininteligible. Como vimos, el mérito fundamental de Jameson, para Anderson, es su capacidad para relacionar fenómenos artístico-intelectuales con procesos económico-sociales. Sin embargo, Anderson no menciona que dicho vínculo sólo se establece en la

3 Véase Barry Smart, *Postmodernity*, Routledge, Londres y Nueva York, 1994.

medida en que las categorías implicadas siempre tienen, en Jameson, un doble sentido. Como lo indica Terry Eagleton, Jameson “nos confronta a la extrañeza absoluta de un discurso sobre clases y modos de producción que es, simultáneamente, una reflexión sobre las formas, los tropos y las figuras”.⁴ Así, la Naturaleza (con mayúsculas) a la que se refiere remite, al mismo tiempo, a los vestigios de modos precapitalistas de producción subsistentes en las comunidades campesinas de las regiones periféricas (el “Tercer Mundo”) y a lo *Real* en Lacan (es decir, “aquello que resiste absolutamente toda simbolización”). Tales comunidades se instituyen así, en la misma vena frankfurtiana que impregna los escritos de Lyotard, como residuos de negatividad, sedes de impulsos críticos que tienden a dislocar el “sistema”.

En definitiva, la teoría jamesoniana de la posmodernidad representa uno de los mejores ejemplos de lo que, desde *Consideraciones...*, Anderson viene denunciando como “contaminaciones idealistas” que han impregnado el marxismo occidental desde su origen. Su teoría del “inconsciente político” reproduce explícitamente el motivo schellingniano y frankfurtiano –con claras connotaciones místico-religiosas– de la caída y la redención, que sirve a Anderson de base para lanzar su crítica demoledora a Lyotard, pero que ahora (lo cual no deja de ser sugestivo) prefiere piadosamente ignorar.

El punto, de todos modos, es que sólo este trasfondo teórico explica el profundo dramatismo que adquiere en Jameson la expresión “el fin de todo vestigio de Naturaleza”, que define, para él, el arribo de la posmodernidad. El descubrimiento de tal situación –que se produce sólo tras la caída, en 1989, del Muro de Berlín (es decir, con posterioridad a la escritura de *The Political Unconscious*)–, que hasta entonces le parecía algo simplemente inconcebible, señalaría un colapso de dimensiones miltonianas. La obturación de toda trascendencia, la imposibilidad de todo “retorno de lo reprimido” por el sistema (su “inconsciente político”), marcaría un verdadero punto muerto en la historia. Y



esto nos devuelve a la pregunta que dejamos pendiente: ¿cuál es, entonces, la “respuesta” que Anderson encuentra en sus escritos? Según parece, una vez admitida la eliminación de todo residuo de negatividad, ya no habría salida posible del capitalismo. Descubrir la alternativa que ofrece Jameson a Anderson nos conduce a una segunda operación que éste realiza ya no tanto *sobre* la obra de aquél sino *a partir* de ella.

Jameson y las diversas respuestas marxistas posibles a la posmodernidad

El capítulo cuarto de *Los orígenes de la posmodernidad* hace dialogar la

obra de Jameson con otros trabajos clásicos sobre el tema inspirados en un enfoque marxista. Su contraposición gira alrededor de tres preguntas que retoman los tres puntos antes señalados a propósito de Lyotard y Habermas: “¿Cómo se ha de periodizar lo postmoderno?, ¿a qué configuración intelectual corresponde?, y ¿cuál es la respuesta adecuada frente a ella?” (p.108).

Ya la primera de las preguntas le plantea un problema a Jameson. Para él, la derrota política de los años 70 se asocia a una transformación en los modos de producción que da lugar al surgimiento de un “régimen de acumula-

⁴ Terry Eagleton, *Against the Grain*, Verso, Londres, 1986, p. 69.

ción flexible” (son palabras de David Harvey). Esto no parece conciliarse bien con la idea de Mandel, que Jameson retoma, de que el capitalismo tardío nace inmediatamente tras el fin de la Segunda Guerra. La cuestión de la periodización se complicaría aún más cuando se comprueba que “aque- llos reveses no eran más que un pre- ámbulo de las situaciones de jaque ma- te más decisivas que estaban por ve- nir” (p.125). En sus primeros escritos sobre la posmodernidad Jameson aún compartía con el resto de los autores marxistas (incluido Anderson) la ex- pectativa de que se trataba de un fe- nómeno circunstancial, un mero esta- do transicional hacia la formación de un “nuevo proletariado”, que resitua- ría el eje de las antinomias sociales en su lugar apropiado. Sólo la caída del Muro de Berlín en 1989 y la disolu- ción de la URSS en 1991 lo empujan a aceptar que el tipo de quiebre que se produjo plantearía desafíos más radi- cales al marxismo. Según afirma en *Late Marxism* (1990), el espectro frankfurtiano de un sistema de regi- mentación total se muestra, aunque va- rias décadas más tarde de lo anuncia- do, trágicamente real.

Así, entre el surgimiento de una sociedad posindustrial (o “capitalista tardía”) y la emergencia del posmo- dernismo habría un desfase de nada menos que medio siglo. De todos mo- dos, más allá de la ambigüedad en la cronología, lo cierto es que, llegado a este punto, el sentido de la posmoder- nidad se vuelve inequívoco. No se tra- taría de “una simple derrota” sino de la clausura de toda alternativa al ac- tual orden social, que Jameson llama “la forclusión de lo político”. A partir de este momento, “toda escritura ‘an- tisistémica’ está condenada a mante- nerse dentro del ‘sistema’”.⁵

De este modo, la perspectiva de Jameson se articula a partir de un do- ble rechazo dentro del espectro de ac- titudes posibles del marxismo ante el desafío posmodernista. Es decir, se niega a transitar la alternativa de Terry Eagleton, que combina el acotamiento temporal de la posmodernidad como fenómeno histórico con una matiza- ción respecto de su sentido. En sínte- sis, no se trata ni de negar la derrota

ni de embellecerla (lo que nos devuel- ve al dilema inicial de Anderson que lleva a la nueva serie de la *New Left Review*). Esta postura resulta, no obs- tante, problemática.

La idea de la ambigüedad ideoló- gica de la posmodernidad, que era también uno de los motivos origina- les de Jameson (y hacia la cual todo el relato de Anderson sobre los orí- genes del posmodernismo parece con- verger) proveería, en definitiva, la única plataforma posible para el in- tento de apropiación del término “para la izquierda revolucionaria” (que se- ría, según vimos, la “proeza” de Ja- meson). Jameson, no obstante, resis- te conceder ahora en este punto. Y, contra lo que podría anticiparse, An- derson termina encontrando precisa- mente allí su mérito fundamental. “La teoría de la posmodernidad como ló- gica cultural del capitalismo tardío es su deslumbrador resultado”. “Al mis- mo tiempo, sin embargo”, reconoce que “precisamente aquí la forclusión de lo político plantea una paradoja” (p.177), puesto que amenaza tornar autocontradictorio todo su proyecto de apropiación de la posmodernidad para el marxismo. Ésta, en definitiva, pare- ce no dejar margen alguno para afron- tar la tercera de las preguntas que se plantea Anderson al comienzo de este capítulo: ¿cuál es la respuesta apro- piada ante tal situación?

“La respuesta de Jameson”, afir- ma, “descansa sobre una distinción” (p.178). En primer lugar, nos encon- tramos frente a preferencias meramen- te subjetivas respecto de las obras de arte, las cuales serían de escasa im- portancia en sí mismas. Luego vendría el análisis objetivo de “las condi- ciones históricas de posibilidad de for- mas específicas”. Y, finalmente, la evaluación entendida no como un ju- cio estético, sino como un intento de “interrogar la calidad de la vida social a través del texto o de la obra de arte individual”.⁶

Según señala Anderson, “la tarea del análisis histórico y formal ocupa la mayor parte de su obra”. “¿Qué su- cede entonces con la evaluación?” (p.178). Esta última fase le plantearía problemas a Jameson:

Acaso esté haciéndose notar aquí

alguna dificultad más profunda. El matrimonio de la estética y la eco- nomía celebrado por Jameson en- gendra una portentosa totalización de la cultura posmoderna como un todo, en el cual la operación de “trazar mapas cognitivos” actúa –y ésta es su intención– como lu- garteniente de la resistencia dialéc- tica que se le pueda ofrecer. Pero en ese sentido su punto de apoyo sigue estando necesariamente fue- ra del sistema. En su interior, Ja- meson se ocupaba de advertir más que juzgar (p.179).

En definitiva, cualquier intento de impugnación de la posmodernidad su- pondría “un punto de apoyo” fuera del propio sistema. Sin embargo, esto se contradice con la propia definición de la posmodernidad como régimen de totalización infinita. La sola posibili- dad de acceder a un punto arquimédi- co semejante implicaría su negación como tal. En última instancia, si la perspectiva de Jameson es correcta, la imposibilidad de alcanzar la “tercera fase” no sería un problema sólo para él y ni siquiera para los enfoques mar- xistas en su conjunto. Es el propio con- cepto de la posmodernidad el que ex- cluye la posibilidad de la “tercera fa- se” de su análisis. Ambos resultan mutuamente contradictorios.

De todos modos, Anderson sitúa el aporte fundamental de Jameson en la segunda fase, la del “análisis histó- rico y formal”, que provee algo más importante que una impugnación de la posmodernidad: la posibilidad de su comprensión desde una perspectiva materialista. La cuestión que aquí sur- ge es: ¿en qué sentido cabe considerar esto como una “respuesta” a la pos- modernidad? Y esta cuestión se liga, a su vez, al aspecto perturbador de aquella afirmación relativa a la posi- ción de Jameson dentro de la tradi- ción marxista occidental: ¿de qué mo- do su “análisis histórico y formal” de la posmodernidad instituye a Jameson,

5 F. Jameson, *Late Marxism. Adorno, or, the Persistence of the Dialectic*, Verso, Londres, 1990, p. 27.

6 F. Jameson, *Postmodernism. Or the Cultural Logic of Late Capitalism*, Duke University Press, Durham, 1991, p. 298.

según afirma Anderson, en la figura “culminante” de dicha tradición? Para descubrir la respuesta a ambos interrogantes debemos rastrear en la propia trayectoria intelectual de Anderson y tratar de comprender el tipo de problemas conceptuales que se planteaba en el momento de abordar la obra del autor de *Late Marxism*.

Verdades versus saberes del marxismo

20 En 1974, Anderson inició la serie de escritos que dos años más tarde fueron reunidos bajo el título *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Según señala allí, el origen del “marxismo occidental”, que opone al “marxismo clásico”, surge como respuesta a la serie de derrotas sufridas por el movimiento obrero en los años 30 y 40 y que definen sus rasgos característicos: 1) el divorcio entre teoría y práctica; 2) la reclusión de la reflexión marxista en el ámbito académico; 3) la consecuente primacía de las cuestiones de índole filosófica en detrimento de las políticas; 4) la contaminación con motivos idealistas; y 5) un persistente pesimismo. El libro se cierra, no obstante, con el anuncio de la pronta clausura de dicha tradición. Las revueltas del 68 estarían poniendo fin a las condiciones que determinaron su emergencia. Una nueva generación de pensadores terminaría con el divorcio entre teoría y práctica revolucionarias, dando lugar a la elaboración de un pensamiento estratégico en que las cuestiones de orden político y económico recobrarían su anterior centralidad.

Esta expectativa, como sabemos, pronto habría de frustrarse. Anderson comienza entonces a revisar sus anteriores predicciones. En *Tras las huellas* (1983) admite que aún no había surgido un pensamiento estratégico debido a que la fusión entre teoría y práctica que había previsto se produjo, efectivamente, pero en el marco de organizaciones de tipo reformista (la socialdemocracia y, luego, el eurocomunismo). Poco después, en el epílogo a *Consideraciones* agregado a la cuarta edición de 1984, retoca esta afirma-

ción. Ahora considera que la separación entre teoría y práctica resulta, en realidad, algo inevitable y necesario: “Habrá siempre una escisión intrínseca entre el conocimiento y la acción, la teoría y la práctica, para toda ciencia posible de la historia”.⁷ Así, aunque tal divorcio se revela como más persistente de lo esperado, ya no representaría nada grave para el desarrollo del marxismo.

Paralelamente, Anderson rescata algunos logros intelectuales recientes en esta tradición. En especial señala la notable expansión de la historiografía marxista británica, la cual encarna, aunque en forma algo oblicua, su anunciada “vuelta a lo concreto”. Y esto le permite refutar la idea, cada vez más difundida, de una “crisis del marxismo”, que sería un fenómeno acotado a los países latinos de Europa. El síntoma de la decadencia intelectual de dicha región es la expansión del “nuevo idealismo”, representado por el estructuralismo y el posestructuralismo. La hipóstasis del lenguaje que éstos producen derivaría en una suerte de delirio relativista que termina poniendo en duda la existencia misma de una Verdad objetiva.

Anderson cree que el curso idealista del pensamiento francés acompa-

ña naturalmente su derechización política, identificación que, a pesar del obvio forzamiento, no le parece en absoluto “capciosa”, como sí le parece la de Habermas entre modernidad y democracia, por un lado, y posmodernidad y autoritarismo, por otro (siendo que sus diferencias son, en verdad, apenas sutiles, y él mismo se encarga de demolerlas cuando asocia posestructuralismo y posmodernismo con idealismo). La *débaçle* francesa, de todos modos, se vería compensada por el florecimiento historiográfico británico. Se trataría, además, de un fenómeno limitado también temporalmente. Según confía, “ninguna de estas constelaciones históricas está destinada a durar”.⁸

Con la caída del Muro de Berlín y el colapso de la URSS también esta perspectiva se tornó insostenible. No se trataría ya de confrontar la evidencia de una nueva derrota, como las que se dieron tantas veces en el último siglo. En todo caso, la comproba-

7 P. Anderson, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Siglo XXI, Madrid, 1985, p.133.

8 P. Anderson, *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XIX, Madrid, 1986, p.110.

Siglo XXI Editores Argentina

NOVEDADES

LOS TRES PERONISMOS
Estado y poder económico
1946-55/1973-76/1989-99
RICARDO SIDICARO

LOS NUEVOS CONQUISTADORES
El papel de los gobiernos y las empresas españolas en el vaciamiento de Argentina
D. CECCHINI Y J. ZICOLILLO

Otros títulos publicados:
HUGO VEZZETTI: PASADO Y PRESENTE
Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina
MARCELA TERNAVASIO: LA REVOLUCIÓN DEL VOTO
Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852
COLECCIÓN HISTORIA Y CULTURA, dirigida por LUIS ALBERTO ROMERO

Lavalle 1634 11 A (C1048AAN) • Buenos Aires • Tel.: 54 (11) 4373-8516 • sigloxxi-arg@sinctis.com.ag

ción de una derrota histórica no representaría nada que no pudiera comprenderse desde la teoría marxista o que pusiera en cuestión sus premisas fundamentales dado que ésta no niega, en principio, la ocurrencia de tales derrotas históricas. Lo que se trataría de tematizar ahora, sin embargo, es algo completamente inconcebible para el marxismo: la idea de una derrota final, el borramiento del horizonte de toda perspectiva revolucionaria. Algo muy parecido, en definitiva, al “fin de la historia” proclamado por Francis Fukuyama.

Al mismo tiempo que se movía en esta dirección escéptica en cuanto a las perspectivas políticas prácticas, sin admitirla completamente, Anderson descubría la disolución del propio campo intelectual de izquierda. En su prólogo a *A Zone of Engagement* (1992) reconoce finalmente la vitalidad de las corrientes no marxistas de pensamiento, a las que hasta entonces descalificaba como “idealistas”, destacando especialmente sus aportes en el ámbito de la sociología histórica (cuyo mejor representante sería Ernest Gellner). No obstante, todavía insiste en la superioridad intelectual del marxismo, afirmando que aquellas corrientes “tienen un costado ciego cuya importancia se incrementa constantemente”, a saber: “tienen poco o nada que decir respecto de la dinámica de la economía capitalista que controla hoy sin rivales los destinos humanos”.⁹

Ambas tendencias contradictorias (la simultánea verificación de la derrota histórica del marxismo y la comprobación de su superioridad teórica) corren paralelas, a su vez, a una segunda paradoja. A medida que Anderson se aproxima a la conclusión inevitable del “fin de la historia”, comprueba también lo insostenible de las teorías que afirman tal cosa. El ensayo final y más extenso de los que componen *A Zone of Engagement*, “The Ends of History”, está dedicado a trazar el origen, trayectoria y fundamentos de dicho concepto, tal como aparece en el linaje que lleva de Hegel a Fukuyama (pasando por Kojève), y revelar sus aporías e inconsistencias.

El concepto de “fin de la historia” se revela entonces como una noción-

límite, aquello a lo que todo su discurso conduce, pero que resulta, sin embargo, inconcebible en sus implicancias prácticas e insostenible desde un punto de vista teórico. Es en esta *impasse* que Anderson descubre la posibilidad, una vez que el marxismo habría sido finalmente derrotado y borrado como alternativa histórica, de afirmarlo como el “horizonte intrascendible”, según la definición de su antiguo maestro Jean-Paul Sartre. Es aquí también que entra en escena Jameson.

En efecto, Jameson le permite a Anderson salir del atolladero en que parecía encontrarse. Hasta ahora su afirmación como marxista suponía la postulación de algún vestigio de negatividad, de algún residuo de “irracionalidad” inasimilable a la lógica sistémica capitalista, alternativa que fue volviéndose cada vez más problemática hasta tornarse finalmente insostenible. Llegado a este punto, Jameson le revela cómo *en el propio acto de declarar al marxismo muerto históricamente, se lo salvaría, de hecho, como teoría*. Ésta, paradójicamente, reafirmaría su vitalidad, e incluso su superioridad teórica, en la medida en que lograría dar cuenta de *sus propias condiciones actuales de imposibilidad histórica como práctica política*. De hecho, desde el momento en que el marxismo consigue explicar las razones de su propia crisis (como práctica), ya no podría decirse que se encuentra en crisis (como teoría). En definitiva, Jameson le señala a Anderson la necesidad de destruir el marxismo como *Verdad* (como horizonte político práctico) a fin de preservarlo como *saber* (lo que le permite finalmente arribar a la formulación del dilema con que abre la nueva serie de la *New Left Review*).

En síntesis, la idea de una crisis del marxismo como fenómeno acotado geográficamente y temporalmente le había hecho posible, hasta aquí, asimilar muchos de los motivos “posmodernos”, aunque sin admitirlos como tales, evitando, al mismo tiempo, su consecuencia obligada: la inviabilidad histórica del marxismo. La intervención de Jameson desbloquea finalmente la posibilidad de aceptar también esta in-

viabilidad sin por ello renunciar al marxismo. De este modo, Anderson completa el ciclo iniciado con *Consideraciones*. Mientras que a mediados de los 70 vislumbraba la pronta reconciliación entre teoría y práctica revolucionarias, reactivando así el legado marxista clásico, en los 80, acepta, en cambio, la ventaja de mantenerlas separadas, para terminar, en los 90, descubriendo, en la destrucción del marxismo como práctica revolucionaria, el único modo de salvarlo como teoría. Sin embargo, esto implica aún una consecuencia negada, aunque implícita en su propio argumento —lo que nos devuelve a la primera de las operaciones que realiza Anderson sobre la obra de Jameson.

El esfuerzo de Anderson por ignorar sistemáticamente las premisas teóricas en las que se funda la perspectiva de Jameson sobre la posmodernidad no alcanza a velar el hecho de que su propia reinscripción reciente dentro de la tradición marxista occidental se produce por la “vía equivocada”. Indudablemente, la alternativa jamesoniana lo acerca más a Althusser, a Lacan y a las corrientes “marxistas posestructuralistas” (símbolos, para Anderson, de la degradación idealista del marxismo) que al linaje de historiadores marxistas británicos con que hasta ahora se identificaba. El núcleo verdaderamente problemático de su nuevo enfoque (y que no puede, por lo tanto, admitir) radica en el hecho de que la supuesta apropiación del posmodernismo por parte de la izquierda revolucionaria (la “proeza” de Jameson, que le permite reafirmar la superioridad teórica del marxismo aun después de su destrucción como fuerza histórica) se realice, paradójicamente, a partir de lo que hasta ahora venía denunciando como expresión y síntoma de su descomposición. En última instancia, ello no hace más que poner de manifiesto la precariedad de una empresa que pretende afinar certidumbres en la propia quiebra de Sentido, construir *saberes* admitidamente privados de *Verdad*.

9 P. Anderson, *A Zone of Engagement*, Verso, Londres, 1992, p. xiv.

Un sublime atardecer

El comercio simbólico entre arquitectos y filósofos

Graciela Silvestri

22



I. La conversación

“Nada hay mejor que New York ...nunca se hará algo mejor que esta ciudad, que esta arquitectura, que al mismo tiempo es un apocalipsis. Yo amo esta figura completamente ambigua, a la vez catastrófica y sublime de la ciudad, porque ha cobrado una fuerza casi hierática”.

La frase pertenece al libro *Los objetos singulares*, que recoge las conversaciones de Jean Baudrillard con Jean Nouvel –uno de los principales arquitectos franceses presentes en la escena internacional–, edición de una de las tantas conversaciones entre arquitectos y filósofos que tuvieron lugar en el último cuarto de siglo.¹ A lo

largo del texto se visitan todos los lugares comunes del campo actual de la arquitectura, por lo que bien podría considerarse un *estado de la cuestión* disponible para todo lector culto. También se reproducen en condensada geografía muchos de los tópicos del postestructuralismo francés en versión internacional.

La atención sobre el libro se concentró, obviamente, en las metáforas dedicadas a las torres gemelas, “dos bandas perforadas... que se clonan una de la otra”, anunciando, según Baudrillard, una “época hiperreal”: ellas, y otros “monstruos” modernos –los “objetos singulares” del título–, pro-

vocan el desgrane de innumerables metáforas similares: la radicalidad del vacío, el vértigo, el terror del vidrio, el fin del mundo. El texto adquiere así un tono hiperbólico que remite a lo sublime romántico: la apelación a lo inmenso, lo repetitivo, lo insondable, silencioso, trágico; el umbral del caos.

Sabemos que esta categoría romántica definió los destinos del arte moderno. Fue este giro el que primero eliminó de la novel *estética* otras manifestaciones del gusto, para después desterrar del arte la mera belleza o el goce terreno. Fue este giro, además, el que estableció una relación concreta entre arte y filosofía, en tanto en el arte se manifestaría lo absoluto, la verdad en sentido enfático. Así, leído el texto después del 11 de setiembre, todo en él pareció anticipatorio; en especial los párrafos en que Baudrillard llama a preservar la idea del Apocalipsis como la *misión del intelectual*. La acción terrorista, tan “monstruosa y singular” como las propias torres aniquiladas, pareció cumplir este destino.

Lo primero que extrañaría a un lego es el entusiasmo del arquitecto por tales inflexiones del discurso filosófico. ¿Acaso la arquitectura no es una disciplina *constructiva* por naturaleza? Pero Nouvel no sólo cita como buen alumno las palabras de Baudrillard, de Virilio (arquitecto también él), de De-

¹ Jean Baudrillard, Jean Nouvel, *Los objetos singulares. Arquitectura y filosofía*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002. Edición francesa Casa de los Escritores y Escuela de Arquitectura París-La Villette, 2000.

rrida, sino que las ilustra *sin mediaciones* en su obra. Ofrece como ejemplo reiterado su proyecto para la *Tête Défense* de París, que obtuvo el segundo premio en el concurso de 1992 para luego, sin aparentes contradicciones, ser edificado en Tokio. Cuenta cómo intentaba poner en evidencia y criticar, en la obra, el sistema perspectívico albertiano, cuadriculando el horizonte con una trama tridimensional transparente, orientada hacia el ocaso (en Tokio se pone un sol artificial). En esta obra se encuentran claves importantes del trabajo arquitectónico de estos diez últimos años: la exhibición, o deconstrucción, o contestación radical de los propios instrumentos de formatividad arquitectónicos, su *lenguaje*.

La voluntad de ilustrar los límites del pensamiento filosófico puede hallarse tanto en el repertorio del deconstructivismo arquitectónico (el nombre es elocuente), en el repertorio “minimalista”, y en el lenguaje de los jóvenes nacidos con el ordenador, que emulan cintas de Moebius, topologías “no euclidianas”, “estructuras líquidas”. Para todos, en fin, el desafío consiste en sobrepasar el destino moderno, ejemplificado en el sistema perspectívico, la abstracción cartesiana o la normativa geométrica de Monge –colocados en dulce montón. De manera que, a diferencia de las vertientes expresionistas u orgánicas que contestaban la “razón occidental” desde el “alma” o desde la “naturaleza”, las tendencias de los últimos veinte años adhirieron sobre todo al programa derrideano de abordar el *lenguaje* –palabra trasladada metafóricamente a las artes visuales– a través de precisos instrumentos científicos y técnicos que les permitirían “designar rigurosamente la pertenencia a la máquina que ellos permiten construir”.²

En el ejemplo de Nouvel esta asunción es literal; en otros casos se intenta dar el paso que sobrepasaría la tradición, mostrando *otra* dimensión de constructividad (las “amorfas” geometrías semejantes a papas, aerolitos, flujos magmáticos, realizadas por Greg Lynn, Kas Oosterhuis o Asymptote). Alegres o desconsolados, todos asumen un destino *final* indicado previa-

mente por esta constelación de ideas.

No necesito decir que en todos los casos se trata de apariencias: la arquitectura no puede evitar la constructividad; el uso de la geometría euclidiana en el proyecto o la gravedad que rige el espacio sublunar; los cálculos precisos y los ingentes capitales para ser construida. En la apariencia, hoy, parece jugarse el arte.

2. Contra la categoría de *posmoderno*

Pero para ahondar los sentidos variados de esta conversación, habría que colocarla en línea con las paradojas que instaló en el debate arquitectónico la noción de *posmodernismo*. La situación en arquitectura parece bastante alejada de las definiciones canónicas del arte “posmoderno”: lejana de una aceptación gozosa de lo pequeño, espontáneo, inmediatamente comprensible, popular, banal o indistinto. Se trata en todos los casos de una arquitectura intelectual y no sentimental-inmediata, que trabaja en una desconsolada extenuación del lenguaje moderno, una operación similar a la que el “manierismo” inició sobre el sistema clásico. Esta labor interminable incluye, en el imaginario del arquitecto, la posibilidad de la ruptura radical, que trastornaría de una vez por todas los corolarios del “movimiento moderno”: cada pocos años algunos se arrojan la efectividad del hallazgo, desplazando lo inmediatamente anterior. Un gesto de desestimar el presente en función de un pasado arcaico o de una narración del futuro que es plenamente *moderno*.

Al mismo tiempo, la arquitectura ha reforzado su autonomía disciplinar. La destrucción de las fronteras artísticas o institucionales, la otra piedra de toque en el discurso pro o anti posmoderno, había sido conducida al límite en la década del sesenta, en plena expansión del modernismo, ya fuera a través del mito “interdisciplinario” que conllevaba la planificación; de Disneylandia o de las comunidades primitivas como modelos populistas; o de la acción política directa reemplazando la labor técnica, en espera de la inmi-

nente revolución. Como reacción, se apeló a la autonomía: ella fue una de las banderas clave en el giro de las principales poéticas arquitectónicas que algunos llamaron “posmodernas”.

No es secundario recordar que el manifiesto posmoderno se verificó inicialmente en arquitectura: Charles Jencks declaró la muerte del modernismo con la implosión del conjunto habitacional *Pruitt Igoe* de Minoru Yamasaki (el autor de las Gemelas), antes de que Lyotard divulgara la categoría. No es posible resumir aquí las múltiples valencias de este momento que resultó fundante en los caminos de la arquitectura finisecular. Algunas posiciones entonces escandalosas, como la de los argentinos-neoyorquinos Agrest y Gandelsonas, dieron lugar a asunciones permanentes: con ímpetu adorniano plantearon la existencia de una *arquitectura* con minúsculas, la *arquitectura* profesional, y una *Arquitectura* con mayúsculas, la que realmente contaba, que se resolvía sólo en proyecto, jamás en construcción material. Para ellos, salvar la especificidad de la disciplina implicaba diferenciar la tradición intelectual de la arquitectura de la práctica profesional, técnica y normativa, reeditando así el lugar de la arquitectura como *arte* en tanto *resistencia* al presente mercantil. Esta duplicidad radical llevó con los años a las investigaciones arquitectónicas que hoy se desarrollan en las escuelas más reputadas (Columbia en Nueva York, la Architectural Association de Londres), libradas deliberadamente de cualquier interdicción material por fuera de la representación. Escuelas que, debe aclararse, constituyen las usinas más importantes de invención en la arquitectura actual.

En otros casos, la crítica al relato moderno adoptó los caminos de la memoria (el caso de Aldo Rossi es ejemplar) y también, en versiones irónicas y distantes, del mercado, en tendencias que fueron desde el populismo de Robert Venturi hasta el cinismo de Rem Koolhaas, siempre protestando contra la imposición fáustica o la voluntad de *tabula rasa* de los arquitectos de la

2. Jacques Derrida, *De la Gramatología*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1970, pág. 20.

inmediata posguerra. Se trataba de discursos eminentemente intelectuales, fraguados en una relación íntima entre historiadores, filósofos, literatos y arquitectos.

El contraste más notable entre aquellas ideas iniciales y las de hoy radica en que entonces se era consciente de la apuesta política que se realizaba, en el marco de la apertura de la nueva izquierda. Los referentes italianos, los más prestigiosos entonces y sin duda los que desarrollaron hipótesis de mayor interés, pertenecían al área comunista crítica, y se habían formado en experiencias comunes, publicando en emprendimientos editoriales como *Classe Operaia*, *Quaderni Rossi* o *Contropiano*, a fines de los años sesenta.

El devenir en estos treinta años de algunas trayectorias de protagonistas de entonces, como la de Massimo Cacciari, puede ofrecer claves del estado actual de las cosas. Cacciari, como afirmaba Franco Rella ya en 1982, sostenía en una mano a la Técnica y en la otra a Dios: finalmente, fue para él más importante, en su actividad de crítico, la línea Nietzsche-Heidegger, mientras su pasado progresista se expresó en su trabajo como alcalde de Venecia. Con la mano de la Técnica, Cacciari empujaba el cumplimiento del Destino: la técnica consume el tiempo y en esta tarea, abandonada sin resistencias a lo que es, acelera su final. Aquello que quedaba fuera de cualquier eficacia –buscado en indicios débiles, indecibles– pertenecía a otro mundo: el del arte.

Tal radical escisión, que emergía también en otras posiciones, como la ya ilustrada de Gandelsonas-Agrest, tuvo consecuencias importantes en la filosofía de los arquitectos que iniciaron la crítica de sus propios instrumentos en sede político-intelectual, para luego, arrinconados entre las desilusiones de la izquierda y la brutalidad de las nuevas condiciones globales, atrincherarse en una versión de la Arquitectura casi decimonónica (apariencia, autor-genio, autonomía, efectos sublimes de la obra única).

La situación de la arquitectura actual puede estudiarse por cierto desde otro ángulo, retirándose la discusión

sobre poéticas y lenguajes específicos, para reinsertar las obras en un sistema de relaciones socioeconómicas más amplio. No es necesaria gran perspicacia para reconocer que filósofos y arquitectos conformaron una red que aseguró el éxito de las operaciones constructivo-financieras en las ciudades colocadas en el circuito global. Tampoco para declamar que *el autor* se convirtió en una marca similar a la de Armani –muchos estudios poseen una división publicitaria ad-hoc–, operando en el estrecho espacio que le permite la complejidad técnica, financiera y burocrática del problema urbano. La lógica mercantil, en fin, integra directamente, como en el resto de las actividades artísticas, su proceso de ideación, para garantizar si no el estrellato buscado, al menos el trabajo –ningún artista *existe* hoy sin hacer *lobby* invirtiendo en ello gran parte de su talento. De las transformaciones posmodernas, en fin, en el sentido de eliminar las fronteras entre la esfera económica y la artística, darían cuenta los medios de publicidad de la arquitectura, las revistas y publicaciones especializadas: de las austeras fotos en blanco y negro, con abundantes textos argumentativos, que las conformaban hace no más de treinta años, se pasó al despliegue del papel ilustración con fotos de colores brillantes, simulaciones hiperrealistas logradas por el ordenador, breves textos editados con divertidas tipografías sin relación sustancial con el contenido; palabras seductoras, que aluden al alambicado discurso filosófico o científico propuesto para cada obra.

Claro que en la arquitectura esta situación de articulación con el poder siempre fue explícita, desde que no es posible construir por fuera de las redes concretas de producción, con grandes movimientos de capitales y/o apoyo estatal. Su actividad siempre fue *productiva* en el sentido canónico de Marx, y por esto muchos la separaron del arte autónomo en su definición moderna. En todo caso, estas condiciones históricas se encuentran hoy desahucadas con inusual intensidad.

Tales constataciones sociológicas dicen mucho y a la vez nada: compartidas por todas las disciplinas artísti-

cas, parecen intercambiables en la medida en que cualquier estilo, cualquier poética, terminaría engullida por el “sistema”. El mismo juicio le alcanzaría a un cuadro de Kandinsky y al perrito de ligustro que custodia el Guggenheim de Bilbao. No habría en la forma ningún tipo de *verdad*.

Sin embargo, todavía es posible interrogar las opciones formales en función de las lógicas diferenciales de cada campo, y en cada caso concreto se encontrarán huellas bien diversas de la época. Por ejemplo, quienes como Fredric Jameson trabajaron sobre el posmodernismo con acentos críticos, abordaron para ejemplificarlo una arquitectura profesional y desproblematizada que siempre existió. Para los arquitectos, es bien claro que el hall de un hotel de Los Angeles no es necesariamente arquitectura, de la misma manera que para un artista plástico no es necesariamente arte un cartel publicitario. No voy a entrar aquí en una discusión que nos llevaría a la eterna pregunta acerca de lo que es o no arte: sólo advierto que ignorar este debate falsea desde el vamos las conclusiones de la investigación sociológica.

Tomando seriamente la evidencia de la obra –no ella sola sino también el mismo entramado histórico, particular en cada caso, que la funda– puede recorrerse el proceso de formatividad del objeto, y la trama en que se difunde, sin perder de vista que la obra nunca se reduce sólo a él.

Emergen así cuestiones en las que los estudios sociológicos apenas repararon. Por ejemplo, la importancia determinante que posee *el programa* en la conformación arquitectónica. El programa predetermina el material con el que el arquitecto trabaja, y en consecuencia establece límites claros para la forma. Es el momento clave de traducción de requerimientos sociales y políticos amplios en un destino preciso para el futuro objeto o sector ambiental. Ahora bien: lo que resulta revelador y paradójico al mismo tiempo, es que los mejores trabajos de los arquitectos actuales se despliegan en programas *representativos* y por ende, *públicos*. Museos y centros culturales, sedes de gobierno, piezas urbanas llamadas a determinar el carácter

de la ciudad, pabellones de exposición, parques temáticos: en vano buscaremos publicados trabajos sistemáticos de interés sobre tipologías de habitación masiva, modelos de intervención ambiental o urbana, técnicas de construcción de infraestructuras estables o móviles. Estos aspectos fueron entregados al urbanismo, a la ingeniería, al *housing*: saberes específicos y altamente especializados. No es que el arquitecto de hoy no utilice los materiales que constituyen la nueva revolución técnica o no atienda a las condiciones concretas del encargo. Utilizan este material sin que sea determinante en la producción de la forma: lo determinante es la analogía con el discurso filosófico, que apunta a problemas ontológicos. Quienes hablan del *ocaso de lo público* analizando un centro comercial norteamericano eluden el desafío que significa pensar cómo, de manera paradójica, la mejor arquitectura de los noventa se expresó en programas *públicos*. Claro que podemos decir que la esfera pública murió en el siglo V aC, o después de la breve vida de la ciudad comunal italiana, o en el siglo XVIII: pero esto nos cerraría por completo la posibilidad de pensar en la escala actual del mundo. Nuevamente, nos encontraríamos en las puertas del Apocalipsis, sin poder diferenciar las apuestas radicalmente distintas de, por nombrar tres modelos de estrategias urbanísticas últimas, Barcelona, Berlín y Buenos Aires. No se abandonó la sustancia pública: si comparamos con las propuestas radicales de entreguerras en el siglo XX, se abandonó la necesidad de redefinir los programas arquitectónicos en un sentido social y político, de cubrir las necesidades básicas de la mayoría y transformar la vida de manera que se consideraba *progresista*.

Otra paradoja nos espera si tratamos de identificar los inicios de esta sensibilidad. Si quisiéramos establecer un momento en el que las certezas vanguardistas fueron puestas en jaque, debemos retroceder a la segunda posguerra: cuando, por un lado, el arquitecto descubrió que los valores simbólicos establecidos en larguísimos períodos no podían ser abolidos de un plumazo, porque constituían un aspec-

to central de la mecánica social; y cuando paralelamente se iniciaron las críticas a su voluntad fáustica, resultando la arquitectura metáfora de órdenes terribles vinculados con la luminosa razón, tan ominosamente luminosa después del hongo atómico. No resulta extraño que los repertorios actuales evoquen cercanamente las obras de aquel período: las “nuevas geometrías” del pabellón Philips de Le Corbusier-Xenakis; las fragmentaciones expresionistas de Scharoun en la Sinfónica de Berlín; el silencio “minimalista” de las torres de Mies van der Rohe. Por oposición, la voluntad de repensar las condiciones de vida de la

der institucional o político que ellos mismos dicen querer abolir.

3. Arte y filosofía

Volvamos al núcleo que, a mi entender, define ideológicamente la arquitectura de hoy: la relación fundante entre los genéricos postulados de una constelación filosófica y el deliberado abandono, por parte del discurso arquitectónico, de la necesidad de manejar con igual creatividad y potencia otros aspectos decisivos en su trabajo. Este abandono no es irreflexivo y jamás pudo ser absoluto; pero constitu-



mayoría expresada eminentemente en el programa *vivienda* encontró su último episodio brillante en ocasión de la expo-IBA de Berlín, de 1983.

Con desvíos y perplejidades, la arquitectura fue centrándose exclusivamente en uno solo de los aspectos que definen su acción, aquel que las vanguardias más radicales habían desestimado: el comercio simbólico que en términos clásicos se llamaba belleza, y que luego fue sucesivamente reemplazado por palabras tales como lenguaje, forma simbólica, imagen, etc. La práctica de los arquitectos-estrella de hoy se resume en establecer una imagen poderosa y distintiva del po-

ye una apuesta *política* que pocos advierten. Los arquitectos se desplazan en un mundo planteado de manera drásticamente dual, ya que todo intento de articulación con el presente, como no sea en los términos cínicos de Koolhaas o de Zaera Polo, resultaría un “mero consuelo”. Son los más eficaces en la inserción productiva de su trabajo, y simultáneamente los más preocupados por el abismo de un supuesto destino en el que nunca terminan de caer. Sus proyectos y obras pretenden la sublimidad de lo póstumo o de lo radicalmente nuevo, y al mismo tiempo se integran, sin resquicios, al repertorio de un público ya educado

por un siglo de explosiones visuales.

De las heterogéneas corrientes de pensamiento posibles, el discurso arquitectónico de los últimos diez años descansó en las líneas supérstites del posestructuralismo presentado para el consumo masivo de la academia norteamericana, donde con gran entusiasmo fue incorporado como relato maestro en los estudios literarios y culturales. Pero la arquitectura no se detuvo en cuestiones políticas tales como el género, el multiculturalismo o la subalternidad, sino que atacó directamente problemas de densidad ontológica: el tiempo, el espacio, los cuerpos, la ciencia que funda sus instrumentos específicos.

Precisamente por la autonomía alcanzada, la arquitectura recorrió otros caminos que los resumidos para sus “artes hermanas”. Algunos críticos norteamericanos, como Arthur Danto, saludaron con optimismo esta situación. “Con la llegada de la filosofía al arte —dice Danto— *lo visual* desapareció: era tan poco relevante para la esencia del arte como había probado ser lo bello”. Para que exista hoy arte, agrega, no es necesario siquiera que exista un objeto: arte es lo que hacen los autoconsiderados artistas y puede ser, literalmente, cualquier cosa; el arte se ha fundido, por fin, con “la vida”. La filosofía habría liberado al arte de una pesada carga (desde entonces, los artistas “fueron libres para hacer arte en cualquier sentido que desearan, por cualquier propósito que desearan, o sin ningún propósito”).³ Compara este mundo ideal con la promesa de Marx en la crítica de la economía política: la realización autónoma del hombre.

Dudo mucho que tal sea la situación actual de las artes visuales: y por cierto no lo es en arquitectura. Lo “visual” no desapareció, sino que redobló su importancia. La mayor parte de los arquitectos-estrella son buscados por el poder público o privado en tanto la retórica visual constituye un peso ineludible en la economía de las ciudades. La *elocuencia* se reinstaló con fuerza, y las analogías se establecen, hoy, con un mundo que excede lo “meramente humano”. Movidos por el mismo carácter de los programas

políticos, en las dimensiones exigidas, los edificios elocuentes se apoyan en la grandeza que, bien se sabía, es la clave de lo sublime: no intentan minimizarla como sus antecesores de los sesenta. Y además, porque la arquitectura siempre fue un arte altamente abstracto en sus operaciones de mimesis, las imágenes extrañas no sólo no violentaron la recepción pública, sino que fueron acogidas con inmediato entusiasmo.

La carga filosófica se hizo más pesada que nunca, al revés de lo que Danto previó, y ese peso aparece en íntima vinculación con lo visual. La obra *debe* proponer significados que excedan su eficacia utilitaria, técnica y aun de sensibilidad, y ellos no deben aludir sólo a cuestiones como la memoria pública, la representación privada, o el interminable diálogo con su propia tradición histórica, sino a la presentación de verdades nunca alcanzables —el espíritu del lugar, la condición del presente, el vacío que antecede a la creación, la disposición de la materia universal, etc.

Esto convirtió virtualmente a los arquitectos-estrella en filósofos aficionados, mirados con desconfianza por los filósofos “verdaderos”, que sin embargo, en muchos casos se apresuraron a ocupar el lugar de máximas autoridades críticas. Porque en tanto ya no importaba, para juzgar una obra, el conocimiento de las mecánicas específicas de la construcción de tal o cual forma, la familiaridad con la historia de esa precisa disciplina, la resolución de los aspectos concretos de la vida que la obra viene a enfrentar —meros *accidentes*— ¿quién más calificado que un filósofo para separar lo verdadero de lo falso?

Revisemos algunos casos glamorosos de la década del noventa. Algunos, como Daniel Libeskind, Peter Eisenman, Coop Himmelblau, Frank Gehry, aparecen estrechamente ligados al debate de una década atrás, en la que la filosofía estableció las coordenadas programáticas que la arquitectura habría de seguir, y ésta encontró un camino formal que, abandonando las recurridas citas historicistas, anunciaba nuevos órdenes. En 1988 se instaló la famosa exposición de de-

constructivismo arquitectónico en el MoMA, algunos de cuyos protagonistas constituyen hoy la generación mayor del *star system*. Poco más tarde, el concurso del parque de La Villette, que ganó Bernard Tchumi con un plano de tramas cartesianas agujereado por *folies* que las contestaban, es alabado por Jacques Derrida, que en un brillante ejemplo de prolepsis refrendada en lenguaje filosófico el proyecto de Tchumi. Que la *folie*, literalmente locura, sea en arquitectura un género nada extraño, bien establecido en los parques pintorescos decimonónicos, no parece quitarle su valor puramente literario a la idea de que constituye “lo otro”. El ensayo de Derrida se utilizó como propaganda para el futuro parque temático.⁴

El ejemplo más sofisticado de esta época es el Museo Judío de Berlín de Daniel Libeskind (arquitecto, músico y posgraduado en Historia y Filosofía). En la visita al edificio se proyecta un video en el que se explica, punto por punto, de qué manera cada espacio debe ser interpretado. La planta es una deconstrucción de la estrella de David; y alude en diversas estaciones al jardín de rosas bíblico, a la escalera de Jacob del Antiguo Testamento, a *Moisés y Aarón*, la sugerente ópera de Schönberg, a *Calle de una sola dirección* de Benjamin, a las líneas de la mano, al silencio de la página en blanco, a la fractura de la historia. La forma es un palimpsesto tan explicado como la arquitectura parlante de la Ilustración.

Claro que la escalera de los ángeles soñada por Jacob es una reinterpretación de la escalera de Melnikov en el pabellón soviético en la exposición de París de 1925. Libeskind, como gran parte de los arquitectos desde los tempranos 60, es deudor de esa potente corriente de investigación formal de la arquitectura soviética de vanguardia, la más revulsiva en la renovación de las bases de la arquitectura

3. Arthur C. Danto, *Después del fin del arte. El arte contemporáneo y el linde de la historia*, Paidós, Barcelona, 1999.

4. Sobre el proceso de promoción de La Villette, cfr. Robin Evans, *The Projective Cast. Architecture and its Three Geometries*, MIT University Press, 1995.

clásica. Aquella experiencia breve constituye una especie de paraíso perdido de los arquitectos progresistas: lo que pudo ser y no fue, aplastado por Stalin. Pero esta referencia interna no se comenta jamás, ni se trabaja a fondo, ya que el discurso formal debe presentarse como nuevo, inspirado sin mediaciones por ese *mix* de referencias literarias cultas. El mecanismo por el cual Libeskind se vincula con la filosofía, con la literatura o con la ciencia, no puede ser más que analógico, que es la manera en que la arquitectura procesa con sus propios instrumentos notas musicales o palabras.

Penetrando en esta lógica de construcción aparecen otros problemas. A pesar de que Libeskind declama su disponibilidad respetuosa ante el vacío que deja la historia judía en Berlín —ominoso vacío que jamás podrá ser colmado—, este museo destinado a albergar infinidad de memorias concretas, las expulsa. No sólo porque funcionalmente los espacios no están pensados para la exposición, sino porque aparecen tan completos de sentido que clausuran la posibilidad de agregar nada. Como el museo de Frank Gehry en Bilbao, es *monumento* más que arquitectura: se basta a sí mismo, con la presencia del autor-artista que devora, para decirlo con las remanidas palabras de la filosofía que lo sustenta, *lo otro de sí*. No existen diferencias en este punto con las últimas producciones lecorbusieranas (la mano abierta de Chandigarh) o wrightianas (el Guggenheim de New York). Sí con las modalidades respetuosas de intervención de Franco Albini o Carlo Scarpa en los museos italianos, en donde éstas se retiran para dejar aparecer tal cuadro o tal estatua. Claro que esto tiene que ver con la modalidad de curación museística actual: ni Libeskind ni Gehry sabían, como sabían Albini y Scarpa, qué y cómo se iba a exponer. En el Guggenheim de Gehry puede haber cuadros, motocicletas o trajecitos de Armani. El museo actual se hace fuerte en la marca de autor ante el vacío de la exposición.

Las generaciones más jóvenes de los noventa trataron de separarse de tal excesiva elocuencia literaria. Al-

gunos se entregaron, guiados por la misma escuela, a la elocuencia “científica”, como los citados Greg Lynn o Kas Oosterhuis, que intentaron ingresar con la ayuda del ordenador variables de otras geometrías, aspirando a replantear también la articulación espacio-tiempo que tradicionalmente inspiró la tradición moderna. Pero de manera confusa: cambio y tiempo parecen la misma cosa; dinámico y estático, estados antagónicos; armonía significa sólo poder, y transformación orgánica, olvidando a Darwin, libertad; el abuso de conceptos fisicomatemáticos como *indeterminación* o *geometría fractal* llevaría a Sokal a un festín. No pasa desapercibido que el material científico abordado es, en estas literales alturas por fuera del mundo terreno, tan sublime como las profundidades del Ser.

Una tercera vía más o menos reconocible ha protestado contra tal reducción literaria o “científica” de la arquitectura, que excluye la posibilidad de que el arte cuide el confuso pero potente espacio de lo que existe por fuera de las alusiones metafóricas. Se trata de diferentes estrategias no siempre homologables (la voluntad tectónica de Zumthor o Herzog-de Meuron, el rigor de Pawson o del último Nouvel, el retome de la ascética tradición japonesa de Shigeru Ban), pero las distingue cierta severidad, cierto cuidado en los detalles, cierta voluntad matérica contrapuesta al show de las imaginerías “deconstructivistas”. Aparece ligado con el arte “intransitivo” de los sesenta (Donald Judd, Robert Morris, Carl André, Frank Stella: “lo que ves es lo que es”), y por cierto con la larga tradición miesiana, en su oposición silenciosa y resistente al consumo visual.

Claro que tal cosa como *lo que ves es lo que es* no existe: una rosa es una rosa y es todo lo que se dijo de ella. Bajo el rótulo de “minimalismo”, tal corriente resultó una de las más difundidas tendencias de decoración de interiores sofisticados. Pero además, es esta inflexión en sus programas más severos la que encantó a filósofos como Baudrillard o Cacciari: encarnan, por así decirlo, la *radicalidad de la nada*.⁵ Un ejemplo reciente, el mono-

lito de Jean Nouvel para la exposición suiza en Murten, enorme cubo de 34 m de lado recubierto de una malla de acero oxidado y anclado en un lago, pareciera un manifiesto de aquellos contundentes objetos singulares —arquitecturas hechas a partir de “reglas simples, sanas, salvajes y radicales”— que pide Baudrillard. El monolito está tejido con estos discursos tanto como con los modernos materiales y técnicas, porque es un objeto de arquitectura y no un monolito de la isla de Pascua. Y no deja de llamar la atención que la alternativa que hoy intenta desandar la experiencia de la arquitectura parlante de los primeros noventa no pueda menos que elegir, una vez más, lo austero y masculino en sus metáforas visuales. El cubo de Nouvel es más clásicamente sublime que el dinosaurio de Gehry: ofrece, otra vez, la palabra sustancial de la Selva Negra a través de nuevas metáforas.

Por caminos tortuosos, pero bien identificables, la arquitectura vuelve una vez más a Heidegger. La filosofía posterior se encargó de alterar las metáforas que evidenciaban con demasiada obviedad su vinculación con el pasado nazi, pero el aire de consumación catastrófica de los tiempos, que tal vez nunca se resuelva ya que no depende de voluntades humanas sino de la revelación del Ser (distinto, claro, de los entes); el desprecio por la extensión democrática de la cultura, o por los accidentes de la historia; y la puesta en forma de tales discursos que, como planteaba Bourdieu en un temprano trabajo, oculta los elementos rechazados, señala el núcleo desplegado.⁶

El ensayismo fragmentario en el que la articulación entre posestructuralismo francés, de cuño lingüístico, y filosofía heideggeriana, se tradujo en divulgaciones europeas y norteamericanas, contribuye a la seducción que ejerce sobre la arquitectura, históricamente ávida de metáforas —porque a partir de las metáforas y no de los argumentos opera en su capacidad simbólica. Los tópicos en que insiste Bau-

5. Jean Baudrillard, Jean Nouvel, op. cit., pág. 9.

6. Pierre Bourdieu, “La ontología política de Martin Heidegger”, en *Campo de poder y campo intelectual*, Folios, Buenos Aires, 1983.



drillard en el 2000 (la utopía del fin del mundo; el desprecio por la cultura democrática, ilustrada, evitando toda reconciliación posible; la homogeneización del ciclo “moderno” referido a tiempos larguísimos, de Aristóteles en más; la irrupción misteriosa de “lo nuevo”, vinculada con la catástrofe), no se mueven de esta esfera.

Dijimos que el punto de quiebre inicial debería indagarse en la segunda posguerra: y todo el recorrido de la arquitectura de la segunda mitad del siglo XX está marcado, como otra paradoja más en este campo autoconsiderado, aún, progresista, por Heidegger. De los sugerentes escritos breves de posguerra se destaca el llamado a los arquitectos en la difundida conferencia de 1951: *Construir, habitar, pensar*. El problema, decía entonces Heidegger con provocación vanguardista, no radica en la *mera* falta de vivienda, sino en que ya no sabemos *habitar*. De un plumazo solemne desautorizó el entusiasmo social y científico-técnico del urbanismo de entonces y trasmutó los problemas en cuestiones sagradas. Construir es habitar, habitar es la manera en que los mortales están sobre la tierra, permitiendo

que el ser se despliegue, cuidándolo, cultivándolo, admitiendo su aparición en la comprensión de la *cuadratura tierra y cielo, divinos y mortales*. Sólo se habita poéticamente, afirmó Heidegger: y los arquitectos encontraron en esto una reparación para las búsquedas artísticas que parecían canceladas por la técnica.

En aquella breve conferencia, Heidegger retomó temas trabajados en la década del treinta, convenientemente remozados, como el llamado de la tierra en *El origen de la obra de arte* —la tierra como morada, y el habitar en la intimidad con el origen.⁷ Pero de haber consistido sólo estos artículos en una elíptica llamada a las raíces no hubieran causado la fascinación que causaron —que causan— en el campo arquitectónico. Se trata de la seducción oscura de una palabra *poética* trasladada a sede filosófica, ambigua y resistente a la argumentación, descansando en metáforas que remiten a arquitecturas: puentes, casas, chimeneas, caminos.

La clave de la inversión que se operó en estos años no radica en la llamada a la tierra ni en las versiones sobre la autenticidad, sino en las im-

plicancias de la noción misma de *habitar* que se erigía en contra de un concepto básico del repertorio moderno, pocos años atrás teorizado por su principal publicista, Sigfried Giedion: la noción de *espacio*. Con este ataque elíptico al ala triunfante de las voluntades modernas, Heidegger desautorizaba de paso las vertientes políticas y técnicas de la arquitectura de preguerras, las *Siedlungen* de la Frankfurt socialdemócrata construidas para quienes carecían de casa, de sustento y de lugar; las casas comunes soviéticas que afrontaban la transformación de la familia burguesa y el cambio de estatuto de la mujer; los Höfe rojos vieneses que resistieron a la invasión nazi; la voluntad de mejorar la vida cotidiana con redes sanitarias y transporte público; la oposición, en fin, a las jerarquías establecidas. Elfridge volvió a cocinar y Heidegger a pensar en su cabaña de la Selva Negra, aunque los arquitectos rechazaron el reloj cucú.

La recepción de estos artículos está mediada por el pensamiento francés —que guardó fielmente la doble vía

7. Cfr. Luis Rossi, “‘Tierra’ e historicidad en *El origen de la obra de arte*”, *Deus Mortalis* 1, Buenos Aires, 2002.

de la razón implacable y de la fascinación por misterios insondables. Así, mientras en la década del 60 los arquitectos adoptaron la versión *antropológica o existencial* del impacto heideggeriano, lentamente se desplegaron otros problemas, eminentemente el del lenguaje traducido, en arquitectura, en la crítica a sus instrumentos geométricos tradicionales. La marca actual de Heidegger permanece, para usar la metáfora de Bourdieu, como la cara oculta en el follaje.

Lo Sublime actual transporta significados poco evidentes. Opone a la mercadocracia una *sustancialidad* que reedita con mayor énfasis el relato que tantos se afanaron en deconstruir: el relato del genio y de la originalidad; el relato de la obra única cuya fuerza consiste en instalarse, al principio o al final de su camino, en un espacio que recusa cualquier elemento tipológico, ideológico o normativo (histórico-disciplinar, en fin) que lo constituya; de la oposición a lo repetitivo, a lo masivo, o a lo simplemente bello, gracioso o placentero.

Las paradojas parecen el estado actual de las cosas: Baudrillard critica a la arquitectura actual por *pensar demasiado*, “tener demasiadas ideas” (está claro que las ideas las tiene el filósofo). Con esto cierra el círculo (como antes lo cerraron Cacciari, Vattimo, Derrida): condena cualquiera de los caminos reflexivos hasta ahora realizados, cuando los arquitectos se convencieron de que en desestimar los problemas concretos estaba el corazón de su disciplina. La filosofía actual, y sus derivados, invitan a los arquitectos a abrirse a la absoluta novedad que llega no como trabajo, sino como iluminación.

Por cierto, estamos atados a esta historia: el arquitecto actual ya no es la figura fáustica que confiaba en el progreso técnico, o que suponía que la revolución podía reemplazarse con saludable arquitectura, o que respondiendo a la función alcanzaría la belleza –si alguna vez tales personajes existieron. Lo que aún no se ha perdido, en medio de tantas transformaciones, es la clave de la forma arquitectónica, que descansa en la concordancia de lo distinto: materiales que

atienden a las técnicas, materiales que atienden a los usos sociales, materiales que atienden a la ambigua, confusa pero poderosa zona de la sensibilidad –que antes permanecía bajo el rótulo de belleza. En la misma producción de esta forma se devela un trabajo complejo en el que “el autor” carece de absoluto control.

La forma arquitectónica cumple de manera diferente al resto de las artes –ya que articula también lo que ellas kantianamente expulsaron, el *interés*– la promesa o la ilusión que para Adorno debía guardar la forma artística (“la síntesis no violenta de lo disperso”): que el liberarse de la heteronomía de la materia no implicara falta de libertad para lo distinto, sino un nuevo equilibrio, una nueva dignidad, una utopía de reconciliación nunca cumplida que recuerde, también, la propia fragilidad humana.

La apariencia simbólica del objeto engulló toda otra consideración. En esta apariencia, sólo desplegable en programas públicos cuyo destino y magnitud requieren una retórica enfática, no pueden sino estar las huellas de este olvido. Como contracara, los problemas del habitar concreto se entregaron a burocracias estatales, a grandes estudios profesionales, o a servicios técnicos que repiten con escasas preguntas y total docilidad estrategias asentadas. En este aspecto sí se operó un corte importante con la generación también llamada posmoderna que, con claros sentidos políticos, abrió la arquitectura a múltiples reflexiones, no únicamente filosóficas, para escapar del pantano del *international style* y del *housing* masivo.

Hoy le resulta imposible al arquitecto enfrentar, con la misma creatividad con que inventa nuevas imágenes, programas político-sociales, como resulta dolorosamente obvio en lugares como los nuestros: imposible pensar en la vivienda informal o la ausencia de techo, imposible pensar en alternativas a la forma urbana como no sea el seguimiento estrecho de las leyes del mercado, imposible enfrentar problemas ecológicos sin esgrimir un discurso fundamentalista o un discurso *high tech*. En este sentido, claro que la época hiperreal de

Baudrillard parece cumplida, en el desprecio de lo concreto y la disolución en apariencias, cuando lo que se enseña en frases persuasivas y crípticas es que eso real, la cosa, no es sino un radical vacío. Pero además, el discurso público de la arquitectura parece agotado cuando debe enfrentar no hipótesis filosóficas, sino catástrofes reales: nadie sabe qué hacer en el *ground Zero*.

Podemos preguntarnos, suponiendo que el monopolio del pensar no lo tiene la filosofía, si se trata de un destino que carece de solución y así debe ser vivido como ocaso, o si estamos girando ciegos alrededor de un pensamiento mágico y sugerente. Pareciera cumplirse hoy la vulgata hegeliana sobre la muerte del arte asesinado por la palabra filosófica –que era para Hegel palabra de Estado–, sin la alegría de librarse de tan pesada carga que Danto supone. La situación, más que hacernos pensar en la seriedad de estas palabras, nos recuerda su funcionalidad para estos tiempos. Debíamos arriesgar la hipótesis de que tal no es un destino sino una perversa ilusión, que mira como Orson Welles miraba en *El tercer hombre*, desde la rueda del parque de diversiones, a las personas como hormigas.

Esta relación arquitectura-filosofía cumple, en fin, el destino del “conocimiento sensible” que, al definirse desde fines del XVIII en sede filosófica, redujo obras y teorías particulares a su horizonte; una contracara cómoda por carecer de puentes de reforma, puentes políticos, de la banalidad desplegada por la profesión que enfrenta soluciones cotidianas. La arquitectura contemporánea que más se publicita descansa en esta hiperbólica “verdad”: por eso su trabajo de Sísifo con el lenguaje, por eso su apuesta a lo grandioso monumental, por eso su sublimidad. La arquitectura, la más concreta de las artes, se ha abandonado al terreno de la palabra metafísica, lo que inevitablemente da como resultado, en los ambiciosos programas público-representativos, un despliegue de la retórica del poder. La lechuga de Miner va ha desplegado sus alas en este terrible (ah, pero Sublime!) atardecer.

Espacio, poder y saber

Reportaje de Paul Rabinow a Michel Foucault

30



La entrevista de Paul Rabinow a Foucault muestra la contracara de las conversaciones entre filósofos y arquitectos, que se presentan como confirmación de algunos lugares comunes o forman parte de la promoción de estrellas en ambas disciplinas. Por el contrario, Foucault aportó nuevos elementos en su diálogo con la arquitectura, el urbanismo o la geografía, cuestionando las interpretaciones facilistas de sus propias ideas.

Paul Rabinow: *En una entrevista que concedió a los geógrafos de la revista Hérodote, usted dijo que la arquitectura se vuelve política a fines del siglo XVIII. Sin embargo, ya lo había*

sido antes, por ejemplo bajo el Imperio romano. ¿Cuál sería la particularidad en el siglo XVIII?

Michel Foucault: Mi fórmula era tor-

pe. No quise decir que la arquitectura no era política antes del siglo XVIII y que sólo llegó a serlo a partir de esa época. Quise decir que, a partir del siglo XVIII, se desarrolla una reflexión sobre la arquitectura como función de los objetivos y de las técnicas de gobierno de las sociedades. Aparece una literatura política que se interroga sobre lo que debe ser el orden de una sociedad, lo que debe ser una ciudad, teniendo en cuenta la exigencia del mantenimiento del orden, y también que hay que evitar las epidemias, las revueltas, promover una vida familiar apropiada y conforme a la moral. En función de estos objetivos, ¿cómo se debe concebir la organización de una ciudad y, a la vez, la construcción de una infraestructura colectiva? ¿Cómo deben construirse las casas? No pretendo decir que este tipo de preguntas no se formulan hasta el siglo XVIII; digo solamente que recién entonces tiene lugar una reflexión profunda y general sobre estas cuestiones. Si se consulta un informe policial de la época —los tratados consagrados a las técnicas de gobierno—, se comprueba que la arquitectura y el urbanismo ocupan un lugar muy importante. Eso es lo que quise decir.

En la Antigüedad, en Roma o en Grecia, ¿cuál era la diferencia?

En lo que concierne a Roma, el problema gira alrededor de Vitruvio. A partir del siglo XVI, Vitruvio se vuelve objeto de una reinterpretación, pe-

“Space, Knowledge and Power”, entrevista realizada en 1982 y publicada en Paul Rabinow, *The Foucault Reader*, Nueva York, 1984. Aquí se publica de acuerdo a la versión francesa, traducida por Pablo Blitstein y Tadeo Lima.

ro en el siglo XVI –y seguramente también en la Edad Media– se hacen muchas consideraciones que se emparentan con las de Vitruvio; y que, por lo tanto, pueden considerarse como “reflexiones sobre”. Los tratados consagrados a la política, al arte de gobernar, a lo que es un buen gobierno, no incluían, en general, capítulos o análisis sobre la organización de las ciudades o sobre la arquitectura. La *República* de Jean Bodin no contiene comentarios detallados sobre la función de la arquitectura; en cambio, hay cantidad de comentarios al respecto en los tratados de policía del siglo XVIII.

¿Usted quiere decir que existían técnicas y prácticas, pero no discursos?

No dije que los discursos sobre arquitectura no existían antes del siglo XVIII. Ni que los debates sobre la arquitectura antes del siglo XVIII carecían de dimensión o de significación política. Lo que quiero subrayar es que a partir del siglo XVIII todo tratado que considere la política como el arte de gobernar a los hombres tiene uno o varios capítulos sobre el urbanismo, los abastecimientos colectivos, la higiene y la arquitectura privada. Estos capítulos no se los encuentra en las obras consagradas al arte de gobernar del siglo XVI. El cambio tal vez no se encuentre en las reflexiones de los arquitectos sobre la arquitectura, pero es muy perceptible en las reflexiones de los hombres políticos.

¿Eso no se correspondería necesariamente con un cambio en la teoría de la arquitectura?

No. No se trataba obligatoriamente de un cambio en el espíritu de los arquitectos, o en sus técnicas –aunque esto necesite todavía ser probado–, sino de un cambio en el espíritu de los hombres políticos, en la elección y en la forma de atención que dirigen a objetos que comienzan a concernirles. A lo largo de los siglos XVII y XVIII la arquitectura se convierte en uno de estos objetos.

¿Podría usted decirme por qué?

Pienso que está relacionado con ciertos fenómenos –por ejemplo, la cuestión de la ciudad y la idea, claramente formulada a comienzos del siglo XVII, de que el gobierno de un gran Estado, como Francia, debe, en última instancia, pensar su territorio según el modelo de la ciudad. La ciudad deja de percibirse como un lugar privilegiado, como una excepción en un territorio constituido de campos, de bosques y de caminos. De ahora en más, las ciudades ya no son islas que escapan al derecho común. De ahora en adelante, las ciudades, junto con los problemas que suscitan y las configuraciones particulares que adoptan, sirven de modelo a una racionalidad gubernamental que se aplicará a todo el territorio.

Hay toda una serie de utopías o de proyectos de gobierno del territorio que toman forma a partir de la idea de que el Estado se asemeja a una gran ciudad; la capital es su plaza mayor, y los caminos, sus calles. Un Estado estará bien organizado cuando un sistema de policía tan estricto y eficaz como el que se aplica en las ciudades se extienda sobre todo su territorio. Al principio la noción de policía designaba únicamente un conjunto de reglamentaciones destinadas a asegurar la tranquilidad de una ciudad, pero en este momento la policía se vuelve el tipo mismo de racionalidad para el gobierno de todo el territorio. El modelo de la ciudad pasa a ser la matriz desde la cual se producen las reglamentaciones que se aplican al Estado en su conjunto.

La noción de policía, incluso en Francia hoy, es a menudo mal comprendida. Cuando se le habla a un francés de la policía, la palabra le evoca gente de uniforme o servicios secretos. En los siglos XVII y XVIII, la “policía” designaba un programa de racionalidad gubernamental: el proyecto de un sistema de reglamentación general de la conducta de los individuos en el que todo sería controlado, hasta el punto en que las cosas se sostendrían por sí mismas sin que una intervención fuera necesaria. Es el modo típicamente francés de concebir el ejercicio de la “policía”. Los ingleses, por su parte, no elaboraron ningún sistema comparable, a causa, por un la-

do, de la tradición parlamentaria y, por el otro, de una tradición de autonomía local, comunal –para no mencionar el sistema religioso.

Podemos situar a Napoleón casi exactamente en el punto de ruptura entre la vieja organización del Estado de policía en el siglo XVIII (entendido naturalmente en el sentido que evocamos acá, y no en el sentido de Estado policíaco tal como lo conocemos hoy) y las formas del Estado moderno, de las que fue el inventor. En todo caso, parece que en el curso de los siglos XVIII y XIX se hubiera abierto camino –con bastante rapidez en lo que concierne al comercio y más lentamente en todos los demás dominios– la idea de una policía que lograría penetrar, estimular, reglamentar y tornar casi automáticos todos los mecanismos de la sociedad.

Desde entonces, se abandonó esa idea. Se invirtió la cuestión, se la dio vuelta. Ya no nos preguntamos cuál es la forma de racionalidad gubernamental que llegará a penetrar el cuerpo político hasta sus elementos más fundamentales. Sino más bien: ¿cómo es posible el gobierno? Es decir: ¿qué principio de limitación se debe aplicar a las acciones gubernamentales para que las cosas adopten el giro más favorable, para que se adapten a la racionalidad del gobierno y no necesiten intervención?

Y aquí aparece la cuestión del liberalismo. Ya se había vuelto evidente en ese momento que gobernar mucho era no gobernar en absoluto o inducir resultados contrarios a los esperados. A fines del siglo XVIII –y se trata de uno de los grandes descubrimientos del pensamiento político– se descubrió la idea de sociedad. A saber, la idea de que el gobierno debe no sólo administrar un territorio, un dominio y ocuparse de sus súbditos, sino también tratar una realidad compleja e independiente, que posee sus propias leyes y mecanismos de reacción, sus reglamentaciones así como sus posibilidades de desorden. Esta realidad nueva es la sociedad. Desde el momento en el que se debe manipular una sociedad ya no se la puede considerar como completamente penetrable por la policía. Se vuelve necesario reflexionar sobre ella, so-

bre sus características, sus constantes y sus variables.

Se opera entonces un cambio en la importancia del espacio. En el siglo XVIII hay un territorio, y el problema que se presenta es el de gobernar a los habitantes de ese territorio: se puede citar el ejemplo de La Métropolitée (1682), de Alexandre Le Maître –tratado utópico sobre la manera de construir una capital–, o bien se puede entender la ciudad como una metáfora, o un símbolo, del territorio y de la forma de administrarlo. Todo esto es del orden del espacio, mientras que después de Napoleón la sociedad no está necesariamente tan espacializada...

Exacto. Por una parte, ya no está tan espacializada, y por la otra, sin embargo, aparecen ciertos problemas que son del orden del espacio. El espacio urbano posee sus propios peligros: la enfermedad –la epidemia de cólera, por ejemplo, que azotó a Europa a partir de 1830 y hasta alrededor de 1880–; también la revolución, bajo la forma de revueltas urbanas que, en la misma época, agitan toda Europa. Estos problemas de espacio, que tal vez no eran nuevos, adquieren desde aquel momento una nueva importancia.

Segundo, los ferrocarriles definieron un nuevo aspecto de las relaciones entre espacio y poder. Se creyó que establecerían una red de comunicaciones que ya no se correspondería con la red tradicional de los caminos, pero debían también tener en cuenta la naturaleza de la sociedad y su historia. Además, los ferrocarriles producen nuevos fenómenos sociales; hay resistencias frente a las transformaciones poblacionales y cambian las actitudes de la gente. Europa fue inmediatamente sensible a los cambios de actitud que los ferrocarriles implicaron. ¿Qué podría haber pasado, por ejemplo, si se hubiera vuelto posible casarse entre Bordeaux y Nantes? Algo antes impensable. ¿Qué hubiera pasado si los habitantes de Francia y Alemania hubieran podido encontrarse y conocerse? La guerra, ¿hubiera sido posible si hubiera habido ferrocarriles? En Francia surgió la teoría de que

los ferrocarriles iban a favorecer la familiaridad entre los pueblos, y las nuevas formas de universalidad humana así producidas harían imposible la guerra. Pero lo que la gente no había previsto –aunque el comando militar alemán, mucho más avisado, haya tenido conciencia plena de esto–, es que, por el contrario, el ferrocarril hacía la guerra mucho más fácil. La tercera innovación, más tarde, fue la electricidad. Había entonces problemas en las relaciones completamente nuevas entre el ejercicio del poder político y el espacio del territorio, o el espacio de las ciudades.

Era, entonces, menos que antes una cuestión de arquitectura. Lo que usted describe son, de alguna manera, técnicas del espacio...

De hecho, a partir del siglo XIX, los grandes problemas de espacio son de una naturaleza diferente. Lo que no quiere decir que se olviden los problemas de orden arquitectónico. En lo que concierne a los primeros problemas a los que hice referencia –la enfermedad y las cuestiones políticas–, la arquitectura tiene un rol muy importante. Las reflexiones sobre el urbanismo y sobre la concepción de la vivienda obrera forman parte de la reflexión sobre la arquitectura.

Pero la arquitectura misma, la École de Beaux Arts, trata problemas de espacio por completo diferentes.

Es verdad. Con el nacimiento de estas nuevas técnicas y de estos nuevos problemas económicos, aparece una concepción del espacio que ya no se modela sobre la urbanización del territorio, tal como la considera el Estado de policía, sino que va mucho más allá de los límites del urbanismo y de la arquitectura.

Y entonces, la École des Ponts et Chaussées...

Sí, la École des Ponts et Chaussées y el rol capital que ha tenido en la racionalidad política de Francia forman parte de esto. Los que pensaban el espacio no eran los arquitectos, sino los

ingenieros, los constructores de puentes, de caminos, de viaductos, de ferrocarriles, así como los “politécnicos” que controlaban prácticamente los ferrocarriles franceses.

Esta situación ¿es todavía la misma hoy, o asistimos a una transformación de las relaciones entre los técnicos del espacio?

Podemos comprobar algunos cambios, pero pienso que todavía hoy los principales técnicos del espacio, los egresados de Ponts et Chaussées, tienen a su cargo el desarrollo del territorio,

¿Entonces los arquitectos ya no son necesariamente los señores del espacio que eran en otro tiempo, o que creían ser?

No. Los arquitectos no son ni los técnicos ni los ingenieros de tres grandes variables: territorio, comunicación y velocidad. Esas cosas escapan a su dominio.

Algunos proyectos arquitectónicos, pasados o presentes, ¿le parece que representan fuerzas de liberación o de resistencia?

No creo que sea posible decir que una cosa es del orden de la “liberación” y otra del orden de la “opresión”. Hay un cierto número de cosas que se pueden decir con seguridad sobre un campo de concentración, en el sentido de que no es un instrumento de liberación, pero hay que tener en cuenta el hecho –en general ignorado– de que, si se exceptúa la tortura y la ejecución, que hacen toda resistencia imposible, cualquiera sea el terror que pueda inspirar un sistema dado, existen siempre posibilidades de resistencia, de desobediencia y de constitución de grupos de oposición.

Tampoco creo en la existencia de algo que sería funcionalmente –por su verdadera naturaleza– radicalmente liberador. La libertad es una práctica. Puede haber siempre, entonces, un cierto número de proyectos que apuntan a modificar ciertas presiones, a volverlas más flexibles, o incluso a quebrarlas, pero ninguno de ellos pue-

de, simplemente por su naturaleza, garantizar que la gente sea automáticamente libre; la libertad de los hombres nunca está asegurada por las instituciones y las leyes que tienen por función garantizarlas. Es la razón por la que se puede, de hecho, eludir la mayor parte de esas leyes e instituciones. No porque sean ambiguas, sino porque la “libertad” es lo que se debe ejercer.

¿Hay ejemplos urbanos para esto? ¿O ejemplos que muestren el éxito de los arquitectos?

Bueno, hasta un cierto punto está Le Corbusier, a quién hoy se describe —con una cierta crueldad que encuentro perfectamente inútil— como una especie de cripto-staliniano. Le Corbusier, estoy seguro, estaba lleno de buenas intenciones, y atribuía a lo que hizo efectos liberadores. Es posible que los medios que el proponía hayan sido, finalmente, menos liberadores de lo que pensaba, pero, lo repito, no corresponde a la estructura de las cosas garantizar el ejercicio de la libertad. La garantía de la libertad es la libertad.

Usted no considera entonces a Le Corbusier como un ejemplo de éxito. Usted dice solamente que su intención era liberadora. ¿Puede darnos un ejemplo de éxito?

No. En esto no se puede tener éxito. Si se encontrara un lugar —y tal vez exista— donde la libertad se ejerciera efectivamente, se descubriría que no es por la naturaleza de los objetos, sino, una vez más, por la práctica de la libertad. Lo que no quiere decir que se pueda dejar a la gente en pocilgas, pensando que lo que deben hacer es ejercer sus derechos.

¿Es decir que la arquitectura no puede, por sí misma, resolver los problemas sociales?

La arquitectura puede producir, y produce, efectos positivos cuando las intenciones liberadoras del arquitecto coinciden con la práctica real de la gente en el ejercicio de su libertad.



Pero la misma arquitectura, ¿puede servir para objetivos diferentes?

Por supuesto. Permítame tomar otro ejemplo: el familisterio de Jean-Baptiste Godin en Guise (1859). La arquitectura de Godin estaba orientada explícitamente hacia la libertad. Manifestaba la capacidad de trabajadores comunes y corrientes de participar en el ejercicio de su profesión. Era a la vez un signo y un instrumento bastante importante de autonomía. Y, sin embargo, nadie podía entrar en el familisterio, ni salir, sin ser visto por todos —he aquí un aspecto de la arquitectura que podría ser absolutamente opresivo. Pero podría haber sido opresivo sólo si la gente hubiera estado dispuesta a utilizar su presencia para vigilar la de los otros. Imaginemos que se instalara allí una comunidad que se entregase a prácticas sexuales ilimitadas: se transformaría entonces en un lugar de libertad. Pienso que es un poco arbitrario intentar disociar la práctica efectiva de la libertad, la práctica de relaciones sociales y las distribucio-

nes espaciales. Desde el instante en que se separan las cosas, se vuelven incomprensibles. Cada una se entiende solamente a través de la otra.

No falta gente, sin embargo, que ha querido inventar proyectos utópicos con el fin de liberar, o de oprimir, a los hombres.

Los hombres han soñado con máquinas liberadoras que, por definición, no existen. Lo que no quiere decir que el ejercicio de la libertad sea totalmente insensible a la distribución del espacio, pero sólo cuando hay una cierta convergencia; cuando hay divergencia o distorsión, el efecto producido es inmediatamente contrario al efecto buscado. Con sus propiedades panópticas, bien habría podido haberse utilizado Guise como prisión. Nada hubiera sido más fácil. Es evidente que el familisterio habría podido servir muy bien de instrumento de disciplina y ser la ocasión de ejercitar una presión bastante intolerable.

De nuevo, entonces, no es la intención del arquitecto el factor fundamental.

Nada es fundamental. Esto es lo interesante en el análisis de la sociedad. Por eso, nada me irrita más que esas preguntas —por definición, metafísicas— sobre los fundamentos del poder en una sociedad, o sobre la auto-institución de la sociedad. No existen fenómenos fundamentales. No hay más que relaciones recíprocas, y perpetuos desfasajes entre ellas.

Usted ha hecho de los médicos, de los guardiacárceles, de los curas, de los jueces y de los psiquiatras las figuras clave de las configuraciones políticas que implicaban la dominación. ¿Agregaría usted a los arquitectos a esta lista?

Usted sabe..., yo no quería describir figuras de dominación cuando me referí a los médicos y otros personajes del mismo tipo, sino describir sobre todo a la gente a través de la que pasaba el poder, o que eran importantes en el campo de las relaciones de poder. El paciente de un hospital psi-

quiátrico está ubicado en el interior de un campo de relaciones de poder bastante complejas, que Erwin Goffman ha analizado muy bien. El sacerdote de una iglesia católica (en las iglesias protestantes, las cosas son un poco diferentes) es un eslabón importante en un conjunto de relaciones de poder. El arquitecto no es un individuo de esta índole.

Después de todo, el arquitecto no tiene poder sobre mí. Si quiero demoler o transformar la casa que él ha construido para mí, instalar nuevos tabiques o agregar una chimenea, el arquitecto no tiene ningún control. Hace falta entonces ubicar al arquitecto en otra categoría –lo que no quiere decir que no tiene nada que ver con la organización, la efectivización del poder, y todas las técnicas a través de las cuales éste se ejerce en una sociedad. Diría que es necesario tenerlo en cuenta tanto a él –su mentalidad, su actitud– como sus proyectos, si se quiere comprender un cierto número de técnicas de poder que se emplean en la arquitectura; pero no es comparable a un médico, a un sacerdote, a un psiquiatra o a un carcelero.

Recientemente ha surgido un gran interés, en los ámbitos de la arquitectura, por el “posmodernismo”. Asimismo, también ha sido un gran problema en filosofía –pienso, principalmente, en Jean-François Lyotard y en Jürgen Habermas. Evidentemente, la prueba histórica y el lenguaje cumplen un rol importante en la episteme moderna. ¿Cómo considera usted el posmodernismo, tanto desde el punto de vista de la arquitectura como en lo que concierne a las cuestiones históricas y filosóficas que suscita?

Pienso que hay una tendencia bastante general y fácil, contra la que habría que luchar, a convertir lo que acaba de producirse en el enemigo número uno, como si fuera siempre la principal forma de opresión de la que debemos liberarnos. Esta actitud simplista acarrea varias consecuencias peligrosas: en principio, una inclinación a recuperar formas baratas, arcaicas o un poco imaginarias de felicidad, con las

que la gente, de hecho, no disfrutó en absoluto. Por ejemplo, en el dominio que me interesa, es muy divertido ver cómo la sexualidad contemporánea es descrita como algo absolutamente espantoso. ¡Piense que hoy no es posible hacer el amor sino cuando se apaga la televisión! ¡Y en camas producidas en serie! “No es como en la época maravillosa en que...” ¿Qué decir, entonces, de aquella época fantástica en que la gente trabajaba dieciocho horas por día y seis compartían una cama, si es que tenían una? Hay, en este odio del presente o del pasado inmediato, una tendencia peligrosa a invocar un pasado completamente mítico. Después está el problema suscitado por Habermas: si se abandona la obra de Kant o de Weber, por ejemplo, se corre el riesgo de caer en la irracionalidad.

Estoy del todo de acuerdo con esto, pero, al mismo tiempo, el problema que enfrentamos hoy es bastante diferente. Pienso que, desde el siglo XVIII, el gran problema de la filosofía y del pensamiento crítico siempre ha sido –todavía lo es y espero que siga siéndolo– responder a esta pregunta: ¿cuál es esta razón que utilizamos? ¿Cuáles son sus efectos históricos? ¿Cuáles son sus límites y cuáles son sus peligros? ¿Cómo podemos existir en tanto seres racionales, felizmente consagrados a practicar una racionalidad que está infelizmente atravesada por peligros intrínsecos? Debemos mantenernos lo más cerca posible de esta pregunta, teniendo presente que es a la vez central y extremadamente difícil de resolver. Además, si es extremadamente difícil decir que la razón es el enemigo que debemos eliminar, también es peligroso afirmar que toda puesta en cuestionamiento crítico de esta racionalidad corre el riesgo de hacernos caer en la irracionalidad. No hay que olvidar –y no digo esto con el fin de criticar la racionalidad, sino con el fin de mostrar hasta qué punto las cosas son ambiguas– que el racismo fue formulado sobre la base de la racionalidad resplandeciente del darwinismo social, que se convirtió así en uno de los ingredientes más perdurables y más persistentes del nazismo. Era una irracionalidad, por supuesto, pero una irra-

cionalidad que, al mismo tiempo, constituía una cierta forma de racionalidad...

Tal es la situación en la que nos encontramos y que debemos combatir. Si los intelectuales en general tienen una función, si el pensamiento crítico mismo tiene una función y, más precisamente todavía, si la filosofía tiene una función en el interior del pensamiento crítico, es precisamente la de aceptar esta especie de espiral, esta especie de puerta giratoria de la racionalidad que nos devuelve a su necesidad, a lo que tiene de indispensable, y al mismo tiempo a los peligros que contiene.

Dicho todo esto, sería exacto precisar que usted le teme menos al historicismo y al juego de referencias históricas de lo que le teme alguien como Habermas; y también que, en el dominio de la arquitectura, los defensores del modernismo han planteado este problema casi en términos de crisis de la civilización, afirmando que si se abandonaba la arquitectura moderna en un retorno frívolo a la decoración y a los motivos historicistas, se abandonaba, de alguna manera, la civilización. Ciertos defensores del posmodernismo, por su parte, han pretendido que las referencias históricas estaban, en sí mismas, dotadas de significación e iban a protegernos de un mundo soberracionalizado.

Tal vez no responda a su problema, pero diría esto: hay que tener una desconfianza absoluta y total con respecto a lo que se presenta como un retorno. Una de las razones de esta desconfianza es lógica: nunca hay, de hecho, un retorno. La historia y el interés meticuloso que se consagra a la historia son sin duda una de las mejores defensas contra el retorno. Por mi parte, he abordado la historia de la locura y estudiado la prisión como lo hice porque sabía muy bien –y es, de hecho, lo que exasperó a muchos– que estaba realizando un análisis histórico que hacía posible una crítica del presente, pero que no permitía decir: “Volvamos a esta maravillosa época del siglo XVIII, cuando los locos...”, o bien: “Volvamos al tiempo en que

la prisión no era uno de los principales instrumentos...". No. Pienso que la historia nos preserva de esta especie de ideología del retorno.

Así entonces, la simple oposición entre razón e historia es bastante ridícula... Tomar partido por una o por otra...

Sí. El problema de Habermas es, después de todo, encontrar un modo trascendental de pensamiento que se oponga a toda forma de historicismo. Yo soy, en realidad, mucho más historicista y nietzscheano. No pienso que exista un uso adecuado de la historia, o un uso adecuado del análisis intrahistórico –que es, por otra parte, bastante perspicaz–, que pueda precisamente funcionar contra esta ideología del retorno. Un buen estudio de la arquitectura campesina en Europa, por ejemplo, mostraría hasta qué punto es absurdo querer volver a las pequeñas casas individuales con sus techos de paja. La historia nos protege del historicismo –de un historicismo que invoca el pasado para resolver problemas del presente.

Nos recuerda también que siempre hay una historia; que los modernistas, que querían suprimir toda referencia al pasado, cometían un error.

Por supuesto.

Sus dos últimos libros tratan de la sexualidad entre los griegos y los primeros cristianos. Los problemas que usted aborda, ¿tienen una dimensión arquitectónica particular?

Para nada. Lo que es interesante es que, en la Roma imperial, existían burdeles, barrios de placer, zonas criminales, etcétera, así como una especie de lugar de placer casi público: los baños, las termas. Las termas eran un lugar de placer y de encuentro muy importante que ha desaparecido progresivamente de Europa. En la Edad Media, las termas eran todavía un lugar de encuentro entre los hombres y las mujeres, así como un lugar de encuentro de los hombres entre ellos y de las mujeres entre ellas –aunque, de

esto, se hable poco. Se ha hablado, y se lo ha condenado pero también experimentado, de los encuentros entre hombres y mujeres, que han desaparecido en el curso de los siglos XVI y XVII.

Pero existen todavía en el mundo árabe.

Sí, pero en Francia es una práctica que, en gran parte, ha desaparecido. Existía todavía en el siglo XIX como lo testimonia el filme *Les enfants du paradis*, cuyas referencias históricas son exactas. Uno de los personajes, Laccenaire, es –nadie lo dice nunca– un libertino y un proxeneta que utiliza muchachos jóvenes para atraer hombres mayores y después hacerlos cantar; una escena hace referencia a eso. Sólo la inocencia y la antihomosexualidad de los surrealistas pudieron silenciar este hecho. Los baños siguieron existiendo como lugar de encuentros sexuales. Eran una especie de catedral del placer en el corazón de la ciudad, donde se podía volver tantas veces como se quisiera, donde se paseaba, donde uno hacía su elección, se encontraba, escogía lo que deseaba, comía, bebía, discutía...

El sexo no estaba entonces separado de los otros placeres. Estaba inscripto en el corazón de las ciudades. Era público, servía para un fin...

Exactamente. La sexualidad era, evidentemente, un placer social para los griegos y para los romanos. Lo que es interesante sobre la homosexualidad masculina de hoy en día –y parecería que fuera también el caso de la homosexualidad femenina, desde hace un cierto tiempo– es que las relaciones sexuales se traducen inmediatamente en relaciones sociales, y que las relaciones sociales son comprendidas como relaciones sexuales. Para los griegos y los romanos, de una manera diferente, las relaciones sexuales se inscribían en el interior de las relaciones sociales, en el sentido más amplio. Las termas eran un lugar de sociabilidad que incluía las relaciones sexuales.

Se puede comparar directamente las termas y el burdel. El burdel es de

hecho un lugar, y una arquitectura, de placer. Se desarrolla allí una forma muy interesante de sociabilidad que Alain Corbin ha estudiado en *Les filles de noche*. Los hombres de la ciudad se encontraban en el burdel; estaban ligados los unos a los otros por el hecho de que las mismas mujeres habían pasado entre sus manos y que las mismas enfermedades y las mismas infecciones los habían afectado. Había una sociabilidad del burdel, pero la sociabilidad de los baños, tal como existía entre los antiguos –y de la que podría existir tal vez una nueva versión hoy– era enteramente diferente de la sociabilidad del burdel.

[...]

Los arquitectos, en particular, si eligen analizar un edificio institucional –un hospital o una escuela, por ejemplo– desde el punto de vista de su función disciplinaria, tienen la tendencia a interesarse ante todo en sus paredes. Después de todo, son ellos los que las conciben. En lo que respecta a usted, es el espacio, antes que la arquitectura, lo que le interesa, en la medida en que los muros mismos no son sino un aspecto de la institución. ¿Cómo definiría la diferencia entre estos dos enfoques?

Hay una diferencia de método y de enfoque. Es verdad que, para mí, la arquitectura, en los vagos análisis que he podido hacer, constituye solamente un elemento de sostén, que asegura una cierta distribución de la gente en el espacio, una canalización de su circulación, así como la codificación de las relaciones que se mantienen entre ellas. La arquitectura no constituye sólo un elemento del espacio: está inscripta en un campo de relaciones sociales, en el seno del cual introduce un cierto número de efectos específicos.

Sé, por ejemplo, que un historiador ha hecho un estudio interesante de la arqueología medieval, abordando la arquitectura y la construcción de las casas en la Edad Media a partir de la chimenea. Creo que está en camino de mostrar que a partir de un cierto momento se hizo posible construir una chimenea en el interior de una casa

—una chimenea con un hogar, y no una simple pieza a cielo abierto o una chimenea exterior; y que, en ese momento, cambiaron muchísimas cosas y ciertas relaciones entre los individuos se hicieron posibles. Todo eso me parece muy interesante, pero su conclusión, presentada en un artículo, es que la historia de las ideas y del pensamiento es inútil.

Lo que es interesante, de hecho, es que las dos cosas son rigurosamente inseparables. ¿Por qué la gente se las ha ingeniado para encontrar la manera de construir una chimenea en el interior de una casa? ¿O por qué ha puesto sus técnicas al servicio de este fin? La historia de las técnicas muestra que hacen falta años, y a veces incluso siglos, para hacerlas efectivas. Es evidente, y de una importancia capital, que la técnica ha influido en la formación de nuevas relaciones humanas, pero es imposible pensar que se habría desarrollado y conformado en esta dirección si no hubiera habido, en el juego y la estrategia de las relaciones humanas, algo que fuera en este sentido. Eso es lo importante, y no la primacía de esto sobre aquello, que nunca quiere decir nada.

En Las palabras y las cosas, usted ha utilizado ciertas metáforas espaciales muy impresionantes para describir las estructuras del pensamiento. ¿Por qué piensa que las imágenes espaciales son aptas para evocar estas referencias? ¿Qué relación hay entre estas metáforas espaciales, que describen las disciplinas, y ciertas descripciones más concretas de espacios institucionales?

Es muy posible que, interesándome en el problema del espacio, haya utilizado un cierto número de metáforas espaciales en *Las palabras y las cosas*, pero, en general, mi objetivo era estudiarlas en tanto objetos. En las mutaciones y transformaciones epistemológicas que se han operado en el siglo XVII, impresiona cómo la espacialización del saber constituyó uno de los factores de su elaboración en ciencia. La historia natural y las clasificaciones de Linneo han sido posibles por un cierto número de razones: de un

lado, la espacialización del objeto mismo de los análisis, cuya regla fue estudiar y clasificar las plantas únicamente sobre la base de lo que era visible. No se recurrió al microscopio. Todos los elementos tradicionales del saber, como, por ejemplo, las funciones medicinales de las plantas, fueron abandonados. El objeto fue espacializado en la medida en que los principios de clasificación debían ser encontrados en la estructura misma de las plantas: el número de sus elementos, su disposición, su talla, y algunos otros rasgos, como la altura de la planta. Después se espacializó por medio de las ilustraciones contenidas en los libros, y ello fue posible gracias a ciertas técnicas de impresión. Más tarde aún, la espacialización de la reproducción de las plantas mismas, que empezó a representarse en los libros. Se trata de técnicas espaciales, no de metáforas.

El plano de un edificio —a partir del cual se harán las paredes y ventanas—, ¿constituye una forma de discurso idéntico, por ejemplo, a una pirámide jerarquizada que describe, de manera bastante precisa, relaciones entre individuos, no solamente en el espacio, sino también en la vida social?

Pienso que existen algunos ejemplos simples, y bastante excepcionales, en los que las técnicas arquitectónicas reproducen, con mayor o menor insistencia, las jerarquías sociales. Está el modelo del cuartel, donde la jerarquía militar se lee en el terreno mismo por el lugar que ocupan las carpas y los edificios reservados a cada uno de los rangos. El cuartel reproduce precisamente, a través de la arquitectura, una pirámide de poder; pero es un ejemplo excepcional, como todo lo que es militar, privilegiado en la sociedad y de una extrema simplicidad.

Pero el plano mismo no describe siempre relaciones de poder.

No. Felizmente para la imaginación humana, las cosas son un poco más complicadas que eso.

La arquitectura, bien entendida, no es

una constante: posee una larga tradición a través de la cual se puede leer la diversidad de preocupaciones, la transformación de sus sistemas y de sus reglas. El saber de la arquitectura es en parte la historia de la profesión, en parte la evolución de una ciencia de la construcción, y en parte una reescritura de teorías estéticas. ¿Qué es, en su opinión, lo propio de esta forma de saber? Se emparenta más con una ciencia natural o con lo que usted ha llamado una “ciencia dudosa”?

No podría afirmar que esta distinción entre ciencias ciertas y ciencias dudosas carece por completo de interés —eso sería eludir la cuestión—, pero debo decir que prefiero estudiar lo que los griegos llamaban *techné*, es decir una racionalidad práctica dominada por un objetivo consciente. No estoy muy seguro de que valga la pena interrogarse todo el tiempo para decidir si este dominio puede ser el objeto de una ciencia exacta. Por el contrario, lo interesante es que la arquitectura, como la práctica del gobierno y la práctica de otras formas de organización social, es una *techné*, que utiliza ciertos elementos que provienen de ciencias como la física, por ejemplo, o de la estadística. Sin embargo, si se quisiera hacer una historia de la arquitectura, sería preferible considerarla en el contexto de la historia general de la *techné*, antes que en la historia de las ciencias exactas y no exactas. El inconveniente de la palabra *techné*, me doy cuenta, es su relación con la palabra “tecnología”: se piensa en las tecnologías duras, en la tecnología de la madera, del fuego, de la electricidad. Pero el gobierno también es función de las tecnologías: el gobierno de los individuos, el gobierno de las almas, el gobierno de uno por uno mismo, el gobierno de las familias, el gobierno de los niños. Creo que si se recolocara la historia de la arquitectura en el contexto de la historia general de la *techné*, en el sentido amplio de la palabra, alcanzaríamos un concepto rector más interesante que la oposición entre ciencias exactas y ciencias no exactas.

Una deriva necesaria

Notas sobre la historiografía argentina de las últimas décadas

Juan Manuel Palacio



Mil novecientos ochenta y tres marcó un antes y un después en la historia argentina reciente. La recuperación de la democracia, luego de una larga y sangrienta dictadura militar, se ubicaba en el centro de una sucesión de renacimientos y refundaciones. En uno de ellos, la vida académica comenzaba a despertar de una larga pesadilla de silencio, soñada muchas veces en otras latitudes. En particular, la disciplina histórica, que había progresado a los tumbos durante las décadas anteriores al golpe militar de 1976, para luego retroceder sobre sus pasos durante la dictadura, desde enfoques estructuralistas pasados de moda hasta

el positivismo más rancio, nació a una nueva vida.

Las formas que adoptó ese renacimiento historiográfico, en el contexto de la nueva libertad –académica, de expresión, de ideas– que se consolidó en el país después de 1983 y en el marco de la reconstrucción institucional que se llevó paralelamente a cabo en los espacios universitarios y de investigación, fueron reseñadas en más de una oportunidad en ésta y otras publicaciones.¹ No es propósito de estas líneas volver sobre ese proceso, sino sólo agregar un comentario a los balances existentes, así como llamar la atención sobre dos vacíos demasiado

notorios: los estudios comparativos con Latinoamérica y las investigaciones sobre el peronismo.

37

Los balances

En las últimas dos décadas, la actividad historiográfica en la Argentina ha experimentado un gran dinamismo, que se tradujo en una prolífica producción académica. Tuvo estrecha relación con la recuperación de la vida democrática en el país, que permitió la reconstrucción y a veces la reapertura de espacios institucionales, a la vez que la recuperación de la voz o el retorno al país de muchos que regresaban de un largo exilio en el exte-

1. Entre otros, Luis Alberto Romero, “La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional”, *Entrepasados*, No. 10, 1996 (Buenos Aires); Ema Cibotti, “El aporte en la historiografía argentina de una generación ausente, 1983-1993”, *Entrepasados*, Nos. 4-5, 1993; Enrique Tandeter, “El período colonial en la historiografía argentina reciente”, *Entrepasados*, No. 7, 1994; Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman, “Rural History of the Rio de la Plata 1600-1850: Results of a Historiographical Renaissance”, *Latin American Research Review* 30-3, 1995; Roy Hora, “Dos décadas de historiografía argentina”, *Punto de Vista*, No. 69, 2001; Hilda Sabato, “Historia política, historia intelectual: viejos temas, nuevas ópticas”, en Marco Palacios (comp.), *Siete ensayos de historiografía*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1995; y “La historia en fragmentos, fragmentos para una historia”, *Punto de Vista*, No. 70, 2001; Tulio Halperin Donghi, “Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)”, *Desarrollo Económico*, No. 100, 1986 (Buenos Aires).

rior. En el terreno de las producciones concretas, esta renovación del campo académico e institucional se tradujo en una verdadera explosión de investigaciones, portadoras de nuevos temas y perspectivas, o de nuevos acercamientos metodológicos a viejos temas.

Esta multiplicidad fue consecuencia directa de la necesidad de afirmación de la práctica profesional. En un esfuerzo por diferenciarse de los trabajos sociológicos y económicos más generales, bajo cuyos postulados se había escrito buena parte de la historia argentina en los años previos, la microhistoria, los estudios de caso, se veían ahora como lo más propio de la metodología histórica. La reafirmación de estudios más estrictamente históricos se tradujo entonces en una proliferación de trabajos monográficos y específicos, y en la consecuente devaluación de proyectos más abarcativos o de mayor aliento interpretativo. En esta explosión monográfica también fue decisiva la crisis más general de los paradigmas estructuralistas, que ya se estaba desatando en el mundo en momentos en que la historiografía cobraba nueva vida en nuestro país. Como reacción a dichos paradigmas, tan afectos a explicaciones generales que dieran cuenta del funcionamiento de grandes sistemas y estructuras, se desarrolló un interés creciente por los actores y las lógicas de su accionar, que indagaba en lo particular, local y nacional, en desmedro de lo general y regional o continental.

En los balances sobre dicha producción, es evidente que existe un amplio consenso en torno al hecho de que la renovación ha sido abundante y fecunda. También, en reconocer que ha estado estrechamente ligada a la reconstrucción institucional que se llevó a cabo a partir de 1983 y a la creación o reconstrucción de un espacio de profesionalización.

Otro asunto es la valoración de lo producido. Allí el acuerdo no es tan generalizado: para los más optimistas, dicha producción es el resultado de la superación positiva de una “generación ausente”, que habría podido resurgir, como el Ave Fénix, de sus cenizas a las que la habían reducido los

años de la dictadura militar, el silencio y, en no pocos casos, el exilio.² Pero además, no todo habría sido proliferación monográfica sin más y en ciertos campos de estudio —entre otros, los de la historia intelectual o de la “nueva” historia política— la renovación historiográfica habría implicado también giros radicales de perspectivas que permitirían hablar de verdaderas redefiniciones.³

Otros, menos entusiasmados, sin negar los aportes de esa multiplicación de trabajos, prefieren juzgar la fragmentación de los objetos de estudio como una gran deriva, que sería el correlato de la fragmentación y el desencanto que experimentó la sociedad argentina desde el regreso a la democracia. Esa deriva —argumentan— no llegó a modificar sustancialmente los rumbos señalados antes por “los padres fundadores” y, cuando ha querido rechazarlos, no atinó a encontrar unos nuevos. De esta manera, las grandes preguntas detrás de las pequeñas monografías siguen sin advertirse, ya que el objetivo fundamental de éstas es más bien consolidar el rigor histórico, el estilo propio del oficio, en una actividad sólo motivada por la fascinación que producen las nuevas metodologías y la potencialidad de los nuevos documentos, y despojada de todo compromiso con el presente.⁴

Más allá de cualquier valoración, es evidente que en los últimos años el objeto de estudio se ha fragmentado hasta lo impensable y no sólo en el caso de la historia. Un motivo indudable de esa fragmentación ha sido la influencia de los llamados genéricamente “estudios culturales”, que han encarnado diversas historiografías “post” (post-estructuralistas, post-coloniales). Particularmente hábiles para desarrollar poderosas herramientas de (de)construcción (palabras rebosantes de múltiples sentidos; variados “giros”; conceptos que encierran significados ocultos; metáforas y metanarrativas; la devoción por lo insignificante y lo no previsto; la exageración de la fragilidad), esas perspectivas han provocado una sistemática demolición de temas y certidumbres que ha sido devastadora. Con una tradición teórica y filosófica que hace del deshacer y el

cuestionar su operación intelectual más fecunda, esa literatura ha sido especialmente bienvenida en campos que seguían atados a esquemas teóricos pasados de moda (o al desconcierto que causó su abolición sin más) y necesitaban ser “revisitados”. En todos, ha provocado una perplejidad sin precedentes.

Fue guiada por esas influencias teóricas, que instalaban la sospecha como sistema, que nació lo que puede llamarse una historiografía de la deconstrucción, especializada en el desarmado de la mayor parte de las certidumbres conceptuales que habían estado en la base de la reconstrucción del pasado hasta entonces. Grandes ideas ordenadoras sobre el funcionamiento de un sistema (económico, político) o interpretaciones de largo aliento sobre la cultura, pasaron al banquillo de los acusados. Conceptos como imperio, dominación, Estado, cultura, conflicto social, entre muchos otros, fueron relativizados al extremo, no pudiendo ya utilizárselos sin más, como no fuera precedidos de una profusión de salvedades y precisiones.

No debería extrañar, entonces, el hecho de no encontrar grandes ideas detrás de las investigaciones históricas de estos años. Resulta, nada más, que éstas tenían como objeto principal la abolición de aquéllas. Hemos vivido rodeados de ideas falsas y construido sobre ellas universos de frágil estructura —rezaría el catecismo post— y la tarea de la hora consiste en desarmarlas para, eventualmente, volver a construir en el futuro sobre un piso más firme. En el contexto de este catecismo, la falta de ideas no es un defecto sino una virtud. Y en épocas de demolición, condenar a la historiografía por la ausencia de grandes construcciones es una *contradictio in terminis*.

El desarmado de esas construcciones, por otra parte, no tiene nada de sencillo. A juzgar por la complicada trama de monografías y estudios de caso que requiere, es evidente que la

2. Ema Cibotti, “El aporte...”.

3. Hilda Sabato, “La historia en fragmentos...” Podrían agregarse a esta lista, por lo novedosos, los estudios de historia rural pampeana “tardocolonial”. Véase Garavaglia y Gelman, “Rural History...”.

4. Roy Hora, “Dos décadas...”.

tarea de deconstruir es cuanto menos tan trabajosa como la de construir. El complicado proceso de demolición requiere de la multiplicación de buenos trabajos de investigación que, a través de acercamientos novedosos y muchas veces con fuentes hasta ahora desestimadas, vayan debilitando estructuras que se creían inmovibles, con sutileza e imaginación. Tampoco es justo, entonces, decretar una Edad Media de la historiografía de estas últimas décadas por el hecho de carecer de grandes obras –cosa que por otra parte está lejos de ser indiscutible.

Dicho esto, no es menos cierto que ha existido y existe cierta deriva en la agenda de la investigación histórica de las últimas décadas. No podría ser de otra manera. Las investigaciones son reflejo fiel de las dificultades que existen para construir, después de la devastación provocada por la onda expansiva de la explosión posmoderna. Luego de la euforia que produce desarmar conceptos cortos, destronar esquemas miopes, abolir razonamientos mezquinos –una excitación particularmente voraz, que no se detiene ante los conceptos más esenciales–, la sensación que queda es la de una gran intemperie, una desconfianza básica que produce cierta perplejidad e impide volver a construir. En ese sentido, no es fácil imaginar el camino que tomarán los trabajos de esta historiografía de la deconstrucción, como no sea seguir hurgando entre los escombros conceptuales de tradiciones anteriores, sólo para erigir una infinidad de fragmentos diversos de un todo inasible. Por el momento, se trata solamente de hacer reconstrucciones más o menos ingeniosas de esos fragmentos, explorando nuevas conexiones entre ellos. Nada distinto de lo que nos pasa como sociedad en este presente, del que no estamos sino sólo en apariencia “desafectados” y, por el contrario, expresamos cabalmente.

Dos ausencias notables

Entre las víctimas de esa manía demolidora, se encuentran dos campos de estudio –o mejor, un campo y una perspectiva– sobre los que se quiere

llamar la atención, en particular por la relevancia que cobran en este presente de nuestro país: los estudios sobre el peronismo y la perspectiva latinoamericana. Sin ser los únicos, constituyen sendos vacíos en la agenda de investigación de las últimas dos décadas, y tienen la particularidad de haber sido provocados por la propia dinámica de la renovación historiográfica.

En el caso de los estudios latinoamericanos, es evidente que la historiografía argentina de la vuelta a la democracia los ha descuidado. Más aún, dicha historiografía parece haberse construido explícitamente por oposición a la experiencia del subcontinente. Como resultado, la historia latinoamericana no sólo tiene una débil presencia en los planes de estudio de las carreras universitarias en la Argentina, sino que además esa presencia –donde ha perdurado– ha quedado presa de concepciones ya pasadas de moda. A esto se suma la notoria falta de especialistas en el medio local, con lo que su escueta presencia en la formación histórica de los argentinos está garantizada por un largo tiempo.

Esto no debería sorprender, ya que esta indiferencia se adecuaba perfectamente a una creencia muy arraigada desde antiguo en la mentalidad colectiva del país: la afirmación de lo nacional como excepcional y básicamente incomparable con el resto del subcontinente. Más aún, esta creencia ha sido avalada por muchos de nuestros científicos sociales de ayer y de hoy que, como expresión de deseos o por sincera convicción, prefirieron como espejos de nuestra experiencia histórica la de otros países “nuevos” –Australia, Nueva Zelanda, Canadá– a las más modestas trayectorias de los países vecinos.

Pero si esto no sorprende en general, es llamativo que ese presupuesto haya seguido vigente durante las últimas dos décadas, precisamente cuando se hizo evidente de una vez y para siempre –aun para aquellos que no lo habían querido ver hasta entonces– que el derrotero de la Argentina era netamente latinoamericano y había dejado hacía tiempo de poder emular a sus anteriores socios en la comparación. Esta ausencia, por fin, es aún más lla-

mativa si se tiene en cuenta que dos de los historiadores emblemáticos para los protagonistas de la renovación historiográfica de las últimas décadas –Tulio Halperin Donghi y José Luis Romero– tuvieron siempre un fuerte tono latinoamericanista en sus visiones del pasado argentino.

¿A qué se debe entonces este sesgo “anti-latinoamericanista” de la historiografía argentina de los últimos años? En primer lugar, es evidente que se trata de un saldo no buscado de la renovación historiográfica; es menos el resultado de una operación consciente de exclusión, que el producto de una sobre-reacción de los historiadores frente a la apropiación del pasado por otros discursos disciplinarios y por paradigmas teóricos que pasaron a estimarse demasiado ideologizados o politizados y por lo tanto reñidos con las nuevas reglas de la profesión que se estaban tratando de imponer en forma generalizada. Se trataba entonces, por un lado, de discutir esas teorías generales de funcionamiento del “sistema latinoamericano” –teorías de la dependencia, del desarrollo y la modernización, entre otras– que daban cuenta demasiado fácilmente de los procesos vividos por todo el subcontinente, así como de hacerlo a través de la práctica específica de la historia, en un esfuerzo de diferenciación respecto de otros discursos disciplinarios. Esos discursos, contruidos no por historiadores sino más bien por economistas y sociólogos, se juzgaban como simplificadores y empobrecedores de las especificidades nacionales, en las que ahora era necesario indagar para mejor discutirlos.

Esto explica la importancia creciente de las historias del período independiente en reemplazo de la historia colonial, que dejaba así su lugar prominente en la historiografía después de tantos años. Refugiarse en lo nacional garantizaba a los historiadores un lugar seguro desde donde poder discutir –paso a paso, a través de monografías y estudios de caso, es decir, con las armas propias de la disciplina– las inexactitudes de aquellas imágenes de conjunto, a la vez que recuperar las especificidades de cada historia nacional que habían quedado



demasiado diluidas en los “modelos” de funcionamiento de largo plazo.

40 Saludable como fue para la disciplina histórica –tanto como para la sofisticación de nuestra visión del pasado–, la operación tuvo también sus costos. La crisis de esos modelos explicativos, sumada a la del paradigma marxista, tuvo como herencia inevitable cierta orfandad interpretativa. Los antiguos esquemas, después de todo, si bien simplificaban hasta el extremo los procesos históricos, ofrecían a los estudios de conjunto visiones totalizadoras coherentes que hoy no es sencillo –quizás, tampoco adecuado– reemplazar. Con su crisis, entró en crisis también, inevitablemente, el sentido de unidad de los estudios latinoamericanos que les daban aquellos paradigmas. Para agravar las cosas, el desplazamiento del centro de la escena de la historiografía colonial, implicaba dejar de lado un campo que había dado a la historia latinoamericana una evidente unidad geográfica, pero también temática. Es allí, en la etapa inevitablemente latinoamericana de nuestra historia, adonde va a quedar confinado desde entonces el “latinoamericanismo” de nuestra historiografía.

El costo más importante de esta sobre-reacción fue, entonces, la aversión para emprender estudios comparativos con Latinoamérica. El citado refugio en lo nacional derivó en aislamiento y éste, a su vez, en una nueva cortedad de miras. En las antípodas de la mirada setentista, la que ahora propone un carácter demasiado excepcional de la historia argentina olvida la similitud de ciertos procesos locales con los de otras regiones y, lo que es peor, cae muchas

veces en visiones equivocadas sobre dicha excepcionalidad.

Existen demasiados ejemplos de lo que se dice. La historia rural pampeana ganaría mucho si revisara la idea de que nuestros terratenientes y toda la sociedad rural debajo de ellos eran, se comportaban y se relacionaban entre sí como modernos empresarios racionales y se aceptara que las relaciones tradicionales, a la latinoamericana, eran mucho más frecuentes en nuestras prósperas pampas de lo que se está dispuesto a admitir. Lo mismo puede decirse de nuestra historia urbana, de nuestras tradiciones políticas o de la historia del Estado: todas ellas encontrarían en la experiencia histórica de otros países latinoamericanos más parecidos de los que hasta ahora se han explorado.⁵

Podrá alegarse que este fenómeno de extrañamiento historiográfico con lo latinoamericano es generalizable también a la situación de otros países de la región. Algo así parecía sugerir en una entrevista reciente Tullio Halperin, en la que se mostraba pesimista respecto de la posibilidad de hacer historia de Latinoamérica fuera de los Estados Unidos.⁶ Que esto sea así no invalida, sin embargo, el hecho de que constatarlo en nuestras latitudes tiene la doble carga de que viene a sumarse a la tendencia más generalizada de excluir a Latinoamérica de nuestro repertorio de identidad. Y esto no sólo empobrece los estudios históricos, sino que también tiene el efecto de volver a ocultar nuestras cada vez más evidentes raíces latinoamericanas, cuando sólo una rápida lectura del periódico con-

tiene suficientes evidencias de lo contrario.

Otra notoria desatención de la renovación historiográfica de las últimas décadas han sido los estudios sobre el peronismo. Dejando de lado excepciones notables que sólo confirman la regla, es evidente que los años que van de 1943 en adelante –en particular, aunque no exclusivamente, los de las dos presidencias de Perón– siguen representando un curioso vacío en la producción historiográfica más reciente y que el peronismo sigue siendo terreno de sociólogos y politólogos, más que de historiadores.⁷ Este hecho no pasaría de una ociosa precisión disciplinaria, si no fuera que se dio en medio de esa reacción fuertemente profesionalista de los historiadores que predominó en las revisiones de otros temas, que se presentaban poco menos que como operaciones de rescate de campos que se consideraban usurpados por otros discursos disciplinarios. En momentos en que se estaban afirmando la mirada y las formas de indagación específicamente históricas sobre el pasado, es cuanto menos curioso que la investigación de un período tan crucial de nuestra historia se siguiera dejando, sin inmutarse, a cargo de otros discursos disciplinarios, en vez de dis-

5. La literatura que en los últimos años se concentró en los procesos de independencia y en las primeras décadas del siglo XIX –en particular, los que exploran influencias intelectuales que afectaron a buena parte del subcontinente– constituye una excepción a esta regla general y un ejemplo a seguir.

6. Diego Armus y Mauricio Tenorio-Grillo, “Halperin en Berkeley: Latinoamérica, historiografía y mundillos académicos”, entrevista a Tullio Halperin Donghi, *Entrepasados* No. 6, 1994.

7. Entre las excepciones a esa regla, véanse, entre otros, Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista, 1946-1955*, Buenos Aires, Ariel, 1994; y Lila Caimari, *Perón y la Iglesia católica: religión, estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995. La referencia obligada en los estudios del peronismo en Argentina sigue siendo, sin embargo, la de Juan Carlos Torre, significativamente un sociólogo de profesión. Véase su *La vieja Guardia Sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; y su compilación, *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1988; también, *El 17 de Octubre de 1945*, Buenos Aires, 1995.

putar la hegemonía de esos acercamientos y métodos, como sucedió, por ejemplo, con el caso citado de la historia latinoamericana.

Es en ese sentido preciso que puede hablarse de vacío. No se trata de que el tema no haya sido abordado en absoluto sino que no ha ocurrido con los estudios sobre el peronismo nada parecido a lo que sí sucedió con otros “campos” historiográficos en esos años. A pesar de que, desde los campos nuevos o remozados —en particular, la historia urbana, la de las ideas y en general la historia cultural—, se ha abordado el peronismo ya sea específicamente o en el contexto de interpretaciones de más largo aliento, no ha habido una investigación sistemática del período, con los formatos típicos de esa renovación historiográfica, esto es, con su proliferación de monografías, tesis y mesas específicas en congresos y jornadas.⁸

¿Qué podría explicar esta deserción por parte de los historiadores de la vuelta a la democracia del tema del peronismo? Las claves para abordar esta pregunta hay que buscarlas de nuevo dentro de las propias lógicas de la historiografía de las últimas décadas. En primer lugar, los estudios sobre el peronismo fueron víctimas del fenómeno, común a esa historiografía, consistente en revisar los grandes cortes cronológicos de la historia nacional para reemplazarlos por procesos de más larga duración. Este cuestionamiento generalizado de todas las cronologías consagradas, que se ensañó particularmente con los cortes míticos que hasta ayer indicaban momentos fundacionales, se traducía generalmente en un corrimiento hacia atrás de los tiempos de las causalidades y en la consecuente búsqueda de explicaciones de mediano y largo plazo para los procesos analizados. De esta manera, el “fin de las ideologías”, a la vez que invitaba a desembarazarse de esquemas explicativos que juzgaba demasiado estrechos, señalaba que el tiempo de las revoluciones se había acabado y debía dejar paso a la búsqueda de continuidades y permanencias. En la Argentina, este corrimiento de las cronologías tuvo una de sus víctimas más claras en el corte de

1930, como divisoria de aguas tanto en el terreno económico como en el político y en la historia del Estado, pero el efecto quizás más devastador haya sido el que tuvo en los estudios sobre el peronismo, que si antes enfatizaban todo lo que tenía de revolucionario e innovador ahora se empeñaban en mostrar todo lo que ya estaba allí y el peronismo vistió con nuevos ropajes.

Nacía entonces lo que Hilda Sabato llamó recientemente la “invención de la entreguerra”, expresión con la que quería destacar la proliferación de estudios sobre las décadas de 1920 y 1930, décadas que hasta hace muy poco habían sido bastante desatendidas por los estudios históricos, presas como estaban entre los períodos más definidos —sobre todo por los historiadores económicos— de la gran expansión (1880-1914) y del peronismo y la segunda posguerra (1943 en adelante). Ahora se quería dar identidad propia a esas décadas, como un período de la historia argentina que era necesario considerar separadamente.⁹

Es en este mismo sentido que, para esa renovación historiográfica, el carácter “revolucionario” del peronismo resultaba sospechoso: no eran tanto los contenidos concretos de dicha revolución como el movimiento brusco en la historia que toda revolución sugiere lo que a esos historiadores les resultaba difícil de digerir. De la mano de esta sospecha, distintos estudios reali-

zados en esos años se fueron encargando de escribir historias más largas de todos aquellos aspectos que supuestamente daban al peronismo su carácter fundador y revolucionario. Así por ejemplo, las investigaciones de la nueva historia política, centradas en los orígenes de la ciudadanía y la esfera pública, se preocupaban por dejar bien en claro que la historia de la movilización política se remontaba mucho más allá de Perón, incluso más allá de las manifestaciones obreras de las décadas anteriores a él;¹⁰ estudios recientes sobre los orígenes de la cuestión social y sobre “la política social antes de la política social” demostraron de una vez que dicha política no nació en la Argentina con el peronismo, sino que había que remontarse no sólo a los tiempos de los liberales reformistas, sino también al período más temprano de mediados del siglo XIX y aun a los tiempos coloniales;¹¹ trabajos recientes desde la ciencia política se han encargado de demostrar que el populismo como sistema —concepto que, difuso e inasible como es, se había siempre reservado en la Argentina al peronismo— no fue privativo de ese movimiento y reconocía antecedentes por lo menos en el yrigoyenismo;¹² los estudios dedicados a historiar las transformaciones del Estado se han preocupado de dejar bien en claro que en las dos décadas previas al advenimiento del peronismo se trazaron todos los antecedentes de las políticas

8. En momentos en que se escriben estas líneas, existen algunos emprendimientos editoriales que podrían estar señalando un cambio de tendencia. Dos volúmenes recientes en colecciones más generales —uno de ellos, también de Torre— se detienen, desde perspectivas diferentes, en el período peronista. Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, Biblioteca del Pensamiento Argentino, 2001; Juan Carlos Torre (dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, Nueva Historia Argentina, Tomo VIII, 2002. Además de estos volúmenes, véase el dossier “Nuevos enfoques sobre el peronismo” en *Entre pasados*, No. 22, 2002, en prensa.

9. Hilda Sabato, “La historia en fragmentos...”; Fernando Devoto y Marcela Ferrari (comps.), *La construcción de las democracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas, 1900-1930*, Buenos Aires, Biblos, 1994; Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José C. Villarruel (eds.), *Argentina en la paz de dos guerras, 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos, 1993.

10. Un excelente análisis historiográfico sobre los estudios recientes de ciudadanía para toda Latinoamérica, en Hilda Sabato, “On Political Citizenship in Nineteenth-Century Latin America”, *American Historical Review*, Vol. 106 No. 4, October, 2001. Véase también su *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

11. Juan Suriano, *La cuestión social en la Argentina 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena, 2000; José Luis Moreno (comp.), *La política social antes de la política social (caridad, beneficencia y política social en Buenos Aires, siglos XVII a XX)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2000; Eduardo Zimmerman, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

12. Gerardo Aboy Carlés, *Las dos fronteras de la democracia argentina*, Rosario, Homo Sapiens, 2001; Gerardo Aboy Carlés y Gabriela Delamata, “El Yrigoyenismo: inicio de una tradición”, Buenos Aires, *Sociedad*, Nos. 17-18, junio de 2001.

que iba a aplicar el peronismo, cuya originalidad iba a ser en todo caso y solamente la forma más acabada y completa con que lo haría, pero no ya su concepción y diseño; en particular, esto era cierto para el intervencionismo estatal y las políticas dirigistas en materia económica y social, que tenían un claro arraigo ya en las décadas de 1920 y 1930.¹³ Por fin, en el estudio de los sectores populares, esta indagación en una historia de más larga duración buscaba una explicación alternativa para el instantáneo apoyo incondicional que recibió Perón por parte de los sectores populares apenas accedió al poder, frente a la vigente entonces que se basaba en el esquema germaniano de los obreros nuevos y las “masas disponibles”. Estos estudios prefirieron en cambio rastrear el apoyo recibido por Perón en una larga tradición cultural preexistente entre los sectores populares, que incluía elementos de reconocimiento y autoidentificación, tanto como una historia también larga de prácticas asociativas y cooperativas. Es por eso que se concentraron en el estudio de sociedades de fomento, bibliotecas populares, condiciones materiales de vida de estos sectores populares, en tanto prácticas democráticas cooperativas, que estaban en la base de su identidad, que era previa al peronismo.¹⁴

En consonancia con los nuevos aires historiográficos de la hora, menos afectos a los cortes fundacionales y a las rupturas, este conjunto de estudios dejaba algo en claro. Sin negar las habilidades políticas, retóricas y simbólicas del propio Perón, o su capacidad para construir un movimiento de masas bajo su liderazgo que iba a tener repercusiones decisivas en la historia del país, era necesario poner al peronismo en caja con la historia. Más allá de ciertas singularidades destacables, había que entenderlo dentro de una historia más larga de continuidades, arraigadas, a veces desde muy antiguo, en la tradición política y social del país.

En el clima político de los años ochenta en la Argentina, en el que muchos apostaban fuertemente a que el peronismo iba a perder relevancia política frente a un nuevo “movimiento histórico”, estas conclusiones cobra-

ban particular relevancia. No porque fueran el fruto concertado de una operación historiográfica para diluir la historia de ese fenómeno político, quitándole buena parte de su originalidad. Pero la esperanza que aquel escenario infundía seguramente no fue del todo ajena a la inspiración de muchas de esas investigaciones, que buscaban las claves —políticas, económicas, sociales— de la Argentina de entonces en un pasado más remoto. La ilusión que despertaba aquel proyecto, sin embargo, se vio muy rápidamente desmentida por la realidad, en parte porque la supuesta pérdida de relevancia del peronismo nunca pasó de ser más que un gigantesco error de cálculo y en parte por el desencanto que provocaron los magros resultados concretos de la vida democrática recién inaugurada.

Este doble desengaño —con la democracia y con la posibilidad de neutralizar la hegemonía política del peronismo— planteaba a los historiadores, a su vez empeñados en suavizar la impronta de aquel movimiento de masas en la historia argentina, una paradoja y una tarea. Una paradoja porque, más allá de la convicción, construida con genuina evidencia histórica, de que el peronismo no había sido todo lo revolucionario que su retórica pretendía, los acontecimientos políticos y electorales volvían a poner a ese partido en el centro de la escena como algo verdaderamente excepcional. Una tarea, ya que esos mismos sucesos políticos ponían nuevamente en evidencia que, más allá de que el peronismo reconociera antecedentes muy sólidos en la historia, era necesaria una indagación profunda en los años de los gobiernos de Perón si se querían encontrar muchas de las claves de la Argentina del siglo XX.

Nadie entendió mejor esa paradoja y esa tarea que Tulio Halperin Donghi —por otra parte, uno de los referentes obligados para esa generación de historiadores—, quien en 1994 volvía a postular sin inmutarse el carácter revolucionario del peronismo y a interpretar la historia del país de la segunda mitad del siglo en esa clave.¹⁵ El ejemplo de Halperin, sin embargo, no fue mayormente imitado por sus dis-

cípulos y es obvio que el doble desengaño que siguió al efímero entusiasmo democrático de principios de los ochenta, sumado al terremoto de la experiencia menemista —que por los cambios abruptos que produjo en el país volvía a recordar, para bien o para mal, el carácter potencialmente revolucionario del peronismo—, sumió a los historiadores en una perplejidad aún mayor, de la que no es fácil salir.

La historiografía de los últimos veinte años ha sido especialmente efectiva para cuestionar y revisar las herramientas conceptuales con las que hasta ayer entendíamos el pasado, de una manera particularmente creativa y prolífica. La devastación producida quizás constituya, en un futuro hoy no demasiado imaginable, terreno fértil para construcciones más sólidas y sinceras. Mientras tanto, habrá que vivir con sus variados efectos, que van desde la pérdida de la confianza básica en cualquier andamiaje conceptual, hasta haber dejado enteros campos de estudio a la intemperie del aparato teórico en el que nacieron, pasando por la desatención que han sufrido muchos temas, en los que la necesaria deriva resultante no ha recalado. No fue propósito de estas líneas hacer un registro exhaustivo de esas ausencias ni intentar demostrar que las aquí señaladas, seguramente unas entre muchas, sean más o menos relevantes que otras. Sí, en cambio, sostener que cualquier balance que quiera ensayarse sobre la producción historiográfica de las últimas décadas necesita, tanto como preguntarse por el sentido, las fuentes de inspiración y los propósitos detrás de las cosas que produjo, una adecuada indagación sobre el significado de los vacíos que generó a su paso.

13. Ansaldo, Pucciarelli y Villarruel, *Argentina...;* Tulio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2001.

14. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995; Luis Alberto Romero, “Los sectores populares como sujetos históricos”, *México, Sociológica*, Universidad Autónoma Metropolitana, 4, 10, 1989.

15. Tulio Halperin Donghi, *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

Juan Pablo Renzi, problemas del realismo

Andrea Giunta



En el relato del arte argentino de las últimas décadas, los años setenta han sido objeto de lecturas tensadas entre aquello que se ha analizado y lo que permanece obstinadamente oculto. Lo que se ha considerado es, fundamentalmente, la propuesta del conceptualismo, especialmente a partir de la relevancia que algunos artistas argentinos alcanzaron durante la última década. Tal consideración no fue ajena a la jerarquía que, en el ámbito internacional (y muy especialmente en su reciente generación de curadores), alcanzaron las instalaciones y el neoconceptualismo, formas y tendencias para las que el arte de los años

setenta funciona como referente ineludible.

La otra cara de los setenta, aquella a la que no se ha negado existencia, pero sí valor, es la constituida por el desarrollo de la pintura, fundamentalmente realista. Este episodio devaluado del arte argentino sucede a la completa desintegración de la forma que se produce en el momento extremo de la vanguardia argentina de los sesenta y se expresa como un retorno al soporte, a la técnica, a los materiales tradicionales y al realismo. Retorno, por supuesto, atravesado por el ingrediente regresivo que el término invoca. Incomprendiblemente, después de que to-

dos los soportes y las formas perdieron su legitimidad y que el museo fue abandonado por las calles, regresaron las naturalezas muertas, los retratos, los paisajes, las pinturas, los museos y el mercado. Subyace a esta impugnación el hecho de que fue éste un arte ligado al “boom” del mercado, vendible, fácil para el gusto burgués y para el gusto popular.¹ Por cierto, hoy puede encontrarse este arte en muchas pequeñas colecciones formadas en aquellos años por profesionales o empleados que compraban en cuotas o que adquirían dibujos y grabados, técnicas que hacían más accesible la posesión del distintivo objeto artístico. Este arte ha sido desvalorizado desde el punto de vista estético, como un momento desprovisto de originalidad, repetitivo en sus temas, manierista, surrealizante, obsesionado por la técnica y el detalle, de escasa creatividad. El eco de tal valoración se expresa en la ausencia de investigaciones sobre este particular aspecto de los setenta y, muy especialmente, en la inexistencia de propuestas curatoriales que planteen su revisión crítica.

No creo, por supuesto, que tal oscurecimiento sea en sí mismo razón de una revalorización. Ésta se vuelve necesaria cuando confrontamos el corpus de pinturas de los setenta y nos encontramos no sólo ante obras de extraordinaria calidad, sino también frente a un conjunto de cuestiones proble-

¹ La misma sospecha recae sobre el hiperrealismo internacional y su éxito de mercado.

máticas derivadas de las potentes paradojas que atraviesan el período. ¿Cómo explicamos que artistas como Pablo Suárez, Oscar Bony o Juan Pablo Renzi, protagonistas activos de las vanguardias sesentistas, hayan pintado campos, cielos, retratos y fruterías en los setenta? ¿Cómo comprendemos que lo hayan hecho con tal detalle, con tan prolija obsesión? La paradoja es productiva porque no admite una respuesta sencilla. Sostener que el fundamento de tal retorno es el mercado, es una explicación parcial que no da cuenta de los complejos sentidos que se amalgaman en muchas de estas pinturas. No sirve, por ejemplo, para las

de su propio tiempo, dotado de la voluntad y la capacidad de actuar sobre ellos productivamente, no con una actitud mimética, sino con la necesidad de intervenir en el cambio estético de su época asumiéndolo, buscando inscribir allí una diferencia. Ninguna de estas formas de entender el hacer artístico es más legítima que la otra. Resulta fascinante comprender los cambios mínimos, aquellos desvíos sutiles que acentúan aspectos contenidos desde un principio en el lenguaje de un artista, que llevan a una mayor síntesis o fragmentación, a la limitación o la ampliación de la paleta, a la concentración en ciertos temas, en ciertos

vimientos internacionales: neofiguración, minimalismo, conceptualismo (tanto en su variante tautológica como en la política), realismo (hiperrealismo), neoexpresionismo (transvanguardia), instalación. Revisada en su conjunto, la obra de Renzi comprende desde el despojamiento máximo de las formas hasta el abigarramiento barroquista; desde el dominio de la idea pura, de la forma como concepto exento de materia pictórica, hasta el hedonismo absoluto de los colores exaltados, organizados por el ritmo violento de las pinceladas sobre la tela. Todo en el término de una trayectoria artística comprendida entre los años 1963



pinturas que Juan Pablo Renzi realiza en los setenta, con temas tan desconcertantes y poco atractivos para el mercado (aun cuando se trate de un mercado poco sofisticado, proclive a los cuadros realistas) como un fragmento de techo y una lámpara, únicos objetos de una obra de gran dimensión ("Mirando al cieloraso", 1978). En estas pinturas lo que nos interpela son, precisamente, sus temas.

Otra cuestión es relevante. Renzi no pertenece a ese tipo de artista que se plantea la realización de su obra como el desarrollo pausado de una propuesta seminal, como un repertorio de formas y de temas que demoradamente se van transformando. Podría pensarse, como ejemplo de esta forma de concebir el arte, en Torres-García, quien no deja de dialogar con otras expresiones de su época, pero sin transformar radicalmente su lenguaje, sin volverlo irreconocible. Renzi, en cambio, responde a otro tipo, el del artista atento a los cambios estéticos

objetos. Pero también nos interpelan poderosamente las grandes agitaciones, las transformaciones cuya diferencia sorprende y que podrían interpretarse como una sustitución radical de programa. Lo complejo y atractivo del asunto radica en comprender la necesidad de una u otra opción, en encontrar los instrumentos que nos permitan, más que describir el cambio, entender su necesidad. Para formular las preguntas en los términos del problema que quiero aquí considerar: ¿por qué el realismo y la pintura fueron un retorno necesario para Renzi? ¿Qué nos permiten comprender estas representaciones sobre el período en el que fueron realizadas?

1. El cambio como constante

Señalamos la diversidad de su obra, la radicalidad de sus cambios y hasta qué punto éstos se vincularon con los que se operaban en el repertorio de los mo-

y 1992. Una periodización sucinta permite establecer que Renzi comienza como neofigurativo en los sesenta, pasa luego a un conceptualismo minimalista que pronto se radicaliza en un conceptualismo político (1966-68), desarrolla en los setenta la pintura realista y, en los ochenta, una imagen neoexpresionista.

Dos cuestiones pueden destacarse en este tránsito por sucesivas maneras. Por un lado, su voluntad de intervención. Renzi redactaba manifiestos, convocaba encuentros, escribía ensayos. Necesitaba problematizar el cambio pero no desde una actitud reactiva, de rechazo, sino valiéndose de los instrumentos estéticos e intelectuales que su propio tiempo le proporcionaba. En segundo lugar, la presencia constante de una matriz argumentativa que lo lleva a plantear, una y otra vez, la pregunta por un conjunto de temas: la tradición de la vanguardia, de la modernidad, el quiebre posmodernista. En sus respuestas y argumen-

taciones jugó un papel central su experiencia formativa inicial en el taller de Juan Grella, en el que polémicamente se discutía y analizaba la tradición del arte moderno y del arte argentino. Es decir que, si por un lado, el cambio constituye una constante, existe, al mismo tiempo, un conjunto de ideas que lo ordenan.

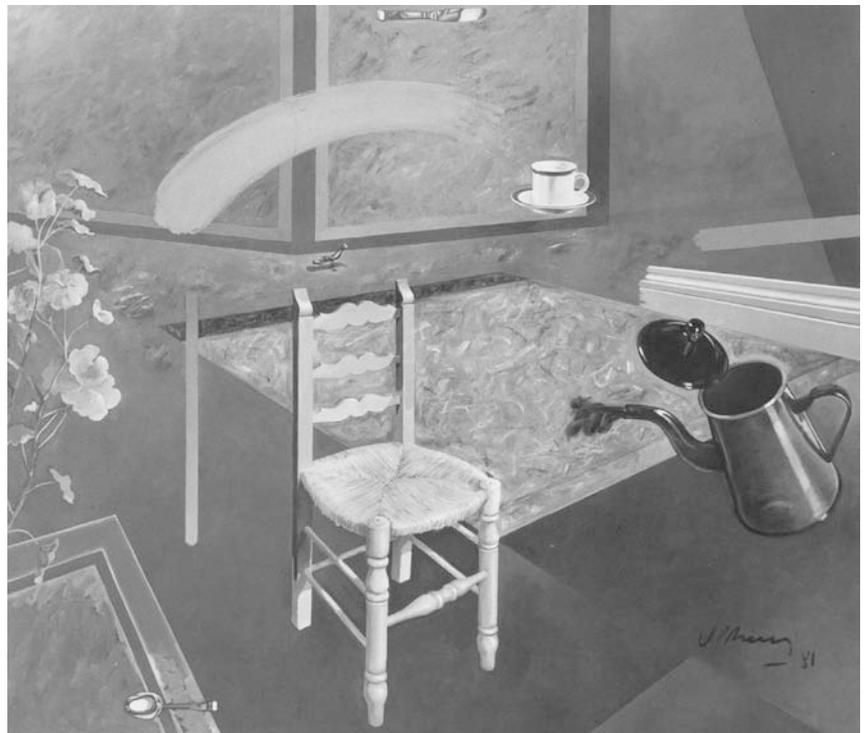
2. El retorno al realismo. Tradicición y diferencia

Cuando, a mediados de los setenta, Renzi vuelve a pintar, varias cosas habían sucedido en su obra y en la escena artística argentina. Ambas estuvieron marcadas por la necesidad de la vertiginosa sustitución vanguardista. Un aceleramiento que puso en crisis la legitimidad de la vanguardia al menos en dos sentidos. La experimentación con las formas y los materiales, la disolución del objeto artístico, la necesidad de plantear, cada día, algo nuevo, provocaron la extenuación del lenguaje y de las formas. Una pregunta subyacía a esta sensación de imposibilidad: ¿qué más podía hacerse cuando —se sentía— ya todo se había hecho? Pero las razones del deterioro también fueron políticas. Si a fines del sesenta y comienzos de los setenta el arte llegó a plantearse como motor adicional de una revolución en ciernes (“Tucumán Arde” sería el ejemplo paradigmático), su fracaso operativo sólo dejaba abierta otra opción: trabajar directa y exclusivamente en la lucha revolucionaria y sostener que la revolución daría, después, su propio arte.

Pero nada de esto sucedió en la Argentina de los años setenta. En tanto la revolución no se producía, los artistas que por ella sacrificaron, entre otras cosas, el arte, se encontraron frente al fracaso y la ausencia de aquel medio de expresión que habían concebido como un agente más del cambio revolucionario. Disuelta la materialidad y la valoración del arte, una de sus formas de recuperación fue el retorno al hacer pictórico, incluso en sus formas más tradicionales.

Después de ocho años de “abstención” (1968-1976) Renzi retoma la pintura. Explica este retorno en una

frase magnífica por su capacidad de condensar una decisión que se impuso, ante todo, como instancia vital: “...dejé de pintar ocho años y quise volver a pintar para no morirme o, en todo caso, para no volverme loco”.² Muchas son las distancias que pueden marcarse respecto de la década anterior: si en los sesenta se había cambiado la materia por el debate y la tangibilidad por la acción, ahora Renzi retornaba al soporte tradicional de la pintura y lo hacía con la temática clásica de la naturaleza muerta, el retrato de familia, el paisaje, la pintura de interior. Todos estos rasgos, que podrían entenderse como una instan-



cia vital o como una restauración regresiva y tradicionalista, también deben analizarse en un clima de época, en el corte con la historia que implicó la derrota de un proyecto político, la intervención del poder militar en la sociedad civil y en las formas de organización de la cultura. El ámbito del debate público fue violentamente obturado por la represión urbana; la calle ya no pudo plantearse como un espacio para la acción (ni política ni estética). Si en los sesenta el artista dejó el taller por la calle, en los setenta se produjo el regreso forzado al taller. La calle, la manifestación, las plazas, el café, habían funcionado como es-

pacios de debates estéticos, como aquellos ámbitos en los que se discutía la eficacia y los caminos para lograrla. Ahora la violencia y el peligro disolvían estos escenarios. El retorno al taller no fue, entonces, resultado exclusivo de una razón estética.

Renzi regresa al arte y a la pintura movido por la necesidad. Los temas que recorre en esos años, la forma de sus pinturas, están cargados de significado. En primer lugar, los homenajes a los pintores de Rosario que Renzi ya había reivindicado en los primeros sesenta (“Paisaje (Homenaje a Schiavoni I)”, 1963). En sus homenajes a Schiavoni y a Musto, Renzi con-

tribuye a la consolidación de esa tradición peculiar del arte rosarino que se articula en torno a la noción de una comunidad de artistas. El mismo museo Juan B. Castagnino demuestra esto. En su patrimonio se encuentra una cantidad significativa de retratos de artistas pintados por otros artistas que les rinden homenaje (el retrato de Schiavoni por Musto; el de sus amigos pintores por Schiavoni; el de Minturn Zerva por Julio Vanzo; el de Gus-

2. En “Juan Pablo Renzi o la unidad de los límites”, entrevista realizada por Beatriz Sarlo, publicada en el catálogo de la exhibición retrospectiva realizada en el Museo Municipal de Bellas Artes Juan B. Castagnino de Rosario en 1984, p. 14.

tavo Cochet por Sergio Sergi). “El pintor Musto, dormido, en el estudio de Schiavoni” (1977) se relaciona con esta tradición y al mismo tiempo la marca con las necesidades expresivas de su tiempo. El cuadro es, en este sentido, complejo. No sólo porque el título de la obra vincula a dos artistas que fueron sus referentes, sino también por la forma en la que el cuadro está realizado, recreando el clima de la pintura en la que Schiavoni se retrataba con sus pintores amigos, sentados alrededor de una mesa, en el tenso extrañamiento que producen los juegos espaciales, los planos violentamente rebatidos. En la pintura de Renzi un rectángulo vacío de representación reemplaza al retrato enmarcado que incluía la escena de Schiavoni. Esa ventana opaca introduce una forma de ambigüedad que Renzi también explora en sus retratos de familia, donde el retratado se recorta contra la foto de familia. Inmóvil, frontal, interpela al espectador con su mirada fija e inexpressiva. Un realismo fotográfico que Renzi transgrede con desvíos sutiles, continuando la foto de familia en su marco biselado o en lo que podría ser el espejo de una escena que acontece ante los ojos del retratado. No la documentación fotográfica de un tiempo pasado, sino el registro del momento exacto en el que se realiza el retrato. Realismo inverosímil, porque Renzi pone en duda el tiempo y el espacio en el que sucede lo representado. La misma ambigüedad se pone en escena cuando representa a dos niñas de espalda, mirando hacia una ventana esmerilada, desde un interior organizado por parámetros espaciales ambivalentes. O también aquella perplejidad que producen sus naturalezas muertas, casi carentes de referencias espaciales. Este realismo intranquilo, perturbador, exhibe los rastros de una crisis de confianza, con ventanas obturadas, imágenes de un tiempo detenido y figuras que nos vuelven la espalda.³ Así, aun cuando Renzi retoma el realismo, con una técnica y con temas tradicionales, utiliza una serie de recursos que ponen en cuestión su rasgo más tranquilizador, la verosimilitud. Por otra parte, si en los sesenta Renzi había buscado vínculos con la vanguardia in-

ternacional (establece, por ejemplo, contactos directos con Sol Lewitt), en los setenta recrea nexos con la historia interna y local de la plástica rosarina. Pero esa historia local, esa historia casi familiar, está atravesada por enigmas que ponen en cuestión la posibilidad de leerla como una simple continuidad.

Los retornos a la tradición y al taller son, ambos, gestos reactivos frente al aceleramiento que había marcado su producción durante los sesenta. Si en esos años su obra se había disuelto en la acción, ahora Renzi volvía al hacer pictórico en su sentido más tradicional, concentrándose en una ejecución detallada y obsesiva. Hasta tal punto que, como él mismo explicaba, quería evitar que su pintura registrase el paso de la mano.⁴ Esta búsqueda de distanciamiento puede entenderse a partir de esa nueva proximidad y convivencia con el soporte, que no es ajena al repliegue en el taller. Pero también puede considerarse como la inflexión diferencial del realismo de Renzi, que más que perseguir la mimesis busca establecer una distancia respecto del motivo tratado. En este sentido, es posible referirse a esta obra como un “realismo conceptual”, en el que las formas de encuadrar y ordenar los objetos instalan un momento reflexivo sobre los recursos del arte y sobre los problemas de la representación.

En 1980 Renzi realiza dos series que enfatizan este cruce entre realismo y conceptualismo. Las “tomas” se detienen en objetos simples y cotidianos, a los que representa desde distintos ángulos, desde una perspectiva analítica que despliega un conjunto de opciones para la mirada. En una misma composición (“Toma 4”) representa dos hervidores y dos platos en un espacio partido en cuatro. No sólo hay un desvío leve en los objetos (parece el mismo hervidor, pero no es el mismo plato), también modifica el punto de vista. Los objetos que Renzi fija obsesivamente en la tela son comunes (plato, taza, cafetera, maceta, manzana, brocha, lámpara, cenicero, bomba de luz) pero no bajos. Ninguna de estas representaciones puede aproximarse al kitsch o a la ironía. Son objetos de uso, no objetos úni-

cos. Con ellos Renzi convive y elabora un repertorio, un vocabulario. Los ve hasta el cansancio en su estudio y morosamente los pinta deteniéndose en cada detalle, fundiendo las pinceladas, eliminando el gesto, conteniendo el color, controlándolo por el tono. Los dispone en el espacio bidimensional de la tela organizando con ellos “frases” e “inventarios”. Renzi exhibe esta serie reproduciendo, en el catálogo, el fragmento de una entrevista a Ángel Rama.⁵ En ese párrafo, Rama argumenta acerca de la posibilidad de leer los inventarios del siglo XVII y XVIII como enumeraciones comparables a las de la poesía contemporánea. Estas listas podrían analizarse a partir de los elementos que las componen, de sus yuxtaposiciones y uniones insólitas, transgrediendo la lectura instituida que los considera como la representación literaria de un documento. La inclusión de Renzi del texto de Rama desliza una interpretación. En sus “frases” los objetos están conectados tan sólo por su voluntad de exponerlos en cierto orden, de moverlos en nuevas estructuras (en una hilera, o en los puntos de encuentro de las líneas que delimitan y dividen dos veces un cuadrado), en series que los representan en otro encuadre, con otra sombra, multiplicando los puntos de vista en una misma composición. Todos estos dispositivos de la representación despliegan visualmente y en paralelo el argumento de Rama. Convierten la representación plana en un enunciado complejo, donde las sombras y las perspectivas, tanto como los objetos representados, forman parte de una proposición en la que, finalmente, más que el significado de los objetos, se exploran sus relaciones internas, sus infinitos órdenes posibles.

Gabriel Peluffo señala, en un texto sobre la crisis de identidad nacional en la cultura uruguaya, la resonancia

3. Las figuras de espalda aparecen en esos años en otros artistas como Antonio Seguí, en su serie “La distancia de la mirada” de 1976.

4. En “Juan Pablo Renzi...”, cit., p. 10.

5. Juan Pablo Renzi, “Inventarios”, galería Arte Nuevo, Buenos Aires, 1980. El texto de Ángel Rama procede de un reportaje publicado en *Punto de Vista* No. 8, 1980.

semántica del término inventario. Tanto aquella que apunta a destacar el registro acumulativo de la historia, como la que remite a la idea de “invento [...] como construcción social imaginada y proyectada hacia el futuro”.⁶ Los inventarios de Renzi acumulan ambos sentidos, que también se amalgaman con los señalados por Rama. La sucesión monótona de objetos en un espacio detenido, con paletas ensordecidas, tramados con líneas entrecruzadas y veladuras superpuestas, es el registro inventarial del corpus breve de objetos simples, cotidianamente usados y experimentados. Frente al vértigo vanguardista, Renzi organiza ahora un inventario de ese encierro involuntario pero revelador en el que, reducido a mirar, infinitas veces, los mismos objetos, descubre en ellos el valor del mínimo desplazamiento, el poder revelador de una yuxtaposición nueva o de una unión insólita. Para representarlos de este modo (y recordando la reflexión de Rama), Renzi transgrede el género de la naturaleza muerta como antes transgredió el del retrato. Nos proporciona un conjunto de imágenes repletas de desvíos y enigmas que podemos percibir, aunque no siempre develar. En esas pinturas, miméticas y ambiguas, Renzi logró condensar magníficamente una resistencia que se expresó en lenguajes aparentemente exentos de voluntad polémica.

En los sesenta el problema del arte se vinculó al de la vanguardia y al de la política y en estos terrenos se midió por una determinada concepción de la eficacia. En los setenta, esta voluntad de recuperación del género, de la pintura y del realismo, expondrá otro sentido de la eficacia, aquella que se manifestó como la necesidad y la forma de no claudicar ante aquellas fuerzas que buscaban demoler el sentido. La ejecución demorada y el tiempo material que demanda, la restitución del oficio y de la técnica, operan como capital de experiencias específicas desde el cual la tradición del arte ha instruido acerca de las mejores maneras de realizar y conservar los objetos artísticos. Esta puesta en escena de la perdurabilidad constituye, en sí misma, un elemento más de ese dispositivo resistente.

Un cuadro puede servir como epí-

logo. En 1981 Renzi pinta “Interior del loco”. La tensión monocromática que dominaba en los inventarios estalla en rojos; los objetos cuidadosamente alineados se desplazan y vuelan en el espacio. Renzi ya no cita la tradición local de Musto o de Schiavoni, sino el rojo intenso de Matisse o la referencia al cuarto exaltado de Van Gogh. Desde entonces, Renzi revisa nuevamente la tradición internacional del arte y el repertorio de sus objetos. A aquellos inventarios anclados en la cotidianidad suceden martillos y estrellas. “Interior del loco” es una pieza bisagra que delimita el momento del cambio que nuevamente se producirá en su obra, cuando las formas estallen, las paletas se multipliquen y la

mancha vuelva a ser procedimiento expresivo. La pieza recorta el límite y el sentido de su producción artística de los setenta. La recolocación de estas pinturas en un contexto de época, en la coordenada de la pintura realista argentina de esos años setenta, permite vislumbrar aspectos devaluados y opacados por la crítica y el mercado curatorial. Una producción que despliega en una compleja operación necesidad estética y significado social. Una pintura de objetos y retratos inmóviles que retuvo entre sus formas una reserva de sentido poético y político.

6. Gabriel Peluffo, “Crisis de un inventario”, en Hugo Achugar y Gerardo Caetano, *Identidad uruguaya: ¿Mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992, p. 63.

El viento de lo visible

Daniel Samoilovich

Al revés del trabajo que se tomó en demostrar que el conocimiento de los poetas no era conocimiento verdadero, Platón ni siquiera consideró la posibilidad de que hubiera algún conocimiento en los pintores; no le pareció necesario negarles el ingreso a la República, y probablemente no le hubiera molestado que entraran tres o cuatro junto al tropel de los útiles y simples artesanos. Éste fue durante siglos el estatuto social e ideológico del pintor en Occidente, y Miguel Ángel tuvo que empeñarse a fondo para demostrar que era un intelectual y no una especie de

zapatero de lujo; Gombrich piensa que la fuerza con que Miguel Ángel afirma la dignidad espiritual de la pintura es inseparable de su fuerza artística propiamente dicha. Esculpiendo, pintando la imagen que tenemos aún hoy del hombre, de sus emociones, de su relación con la naturaleza, “hizo ideas” y cambió para siempre la noción de humanidad... y de paso, la de lo que el arte es y puede ser.

Una energía parecida necesitaría un moderno Miguel Ángel para derrotar, ya no la idea del pintor como trabajador manual, sino la casi

simétricamente opuesta concepción de que se trata de un idiota más o menos inútil e inspirado. A la luz del tardoromanticismo vulgar, la pintura aparece ahora desgajada de la vida práctica, pero sigue, como antes, alejada del mundo de las ideas. Es, igual que en su antiguo estatuto, una cosa antiintelectual, irracional, aunque ahora el aspecto irracional está endiosado en vez de denigrado. El arquetipo de esta concepción del pintor vendría a ser ese Van Gogh mediático, más que desorejado, descerebrado, entre girasoles de utilería y arrestos de locura total.

48 Renzi contradecía todo el tiempo una imagen de este tipo: el espectáculo de su inteligencia en acción era realmente prodigioso, y se extendía con la misma fruición sobre cualquier material, fuera un cuadro o el cartel de una conferencia. Entre muchas horas de ocio y de trabajos y proyectos diversos, compartí con él la gestación del proyecto de *Diario de Poesía* y la realización de sus primeras tapas. Mientras le contaba qué era lo que queríamos hacer con el *Diario*, me escuchaba y anotaba cosas; no íbamos a publicar poemas sueltos, sino muestras más o menos representativas del trabajo de autores; el ensayo y la crítica iban a tener un espacio importante; la publicidad y la información no debían avergonzarnos, al contrario; etcétera; Renzi anotaba, de todo eso no había aún nada, todas intenciones, definiciones más o menos abstractas. Un día me mostró el *mono* y yo entendí que de veras íbamos a hacer *Diario de Poesía*. Cada abstracción que habíamos conversado estaba “realizada”, vuelta real, y eventualmente criticada, superada; el resultado tenía una contundencia y una belleza que a simple vista delataban un impulso inconfundible: el de las cosas que han de ser impresadas, de las empresas que han de ser llevadas a cabo.

Cuando empezamos a hacer la revista, en 1986, el armado se hacía pegando tiras de papel fotográfico generadas en una IBM Composer, una especie de máquina de escribir eléctrica con una poca de variedad tipográfica y una

memoria menor que la que hoy tiene una licuadora. El isotipo, Renzi lo dibujó a mano porque no encontraba ni en Letraset ni en los libros de tipografía algo que le gustara; en un cartel de los años treinta, en cambio, sí encontró alguna punta, copió las letras que le servían e inventó las otras; ese dibujo, se lo di a un “pasador” (así se llamaban) para que hiciera un original en tinta. El muchacho se rompía la cabeza; las rectas eran, claro, rectas, el círculo de la O lo hizo con compás; pero la S, no había pistoleta que pudiera con ella; no se podía construir, y si se fabricaba una parecida, por alguna razón no funcionaba, se derrumbaba. “Calcála”, le dije, y fue el único modo; años más tarde, al hacer un logo digital con curvas Bézier, volvió a pasar lo mismo, y la solución fue idéntica: escanear la letra, usarla de fondo e ir poniendo los puntos de anclaje necesarios para que las curvas matemáticas reconstruyeran las manuales. Vaya uno a saber qué vueltas y revueltas tenía esa letra S; lo claro era que Juan Pablo tanto podía fabricar un isotipo decidiendo sus colores con una tabla de oposiciones y correlaciones numéricas (con una fórmula, en suma), como fabricar otro indomesticable para la geometría.

Pero quisiera volver un instante a las tapas. Solíamos trabajar en su estudio de San Telmo y el rito comenzaba haciendo un hueco en la mesa llena de lápices, pinceles, paletas de colores secos, papeles, ceniceros; seguía con una hoja blanca en que Renzi listaba las notas que íbamos a poner en la tapa y qué tipo de ilustración teníamos para ellas; el título que esas notas iban a llevar se ajustaba de a poco, mezclando la apreciación de cómo funcionaban gráficamente con la de si eran o no tentadores. Hablábamos del contenido de los trabajos, su importancia relativa dentro del número, el grano de las fotos, la línea de los dibujos. En algún momento él empezaba a dibujar y toda esa charla a condensar en algo completamente diferente, enérgico, real, plantado en el espacio; otra vez, como había pasado con el *mono* inicial, la tapa del nuevo número no era la

“plasmación” de una idea que hubiera preexistido, era un nacimiento. Donde antes no había nada, ahora había un número de *Diario*.

Renzi no compartía con la mayoría de los diseñadores la idea de que el método más “artístico” de dar proporción a una foto es extender su diagonal: sacaba cuentas con una calculadora que rescataba de entre los pinceles y usaba con desenvoltura, como el que dirige una división mecanizada de sus ejércitos, o hace precisos negocios celestes; la precisión y la rapidez, supongo, le parecían tan sabrosas como un buen trazo. De la misma manera, a veces salíamos a hacer fotocopias de algunas de las fotos o dibujos; no tenía nada contra las fotocopias, sólo que otras veces, supongo que porque estaba entusiasmado y le daba pereza salir, le pegaba una mirada a la foto en cuestión... y la dibujaba, en el tamaño que nos hacía falta, con la misma exactitud que si tuviera un pantógrafo en el cerebro.

Pasternak dice que Shakespeare escribió, antes de redactar varias de las escenas en prosa de *Otelo*, rápidas notas en pentámetros yámbicos, porque su mente funcionaba mejor así. Mirando a Renzi “dibujar las fotos” yo no podía evitar acordarme de eso. Está claro por qué no necesitaba hacerse el ignorante de la técnica, ni el incapaz de pensar, ni el incapaz de resolver un asunto práctico; está claro por qué no necesitaba hacerse el sublime inspirado: la inspiración, era algo que emanaba de su persona con la misma naturalidad con que respiraba. Miraba y veía, dibujaba y pensaba; lo que tocaba se volvía artístico, exactamente artístico, fueran conceptos o letras, una figura humana o un logo, paisajes o colores puros. “Huracán o brisa –escribió de él Juan José Saer–, siempre le está soplando a la cara el viento de lo visible”.

Esa familiaridad con lo visible, la maestría que había logrado en su arte y su enorme curiosidad –quizás las tres cosas fueran la misma– hicieron de él alguien excepcional como pintor y como tipo. Van diez años, y para los que lo conocimos es igual de difícil que el primer día.

www.bazaramericano.com

No se trata de una versión para Internet de la revista, sino de un espacio más amplio, donde se encuentra todo tipo de información, artículos y números agotados de la revista, y también un despliegue de materiales, textos, imágenes, discusiones, opiniones.

BazarAmericano es un sitio abierto al debate de ideas en cultura, artes, política, vida contemporánea, un espacio en proceso, de intercambio y trueque, archivo, lugar para darse una vuelta con frecuencia.

En la renovación de diciembre BazarAmericano tiene una nueva sorpresa literaria: un poema de *Las flores del mal* de Charles Baudelaire, traducido especialmente por Américo Cristófolo, con vinculaciones hipertextuales a otras traducciones, poemas e imágenes.

Y como siempre todas las secciones renovadas en agosto:

Bazar Opina, con el editorial del Bazar sobre la coyuntura argentina y todo el debate sobre la propuesta de Constituyentes; **Los Lectores Opinan**, con todas las opiniones de los visitantes de la página que escriben directamente en ella; la **Galería**, con las obras de los artistas que ilustran *Punto de Vista* y *BazarAmericano*; **Reseñas**, que sigue agregando hipertextos para ilustrar los comentarios de literatura; **Música**, que sigue incorporando temas para escuchar mientras se leen las Antologías de la revista Lulú o los análisis de la obra de Morton Feldman; **Arquitectura**, con el homenaje a Manfredo Tafuri, las primeras traducciones al español de la obra de Robin Evans, y textos de Michel Foucault inéditos en español.

Para conocer mejor *Punto de Vista*, sigue on line el **Índice** completo de los números 1 a 60 (1978-1998) y los **Últimos números**, con los sumarios de los números 61 a 73 y resúmenes de todos los artículos.

Punto de Vista en librerías

La revista está en venta, como siempre, en los mejores kioscos de Buenos Aires y en las librerías Gandhi, Corrientes 1743, y Prometeo, Corrientes 1916, donde también encontrará números atrasados. Y gracias a nuestro acuerdo de distribución con la editorial Siglo XXI, *Punto de Vista* ya está en las siguientes librerías de todo el país, Montevideo y México:

Ciudad de Buenos Aires

Baldomero, La Plata 129
Biblos, Puán 378
Blatón, Florida 681 loc. 10
Caleidoscopio, Echeverría 3268
Cassasa y Lorenzo, Morán 3254
Clásica y Moderna, Callao 892
Cúspide, Florida 628
Cúspide, Santa Fé 1818
Cúspide, Village Recoleta
De las Madres, H. Yrigoyen 1584
Del Mármol, Uriarte 1795
Del Virrey, Virrey Loreto 2407
Distal, Corrientes 913
Distal, Florida 528
Distal, Florida 914
Distal, Guido 1990
Galerna, Santa Fé 3331
Galerna, Shopping Liniers
Galerna, Caballito Shopping
Gambito de Alfíl, Puán 511
Hernández, Corrientes 1436/1311
La Barca, Scalabrini Ortiz 3048
La Crujía, Tucumán 1990
Letra Viva, Coronel Díaz 1837
Losada, Corrientes 1551
Losada, Corrientes 1736
Martín Carvajal, Fac. Sociales,
Marcelo T. De Alvear
Martín Carvajal, Fac. Sociales,
Ramos Mejía
Mutual Estudiantil, F.F. y L.
Norte, Las Heras 2225
Paidós, Santa Fé 1685
Paradigma, Maure 1786
Penélope, Santa Fé 3673
Prometeo, Honduras 4912
Santa Fé, Alto Palermo
Santa Fé, Callao 335
Santa Fé, Santa Fé 2582
Santa Fé, Santa Fé 2376

Tiempos Modernos, Cuba 1921

Adrogué

Boutique del Libro, Boulevard
Shopping

Martinez

Boutique del Libro, Unicenter
Boutique del Libro, Arenales 2048

San Isidro

Boutique del Libro, Chacabuco 459

La Plata

Capítulo II, Calle 6 768
Centro del Libro I, Calle 7 815
Centro del Libro I, Calle 49 546
Prometeo, Calle 48 e/ 6 y 7 Fac.
Cs. Jurídicas y Humanidades
Rayuela, Plaza Italia 10

Bahía Blanca

Henry Libros, Brown 210

Mar del Plata

Melusina, Paunero 2599
Galerna, Rivadavia 3050 loc. 21
Fray Mocho, Rivadavia 2702

Tandil

Don Quijote, Gral. Rodríguez 585

Venado Tuerto

Mónica Muñoz, 25 de Mayo 1601

Catamarca

Imagen SRL, República 516

Córdoba

Rubén Libros, Deán Funes 163
Maidana Libros, Obispo Trejo 4

Corrientes

Capítulo I Libros, 25 de mayo 1015
Nueva Dimensión, Mendoza 597

Neuquén

Galerna, Antártida Argentina 1111

Paraná

Código Libros, Peatonal San
Martín 664
Templo del libro, San Juan 200

Posadas

Santillán Libros, Ayacucho 1977

Resistencia

Librería de la Paz, 9 de julio 359

Rosario

Laborde Libros, Entre Ríos 647
Homo Sapiens, Sarmiento 969
Ross, Córdoba 1347

Santa Fé

Librería Cooperadora, Facultad
de Humanidades
Raúl Beceyro, Salta 2785
Ferroviaria, 9 de julio 3137
Librería Jardín, San Martín 2551

Salta

Rayuela, Alvarado 570

Santiago del Estero

Hyperion y Cía, Av. Belgrano 284

Tucumán

El Griego Libros, Muñecas 287

Ushuaia

Boutique del Libro, San Martín
1129

Montevideo

América Latina, 18 de julio 2089

México

Siglo XXI, Cerro de Agua 248



El dilema de
la Argentina: Sarlo

La ciudad del
colapso: Gorelik

Ficción y represión:

Gramuglio

Marxismo y
posmodernismo: Palti

Arquitectura y
filosofía: Silvestri

Espacio, poder y saber:
entrevista a Foucault

Historiografía argentina
reciente: Palacio

Juan Pablo Renzi:

Giunta • Samoilovich

Ilustra: Renzi

PUNTO DE VISTA

74 Revista de
cultura
8 \$
Dic. 2002